

TRES MANERAS DE VOLCAR UN BARCO CHRIS STEWART



En esta ocasión, Stewart comparte con el lector una de las experiencias más insólitas de una vida ya de por sí asombrosa. Todo comienza de forma fortuita cuando una amiga le ofrece un trabajo tentador: ser el patrón de un velero para navegar en las islas griegas. La propuesta parece un sueño hecho realidad, si no fuera por un pequeño inconveniente: Chris no ha navegado en su vida, ni sabe por dónde empezar.

Con abundantes dosis de ingenio e hilarante autocrítica, Chris narra su iniciación a la vela, desde un neblinoso puerto de la costa inglesa hasta su particular odisea por aguas mediterráneas rumbo a la isla de Spetses. Y como guinda, una inolvidable peripecia a través del Atlántico Norte por la ruta del legendario explorador escandinavo Leif Eriksson.

El fino humor de Stewart, su facilidad para la anécdota, su tendencia a actuar movido por cierta visión idealista de la realidad, dan forma a un original y atractivo relato del mundo, el de un hombre amable que, desvinculado desde hace años de la servitud de los bienes materiales, sabe disfrutar como nadie de los pequeños y grandes.



Chris Stewart

Tres maneras de volcar un barco

ePub r1.0
Titivillus 02.06.16

Título original: *Three Ways to Capsize a Boat*
Chris Stewart, 2009
Traducción: Alicia de Benito Harland

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2



PRIMERA PARTE

Título de tripulante

Aprenda a navegar usted mismo

Fue Julie Miller, una tarde lluviosa de otoño en la calle Wandsworth, la razón por la que me hice marinero. Claro está que el lector no tendrá ni idea de quién es Julie Miller, ¿por qué iba a saberlo?, pero su relación con este episodio es que la chica tenía una tía abuela llamada Jane Joyce.

—¡Chris! —exclamó Julie con una voz que superaba con creces el estruendo del tráfico de Londres—. ¡Qué estupenda coincidencia! Estaba deseando verte y tenía algo en concreto que preguntarte... ¿Qué era? Ah, sí: ¿te gustaría trabajar este verano al cuidado de un barco en las islas griegas?

—Pues claro que me gustaría. —Respondí sin pensarlo siquiera—. De hecho, este verano no estoy muy ocupado. —Y era verdad, pues a la tierna edad de veintinueve años mi porvenir como criador de ovejas acababa de irse a pique. El banco se había negado a conceder más préstamos para mantener el rebaño del que cuidábamos mi novia Ana y yo en un terreno arrendado de Sussex, y mis «perspectivas de futuro», como mi madre insistía en llamarlas, no ofrecían un aspecto demasiado brillante.

—Fantástico —dijo Julie—. ¡Qué alivio tan grande! Mi tía abuela Jane lleva semanas dándome la lata para que le busque un patrón de barco, y enseguida pensé en ti.

Lo cual, todo hay que decirlo, resultaba de lo más curioso, pues no había pisado un barco en mi vida ni sabía absolutamente nada de navegación; pero estaba desesperado por conseguir un trabajo, de modo que me pareció que lo mejor sería guardar en secreto pequeños detalles sin importancia como ése.

Evidentemente, lo primero que tenía que hacer era empollarme un poco el tema de la navegación a fin de comportarme de manera satisfactoria en la entrevista. Así pues, me compré *Aprenda a navegar usted mismo* u otro título de autoaprendizaje por el estilo y me sumergí en su lectura. No me pareció tan apasionante como deberían ser los libros que versan sobre un tema tan interesante y, cuando lo terminé, sólo me quedaron unas nociones muy imprecisas. Si tenía las imágenes delante de mí, podía decir cuál era la diferencia entre una balandra (de vela cangreja o bermudina), una goleta, un queche y una yola; me hice una idea muy vaga sobre lo que significaba ceñir, virar por avante y navegar con viento en popa; había aprendido que no era conveniente trasluchar cuando se navegaba viento en popa; y podía decir más o menos cuándo había que rizar las velas o, si las cosas se ponían realmente feas, cuándo recurrir al tormentín.

También trabajé un poco con el vocabulario. Descubrí que las cuerdas en realidad no eran tales, sino escotas, cabos, drizas, calabrotes, bozas, estays o escalas. Los aseos no eran el retrete, sino el jardín. Naturalmente, la parte de delante no se llamaba parte delantera, ni la de atrás, trasera... y además estaban el bichero, las bitas y poleas, los puños de pico, las orzadas y los puños de escota. Y, si no te encontrabas muy bien, siempre podías ponerte al paio.

A mi familia y mis amigos les inquietaban mi actitud demasiado despreocupada y mi tan evidente ignorancia. «¿Y si tiras al agua a la vieja? —me preguntaron—. ¿Cómo podrías perdonártelo 1) si los ahogas a todos, 2) si hundes el barco y 3) si encima te matas?».

Les señalé la tautología, los tranquilicé diciéndoles que al final las cosas saldrían bien y marqué el número de teléfono de mi futura patrona. Contestó una voz con un agradable acento patricio americano.

—Ay, cariño, estaba deseando que llamaras. La encantadora Julie me ha hablado mucho de ti, y sencillamente no puedo esperar más tiempo para conocerte en carne y hueso, como suele decirse, pero, tal como están las cosas, no va a quedarme más remedio. Entonces, ¿te vendría bien el martes a las ocho de la tarde?

Volví a hundir la nariz en el libro de navegación y a repasar una vez más el vocabulario —a toda vela, virar por redondo, navegar al largo, virar por adelante... orejas de burro, rolar a la derecha y a la izquierda—. Después me levanté y me emperifollé —creo que incluso me puse corbata—, y a las ocho menos dos minutos llamé al timbre de un opulento bloque de pisos de ladrillo en Cadogan Square. Me abrió la puerta un octogenario alto y un poco encorvado. Tenía una abundante cabellera blanca y una nariz bulbosa, y hablaba en voz baja, muy despacio y con gran suavidad.

—¡Hombre!, tú debes de ser Chris —dijo, y me tendió la mano, que le estreché con toda la firmeza que me pareció oportuna para una persona tan delicada—. Bienvenido. Pasa. Soy Bob Joyce pero, por favor, llámame Bob. Jane bajará dentro de unos minutos. Mientras tanto, tal vez te apetezca beber algo.

—Un *whisky* con soda... —repuse. Parecía la bebida adecuada para un patrón de barco, aunque no recuerdo haberlo pedido por gusto en ninguna otra ocasión.

—Muy sensato, sí señor. ¿Hielo?

—Mmm, sí, gracias.

Bob se acercó al mueble bar mientras yo hacía un balance del entorno: una opulencia inmensa, aunque un tanto oscura.

—Sí, tienes razón, el piso tira un poco a tenebroso, pero sólo lo hemos alquilado por unos meses. Al menos no es frío.

Curiosamente, yo no había dicho nada.

—Vamos, siéntate, Chris —añadió—. Me han dicho que vas a ser el patrón de nuestro barco este verano, ¿no?

—Sí, así es, o al menos eso espero.

—Pues yo también lo espero, Chris. Salud. Aunque no sirve de nada que me hables de barcos a mí; no me gustan nada. El barco es el *hobby* de mi mujer.

Un roce de telas caras, un perfume de gardenias y, de pronto, Jane apareció ante nosotros.

—Chris, ¡qué amable de tu parte haber venido! Estoy encantada de conocerte. Bueno, Bobby, ¿le has ofrecido algo de beber a nuestro capitán? Ah, sí, muy bien, ya veo que lo has hecho. Siéntate, por favor.

Jane era un torbellino de mujer a la que le eché unos setenta años, aunque todavía conservaba toda su belleza, y tenía unos modales tan desenvueltos como llenos de autoridad. Traté de encontrar algo que decir que guardase alguna relación con la vela, pero, qué demonios, aún no era el momento de empezar a hablar de jardín y bitas y todo eso. En cualquier caso, era Jane quien dirigía el cotarro. Bob se bebía a sorbitos el *whisky* mientras tamborileaba con los dedos en la rodilla.

Ella se sirvió una bebida y se sentó frente a mí, mirándome penetrantemente mientras me calibraba.

—Chris, estoy segura de que nos vamos a llevar de maravilla; tus referencias son impecables. Ni siquiera voy a repetirte lo que Julie me ha dicho de ti (y Julie es una persona cuya opinión me tomo muy en serio). Pues bien, imagino que sabes cuanto hay que saber de navegación, de manera que no tenemos que molestarnos en hablar de eso...

Como un idiota, no tomé la fácil vía de escape que se me ofrecía. Aún le daba vueltas en la cabeza al tema de la navegación y estaba tratando desesperadamente de encontrar algo que le diese la impresión de que yo era un experto marinerero.

—¿Es un cangrejero? —farfullé.

—¿Cómo dices, querido?

—Me refiero al barco, el yate... ¿es un cangrejero?

—¿Un qué? —preguntó con expresión afligida.

—Un cangrejero —repetí—, ya sabe, un barco con velas cangrejas...

—No tengo ni idea, Chris. ¿Crees que es importante?

—No, claro que no, era sólo por curiosidad, para saber qué clase de barco voy a capitanear, sencillamente.

—Pues te voy a decir lo que haremos: antes de que vengas te enviaré toda la información, con el folleto y todos los detalles.

Aquello iba a ser pan comido, coser y cantar. Bob me sirvió otro *whisky* mientras Jane me ponía al corriente de cuáles serían mis deberes. Me pagarían cincuenta libras a la semana más una asignación para gastos de subsistencia. Yo tendría que recoger el barco del lugar en el que se encontraba atracado, en un puerto deportivo de las cercanías de Atenas, y llevarlo hasta la isla de Spetses, donde pasaríamos el verano. Comenzaría a

trabajar en mayo, a fin de tener lista la embarcación para cuando llegaran los Joyce. Jane, a pesar de la aparente gracia de su porte, estaba a punto de someterse a un «trasplante» de caderas. La temporada veraniega de navegación comenzaría en cuanto se recuperase de la operación.

Y eso fue todo. Había superado la entrevista, claro que es cierto que era el único candidato, lo cual, bien pensado, es la clase de entrevista que prefiero. De repente me había convertido en un patrón de yate de las islas griegas, con un salario más alto que el que había recibido en toda mi vida y un largo verano de sol y vela por delante. Podría decirse que mi barco había llegado a buen puerto.

Loco de contento, crucé dando brincos el puente de Battersea en dirección a la casa de mi hermana, donde me alojaba. Y mientras brincaba, empezaron a asaltarme las primeras dudas. Por lo que había visto de los Joyce, la verdad es que me caían bien; y además eran familia de unos amigos míos a quienes apreciaba mucho. Tal vez mis críticos tuvieran razón y hubiese llegado el momento de empezar a tomarme un poco más en serio este asunto.

Cuando regresé a Sussex, llevé a Ana al bar del pueblo y le conté la increíble suerte que había tenido. Pues bien, quiso el destino que en ese preciso momento estuviera en el bar un hombre llamado Keith, que llevaba un tiempo tratando de ganarse el favor de Ana. Lo recuerdo como una persona un tanto maloliente, con barba negra y una mofletuda cara infantil, que no tenía la más remota posibilidad de ligarse a mi chica porque, aparte de todo lo demás, era demasiado tacaño para pagar siquiera una ronda de bebidas.

Mientras me jactaba, entusiasmado, del dinero que de pronto me había caído del cielo, el tipo me interrumpió y dijo:

—Pues da la casualidad de que acabo de comprarme mi primer barco. Está atracado en Littlehampton y no tengo coche, así que, si me llevas hasta allí, te daré una clase de vela.

Sellamos el pacto con una cerveza... que pagué yo.

De acá para allá

Unos días más tarde, una helada y neblinosa mañana de abril, me encontraba en el muelle de Littlehampton mirando a Keith hacer el gilipollas con los preparativos, que a mí me parecían aburridos y sin sentido, de nuestro inminente viaje. Hasta su barco era un poco decepcionante: una cutre chapuza de siete metros hecha de contrachapado y hojalata. Pero tenía la ventaja, según me explicó, de haber sido extremadamente barato. Se llamaba, no sé si por coincidencia, *Ana*, lo que suscitó la inquietud de qué espantosas intenciones abrigaba Keith con respecto a mi novia. De todos modos, a caballo regalado no le mires el diente, y a mí desde luego no me apetecía en absoluto mirarle ningún diente a Keith: el pobre tenía una halitosis capaz de tumbar a un hombre a quince metros de distancia. Trabajaba en la Sanidad Pública.

Después de pasarse una eternidad trasteando con unas cuerdas y un cubo, arrancó el motor fueraborda, que empezó a emitir su *po po po po* característico. Soltamos amarras y poco a poco fuimos metiéndonos en el río, hasta que, tras rebasar el malecón, salimos a mar abierto. De pie junto al mástil y congelado de frío, yo trataba de parecer importante y un gran entendido mientras pensaba en Ulises partiendo de Ítaca.

Dos minutos después de dejar atrás el extremo del malecón nos encontramos rodeados por la niebla. Me olvidé de Ulises y empecé a pensar en el Anciano Marinero del poema de Wordsworth. «Así pues —concluí—, esto debe de ser el mar». Las aguas estaban en calma, aparte de un leve movimiento un tanto desagradable, y no se veía nada. Sentí un escalofrío. Keith apagó el motor, lo que fue una bendición, pues su ruido resultaba de lo más irritante. Todo era silencio, a excepción del chapoteo de las olas contra el costado del barco y el goteo del agua condensándose en las jarcias.

—¡Bueno! —dijo Keith con entusiasmo—, ha llegado el momento de izar las velas.

Bajé a la cubierta inferior, donde las cosas eran aún más desagradables que arriba, y le pasé las velas. Después, con una ligera sensación de náusea, lo ayudé a desplegarlas, engrilletarlas y sujetarlas a las distintas drizas. Eso me vino bien, pues me mantuvo ocupado haciendo algo útil durante unos minutos. Izamos las velas, cazamos bien las drizas y, con Keith al timón, nos sentamos para ver qué pasaba.

—¡Estamos moviéndonos! —exclamó sin poder contener su entusiasmo.

Por mi parte, no lo veía así; a mi entender, sólo estábamos cabeceando perdidos en medio de una gran balsa de aceite. Hacía frío y había humedad, y yo empezaba a pensar que tal vez había cometido un terrible error, porque, si eso era navegar, no me gustaba nada en absoluto.

—¡Mira, estamos avanzando de verdad, vamos que volamos! —gritó Keith en un arrebatado de euforia que no venía muy a cuento.

Me mojé el dedo con la lengua y lo mantuve en alto para ver si detectaba alguna brisa, soplo, céfiro o cualquier otra señal de movimiento. Nada. Mi compañero empujó la caña del timón y volvió a gritar a voz en cuello:

—¡Listos para virar... ahora!

Lo miré con incredulidad. ¿Qué manera de gritar era ésa entre personas adultas normales?

La botavara se desplazó suavemente hacia nosotros. Al parecer, teníamos que pasar agachados por debajo y ponernos en el otro lado de la bañera, sujetando mientras tanto las cuerdas. El barco pareció dar media vuelta, pero, a pesar de que aparentemente había cambiado de dirección, yo tenía la impresión de que eso era lo único que había cambiado. De hecho, era imposible saber con seguridad en qué dirección íbamos, pues la proximidad de la niebla densa y blanca producía un curioso efecto desorientador. Ya no sabía dónde quedaba la costa, a pesar de que debía de estar a menos de cien metros de distancia.

Comimos en silencio nuestros sándwiches de queso con tomate, más por aliviar la monotonía que porque realmente tuviéramos hambre. Leí con

desgana retazos de mi libro de navegación, pero a decir verdad cada vez me atraía menos el tema. Durante la mayor parte de aquel largo y oscuro día de abril estuvimos cabeceando quién sabe dónde, primero en una dirección y luego en otra. De vez en cuando metíamos un dedo en el agua para comprobar si había alguna señal de movimiento. La niebla permanecía pegada al mar y se negaba a levantarse. De algún lugar nos llegaron el lúgubre bramido de una boya de sirena y el sonido, metálico y desganao, de una campana. La cosa no podía ser más deprimente.

Por fin, también Keith decidió que ya había tenido suficiente. Arrancó el motor y pusimos proa hacia donde calculó que estaba el muelle. En realidad nos encontrábamos bastante lejos, pues supongo que la marea nos había arrastrado. La niebla se levantó un poco y vimos en la lejanía el muelle sobresalir de la desembocadura del río. Despacio, increíblemente despacio, empezamos a aproximarnos a él. Apenas podía creer con cuánta lentitud avanzábamos. Nos llevó casi una hora cubrir una distancia de probablemente menos de trescientos metros y, cuanto más cerca estábamos, más lenta parecía la velocidad a la que nos aproximábamos. Mientras rebasábamos poco a poco el faro al final del rompeolas, un vulgar caracol de jardín podría habernos hecho sudar tinta.

Continuamos corriente arriba —el muelle aún se encontraba a unos seiscientos metros de distancia— a una marcha cada vez más patética. Keith puso a todo gas el pequeño motor fueraborda, que empezó a emitir un pitido horrorosamente agudo. Ahora que remontábamos el río, íbamos aún más despacio, pues la marea bajaba por allí a toda pastilla. La lluvia caída en Sussex había dejado la tierra completamente empapada, haciendo que las zanjas, los arroyos y los ríos vertieran sus aguas crecidas en el Arun, y el Arun las estaba arrojando contra nosotros y nuestro pobre barquito, junto con los mil millones de toneladas de agua de mar que de alguna manera también se les habían añadido.

Finalmente dejamos de movernos por completo, aunque, si mirábamos la estela por el costado del barco, parecía que íbamos a toda velocidad. Me fijé en un par de postes a los lados del malecón y me di cuenta de que, a pesar de todo el esfuerzo del motor recalentado y el estridente ruido que emitía, no estábamos avanzando ni un centímetro. El día de navegación

había resultado aburrido y silencioso; esta última parte seguía siendo aburrida, pero el pitido del motor la hacía aún peor. También nos invadía una sensación de humillación: nos sentíamos como un par de idiotas redomados, completamente inmóviles a pesar de que el motor estaba echando el resto.

La gente que caminaba por el malecón se acercaba para mirarnos. Se apoyaban en las barandillas mojadas y nos estudiaban durante unos minutos, a veces nos señalaban con el dedo para que nos vieran los niños o nos saludaban con la mano, mientras nosotros tratábamos por todos los medios de conservar algún atisbo de dignidad simulando tener la situación bajo control. Después de un rato se aburrían y se marchaban, tal vez a merendar al café. Pero al cabo de una hora estaban de regreso. Naturalmente, las aguas del río seguían fluyendo con gran fuerza, por lo que continuábamos en el mismo lugar de antes, y de nuevo nos miraban con genuina sorpresa y entusiasmo saludándonos como si fuésemos viejos amigos. Sin duda ofrecíamos un espectáculo ridículo.

Permanecimos inmóviles en ese río durante casi dos horas —las dos horas más largas de toda mi vida—, hasta que finalmente se acercó un potente barco pesquero, y un pescador, un hombre corpulento con la barba cubierta de gotitas de vaho condensado y lo que parecían pedacitos de pescado, se inclinó sonriendo y nos preguntó si queríamos que nos remolcaran. Respondimos que sí. Nos lanzó un cabo y empezamos a avanzar corriente arriba.

Keith estaba en la parte de atrás sujetando el timón, mientras que yo me encontraba en la cubierta de proa, sosteniendo el cabo y sin saber qué hacer con él.

—¡Deprisa, pásalo por los pasacabos y engánchalo a la bita! —gritó.

¿Qué demonios era un pasacabos? Y, por más que lo intentaba, tampoco recordaba qué eran las bitas ni dónde estaban. Lo miré sin comprender mientras la cuerda caía floja por encima del borde del barco.

—¡Vale!, entonces... —Keith ya estaba fuera de sí—, ¡agárralo y hazlo firme en la bita!

Yo no sabía a qué demonios se refería y apenas conseguía oírlo por encima del estruendo del motor. ¡No podía estar diciendo «Apáñalo y ponlo

firme en la pita», ¿no?! Me reí por lo bajo de esta absurda idea... y de repente el cabo se tensó, y a punto estuve de caer por la borda. Pero de algún modo logré mantener el equilibrio y me agarré con todas mis fuerzas, agachado en la cubierta de proa como si fuese un esquiador que adoptara esa postura para intentar descender más deprisa. Avanzamos río arriba mientras los pescadores sacudían la cabeza con manifiesta incredulidad.

Al dejar atrás la curva nos encontramos al lado del muelle. La corriente allí era más lenta, pues el río tenía mayor anchura. Los pescadores se despidieron con la mano, y eché el cabo al agua. Keith fue acercando el barco al muelle con nerviosismo, entre el estruendo del motor.

—¡Prepara los calabrotes! —gritó.

Miré a mi alrededor. ¿Qué diantres eran los calabrotes y dónde estaban?

—Muy bien, de acuerdo: toma el timón; yo me encargaré de los calabrotes. Tú límitate a acercar el barco a ese muelle que hay ahí.

Me dirigí a trompicones hasta la parte trasera mientras Keith avanzaba tambaleándose para colocarse en la proa. Cogí el timón, contento de estar haciendo por fin la parte divertida. Fui acercando el barco con cuidado al muelle y le di una suerte de toquecito profesional al acelerador... con lo cual el motor se paró. Keith se volvió en redondo, tropezó con un calabrote y, profiriendo un juramento soez, cayó por la borda. En un momento estaba ahí y al siguiente había desaparecido. Oí un movimiento de manos tratando de agarrarse desesperadamente, un chapoteo y luego... sólo el balanceo del barco.

Por unos instantes me pregunté si debía tratar de rescatar a Keith, pero, dado que en ese momento el barco estaba girando a toda velocidad en la corriente, preparándose para bajar de nuevo como un cohete por el río en dirección al mar, me pareció que no era mucho lo que yo podía hacer. Pobre Keith. Esperaba que estuviese bien y que hubiera logrado alcanzar la orilla braceando, aunque en ese momento consideré que no tenía sentido darle más vueltas al asunto. Tiré con fuerza de la cuerda del motor para arrancar y... nada.

—¡Chris! —Se oyó un grito ahogado.

—Sí, ¿qué?

—¡Ayúdame a subir al barco, cabrón!

—¡Gracias a Dios, Keith! —exclamé, asomándome por el costado de la embarcación—. ¡Me tenías preocupado de verdad!

Tirando de él con dificultad, de un modo muy poco digno y entre muchos resoplidos, empecé a subir al pobrecillo, que estaba empapado. No resultaba nada fácil, puesto que el tipo era más bien grandote y, con el par de toneladas de agua que habían absorbido sus prendas de lana, debía de pesar aproximadamente lo que una morsa de tamaño mediano. El inevitable resultado de esta operación fue que perdimos un tiempo precioso y que, a pesar de que la fuerza de la marea había disminuido, para cuando el pobre Keith, tiritando de frío, consiguió volver a arrancar el motor, estábamos otra vez pasando de costado a toda velocidad junto al extremo del malecón.

Esta vez sólo tardamos unos cuarenta y cinco minutos en recorrer los ochocientos metros de regreso hasta el muelle. Keith aprovechó el tiempo para explicarme de manera exhaustiva los procedimientos que había que seguir con los calabotes y todo lo relacionado con la operación de atraque, de modo que, cuando llegamos, las cosas se desarrollaron a la perfección y sin contratiempo alguno.

Después de un largo y tedioso episodio durante el cual Keith se afanó yendo de un lado a otro para dejar la embarcación «en condiciones», como insistió en denominarlo, nos tomamos una cerveza en el Club Náutico y nos pusimos a hablar de las lecciones que habíamos aprendido. Yo no tenía ni idea del peligro en que había estado Keith ni, ya puestos, el barco y hasta yo mismo. Pensaba que si te caías a un río te ibas nadando hasta la orilla y salías, así de sencillo. No había tenido en cuenta la tremenda fuerza de las mareas, y eso en un río pequeño como el Arun. Tendía a tomarme todo el asunto a broma; desde luego, había sido mucho más divertido que la llamada «navegación a vela» que habíamos estado practicando hasta hacía un rato.

En conjunto salimos bastante bien librados: no naufragamos, Keith no se ahogó y yo aprendí unas cuantas cosas sobre navegación, aunque tal vez no tantas como debía. Me temo que soy una persona considerablemente dura de mollera.

Quizá al lector le parezca raro que a Keith o a mí se nos ocurriera volver a navegar juntos, pero eso fue lo que hicimos el fin de semana siguiente. En esta ocasión incluso soplaban algo de viento, y con él, o mejor dicho, en contra de él, navegamos todo el día hasta llegar al puerto de Chichester, viajando de noche la mayor parte del tiempo.

Ésa es una de las cosas que estaba aprendiendo sobre la navegación: no era sencillamente una cuestión de salir cuando te apetecía, sino que debías tener en cuenta las mareas. La mayor parte de las veces ello suponía salir en mitad de la noche o, aún peor, justo antes del anochecer, de manera que, justamente cuando llegabas a mar abierto, quedabas rodeado de una aterradora neblina que no te servía de mucho. Yo me consolaba pensando que en el Mediterráneo todo resultaría más fácil, pues allí las mareas son insignificantes y por ello podríamos ir a donde quisiéramos en el momento que nos apeteciera.

En esta ocasión, sin embargo, nos enfrentábamos a unos espacios oscuros y desiertos, ocupados sólo por las estrellas, la lucecita de nuestra brújula y una constelación de luces lejanas y parpadeantes que, según Keith, nos indicaban hacia dónde dirigirnos. Una vez más, yo no tenía mucha idea de los peligros de la navegación, sobre todo si se va en un barco con una persona como Keith. Y, desde su punto de vista, yo representaba un riesgo, aunque, tal vez a causa de su halitosis y su mezquindad, no es que hubiera precisamente un aluvión de entusiasmados candidatos para el puesto.

Los peligros se hicieron más que evidentes al día siguiente, cuando quisimos regresar de Chichester. Nos encontrábamos a un par de kilómetros de la playa de Climping cuando el tiempo se tornó realmente espantoso. El viento empezó a ulular, convirtiendo rápidamente el mar en una enrevesada masa de olas encrespadas, y allá hacia donde mirásemos se alzaban unas inmensas murallas de agua verde grisáceo, coronadas de espuma de la que se elevaban nubes de agua pulverizada. El rugido del mar embravecido y el aullido del viento nos hacían imposible pensar con claridad. A pesar de llevar impermeable estábamos empapados, y sólo el esfuerzo por seguir vivos nos impedía sentir aquel frío horroroso. El barquito se tambaleaba

entre seno y cresta, y Keith y yo éramos lanzados de un lado para otro como bolos en una bolera.

Yo me encontraba al timón con un puñado de escotas (las cuerdas que controlan las velas) y Keith estaba en la parte delantera tratando frenéticamente de atar grandes pliegues de vela. Yo era partidario de rizar la vela mayor, y, de hecho, dada la manera como acabaron las cosas, no habría estado mal hacerlo. Porque de repente se armó la de dios es cristo cuando una ráfaga de viento nos golpeó con la fuerza de un ariete. De todos modos, puesto que en el mismo instante una ola colosal nos había lanzado por los aires, no quedaba mucho del barco en el agua. Después, sólo sé que nos hallábamos sumergidos en un mar furioso agitando desesperadamente los brazos, con el barco del revés y la quilla, que es la parte que debe estar hacia abajo, hacia arriba.

Tras el susto inicial, sentí que el agua helada penetraba en mi impermeable, dejándome por un momento sin respiración y haciendo que empezara a hundirme. El agua estaba suficientemente fría para que se me agarrotaran todos los músculos, pero la repentina necesidad de continuar a flote a fin de tomar la siguiente bocanada de aire me mantuvo en movimiento. Curiosamente, también recuerdo que empecé a reírme a carcajadas líquidas, lo cual, en retrospectiva, pienso que debió de ser el principio de una especie de ataque de histeria.

Sin embargo, aún tenía poca idea de lo que estaba en juego. Cuando subíamos hasta la cresta de una ola, veía la blanca espuma de la rompiente en la playa a poco más de un kilómetro de distancia, y pensaba que, en el peor de los casos, siempre podríamos alcanzar la costa a nado. Nunca he nadado una distancia así, y mucho menos en un mar helado y embravecido, llevando puesto un impermeable. Keith me dijo más tarde que no habríamos tenido ninguna posibilidad de salvarnos, y que el hecho de haber sobrevivido era poco menos que un milagro. Me dio a entender también, en términos muy claros, que habíamos zozobrado por mi culpa, porque inexplicablemente me había agarrado a la escota en lugar de filarla.

En aquel momento, sin embargo, Keith mostró su mejor faceta, pues me enseñó cómo subir a la quilla del barco y enderezarlo de nuevo. Resultó mucho más difícil de lo que parece, porque para entonces el *Ana* estaba

completamente lleno de agua, pero, gracias a unos esfuerzos titánicos y a una gran dosis de suerte, el barquito se enderezó y, tras un prolongado forcejeo para subir de nuevo a bordo, pusimos rumbo a Littlehampton, con las cartas de navegación empapadas y achicando durante todo el trayecto.

Fueron unas seis horas de suplicio, empapados y con los dientes castañeteando de frío, pero cuando llegamos al muelle nos sentíamos bastante satisfechos de nosotros mismos, como si hubiésemos estado donde pocos lo habían hecho antes... y no me refiero al puerto de Chichester.

Pobre Keith, al final incluso empezó a caerme bien, le deseo todo lo mejor y espero que haya encontrado por fin a su propia Ana, y que la muerte en el mar, que entonces me parecía que tal vez le estuviera reservada, no se lo haya llevado todavía.

Sark a la luz de las estrellas

Para entonces yo ya había decidido, como habría hecho cualquier persona normal, que detestaba navegar y que no quería tener nada más que ver con esa actividad. Pero le había dado a la tía abuela de Julie mi palabra de que iba a capitanear su barco, y no me gustaba la idea de admitir que la había engañado ni quería dejarla tirada. Además, no tenía ningún otro empleo en perspectiva, por lo que, reuniendo a duras penas un poco de dinero procedente de algún trabajo de esquila de ovejas, me matriculé en la Escuela Náutica de la isla de Wight y me apunté a un cursillo de quince días tras el cual obtendría el título de «tripulante» y, después, el de «patrón para navegación diurna».

No me entusiasmaba la idea de tener que asistir a una escuela, y más o menos había llegado a la conclusión de que la navegación era o bien peligrosa, o sencillamente aburrida, y que la mayor parte de las veces era ambas cosas a la vez. En cualquier caso, había hecho mi desembolso de dinero, por lo que no me quedaba más remedio que poner al mal tiempo buena cara. Cogí el tren hasta Portsmouth y después hice la travesía hasta Cowes en un *ferry*.

Los candidatos a tripulantes fuimos divididos en grupos de cuatro personas por barco y a cada uno se le asignó un monitor de vela, que llegaría a la mañana siguiente. Mis compañeros de tripulación constituían una extraña mezcla: Roger, un promotor inmobiliario indio que vivía en el norte de Londres; Suzie, una profesora de primaria rellenita y mona, y Simon, un inspector de policía de Bognor que, después de que lo dejase su mujer, había decidido aprender a navegar, según nos dijo, para mantenerse ocupado los domingos.

Por la mañana se presentó nuestro capitán, un hombre descomunal que parecía hecho de un molde distinto del resto de nosotros. Su inmensidad física —medía casi dos metros de estatura y tenía una constitución imponente— apenas daba una idea de la enormidad de su presencia. Se llamaba Tom Cunliffe, e imaginé que sería un pez gordo (o el término náutico correspondiente) en el mundo de la navegación. Era un auténtico marinero de larga distancia y había navegado en barcos mercantes y yates por la mayor parte de los mares y océanos del mundo. Demostraba una gran maestría en el uso del lenguaje, con un léxico extraído en igual medida de Shakespeare y de las cantinas de los cargueros. Podía ser obsceno cuando le apetecía serlo, pero, gracias a su ingenio, generosidad y buen humor, conseguía que nunca te sintieses ofendido. Además, tenía gracia y nos hacía revolcarnos de risa hasta que nos dolían los costados. Tom me dejó el ego completamente desinflado, por decirlo de algún modo.

El cursillo para obtener el título de tripulante era sencillo y exigía poco esfuerzo; aprendimos el vocabulario náutico, para qué servía cada cosa y por qué, así como una decena de nudos diferentes y la razón por la que era importante hacerlos correctamente. También aprendimos a adujar y enrollar los cabos, y cuando Tom nos hizo una demostración práctica, la cuerda pareció cobrar vida en sus enormes manos.

—Y ésta —nos dijo con voz de trueno— es la manera de hacer un rodete flamenco de primera.

Practicamos un poco de navegación básica y estudiamos algo de teoría náutica. Después nos llevamos un cajón de provisiones para una semana y descendimos por el río hasta el canal del Solent.

Era un paisaje marino que no se parecía en nada al de mis aventuras con Keith. El mar estaba azul bajo un sol brillante, y el barco, empujado por una suave brisa, avanzaba veloz por la superficie como si fuera un perro correteando loco de alegría. Una noche atracamos en el hermoso río Beaulieu y cruzamos en el bote sus serenas aguas para ir al bar de Buckler's Hard, donde Tom interpretó unas canciones de marineros con el grupo musical. Por la mañana despertamos con la cabeza pesada, en el silencio del río, tranquilo y rodeado de bosques, escuchando los inquietantes graznidos de las aves marinas. Y después luchamos contra el viento y las olas,

abriéndonos paso a duras penas entre la espuma para atracar en Bosham, en el puerto de Chichester.

La semana siguiente nos dirigimos por la noche a la isla de Sark y descubrí el placer de navegar en mar abierto guiándonos por las estrellas. Mientras nos aproximábamos a la isla, dado que llevábamos un día y una noche en el mar y nuestro sentido del olfato anhelaba el olor a tierra, percibimos que las aulagas en flor, tan abundantes en la isla, perfumaban el mar a muchos kilómetros de distancia. Tom fue una fuente de inspiración; amaba el mar y sabía cómo transmitir ese amor a los demás.

Al final de la semana, con mis diplomas orgullosamente bajo el brazo, no pude evitar la sensación de que acababa de tener una pequeñísima experiencia de los rudimentos de algo que iba a obsesionarme durante el resto de mi vida. Casi me parecía que estaba destinado a ello, y recordé que mi abuelo paterno, muerto antes de que yo naciese, había sido capitán de barco. Se había encargado de llevar a Inglaterra los acorazados alemanes capturados al finalizar la Primera Guerra Mundial. Así pues, tal vez yo lo llevara en la sangre. Me sentía más que preparado para las islas griegas.

SEGUNDA PARTE

Las islas griegas

¿Dónde está Dunde?

Al volver a casa me encontré con un paquete enviado por Jane Joyce. Contenía una carta en la que explicaba la situación, otra carta de presentación para un tal capitán Doug Dunde y un folleto informativo sobre la embarcación, así como un recibo por una cantidad de dinero que le había abonado a dicho capitán.

«Estoy a punto de pasar por el quirófano —me escribía—. Mientras tanto, esto es lo que tienes que hacer. El barco aún no está en la isla de Spetses. Este invierno lo ha estado cuidando el capitán Doug, quien me temo que es un granuja redomado. Tiene los documentos y las llaves, y ha llevado a cabo una serie de reparaciones que eran necesarias. Puedes contactar con él en el bar *Thalassa*, Eurípides 5, Kalamaki. Adiós, hijo mío, te deseo la mejor suerte y espero veros pronto a ti y al langostero restaurado a mi vuelta a Spetses». También había un cheque por valor de doscientos dólares para cubrir mis gastos.

Miré las fotos del primer barco cuyo mando iba a asumir, un precioso yatecito con un largo bauprés de madera y unas pintorescas velas de lona rojas... Distaba mucho de ser un acorazado capturado, pero para empezar bastaría.

Cogí un avión hasta Atenas y allí un autobús a Kalamaki, donde, con la bolsa y la guitarra a cuestas, empecé a recorrer fatigosamente las calurosas callejuelas en busca de la calle Eurípides. *Thalassa* quiere decir «mar» en griego, por lo que me figuraba que el bar estaría en el paseo marítimo. Sin embargo, no resultó así, y sólo di con él tras equivocarme varias veces y recibir una serie de indicaciones erróneas. Se trataba de una especie de

antro deprimente, con varias mesas de plástico colocadas bajo unos plátanos esmirriados en el borde de la acera de un callejón, pero el barman era simpático, hablaba algo de inglés y conocía al hombre a quien buscaba.

Al parecer, el capitán Doug tenía la costumbre de acudir al bar hacia las seis o las siete, aunque no se le había visto desde hacía varios días. Coloqué el equipaje en un rincón del bar y, tras pedir una ensalada y una jarra de *retsina*, me senté a la sombra con mi gramática griega. Mientras tanto, entraban y salían clientes, las moscas zumbaban sin parar, y coches y furgonetas pasaban despacio por la calle llena de baches. Dieron las seis, las siete y hasta las ocho. El sol se puso, y con ello llegaron el bendito frescor de la noche y el resplandor anaranjado de las farolas de la calle; la gramática griega me resultaba cada vez más pesada. Sin haber visto ninguna señal del capitán Doug, me registré en un hotel que me recomendó el barman, convenientemente situado justo debajo de la trayectoria de despegue de los aviones procedentes del aeropuerto, un lugar barato y cutre que resultó ser, con la inevitabilidad que tienen estas cosas, un burdel.

Al día siguiente regresé al Thalassa para desayunar, y después me encaminé hacia el puerto deportivo para ver si encontraba el barco. Había cientos y cientos de resplandecientes embarcaciones de plástico meciéndose en el nauseabundo y oleaginoso líquido que era el mar en el puerto de Kalamaki. Caminé con paso decidido por un pontón tras otro al caluroso sol de la mañana, mirando trabajar en sus barcos a hombres y mujeres de piel morena y reluciente. Pero no había nada que recordara, ni remotamente, a un langostero de Cornualles.

No es que esta clase de barco fuera difícil de distinguir, pues el langostero tiene un diseño muy característico. Por el folleto que Jane Joyce me había enviado, sabía que el casco era negro; que el mástil y las vergas no eran de aluminio, un material más moderno, sino de madera; que las velas eran rojas y la roda vertical... y no cabía la menor duda de que sería el único barco con roda vertical de todo el puerto deportivo de Kalamaki. (Tener roda vertical significa que la parte delantera o proa de la embarcación entra en la línea de flotación verticalmente, en lugar de mostrar la elegante y estilizada curva de la roda de un clíper, por ejemplo. Es la forma que uno puede ver en los barcos pesqueros, y todos los barcos

que aparecen en las marinas flamencas de los siglos XVIII y XIX presentan roda vertical).

En cualquier caso, el langostero había sido la elección de una propietaria de gustos refinados que no sabía nada de náutica pero estaba empeñada en que su barco fuese bello. Sin embargo, no había ni rastro de un barco así entre las blancas y estilizadas embarcaciones atracadas de popa (es decir, aparcadas de espaldas) en los pontones.

A continuación busqué en la zona donde se alineaban las filas de barcos almacenados para el invierno, y una vez más no vi nada que se pareciese a un langostero. Finalmente, un poco preocupado y sin saber qué pensar, crucé hasta una especie de vertedero donde se amontonaban los desechos de barcos, las pobres embarcaciones viejas y averiadas que habían dado lo mejor de sí y habían sido abandonadas en aquel polvoriento rincón del astillero para que se descompusieran. Había montones de ellas. Caminé a lo largo de las filas de barcos, zigzagueando entre unos y otros hasta que, de repente, asomando por detrás de un casco de acero oxidado, apareció finalmente el langostero. No cabía la menor duda. Estaba escorado, apoyado contra unos maderos endebles y parcialmente cubierto por una lona hecha jirones.

Por entonces yo no sabía mucho de mantenimiento de embarcaciones, pero aquel pobre barco se encontraba en un estado lamentable. Estaba claro que en todo el invierno nadie se había ocupado de su conservación. Era una auténtica ruina. Subí a bordo y lo examiné. Ni siquiera tenía motor; al parecer, durante el invierno el único trabajo de mantenimiento había consistido en retirarlo. Me senté allí mismo, bajo un sol achicharrante, y me puse a estudiar la deteriorada carpintería. No me costó mucho comprender que el famoso capitán Doug era un bribón o un incompetente, o ambas cosas a la vez.

Pasé otra tarde en el bar tratando con todas mis fuerzas de concentrarme en la gramática griega, aunque la mayor parte del tiempo sólo podía pensar en que mis prometedoras vacaciones de verano parecían a punto de arruinarse. No había el menor rastro de Dunde. Yo no me explicaba cómo era posible que Jane, con toda su aparente competencia y autoridad, se hubiera dejado embaucar por alguien que no tenía ni dirección ni número de

teléfono, sino un bar por únicas señas. Aunque también es verdad que ella me había contratado a mí como patrón del barco y me había enviado un cheque para cubrir los gastos. Tal vez fuese demasiado confiada.

Me llevó más de una semana dar con el capitán Dunde.

Una tarde entré en el Thalassa, como de costumbre, un poco enfadado ya y muy lejos de estar seguro de conseguir ver a la persona cuya falsedad estaba desbaratando todos mis planes para el verano, pero en esta ocasión Yannis, el camarero, me hizo señas para que me acercase.

—Dunde está aquí —dijo en voz baja mientras señalaba con los ojos una mesa de fuera—. Ahí es donde está Dunde.

Me acerqué con aprensión a donde estaba sentado el hombre tomándose una cerveza con unos colegas.

—¿Es usted el capitán Dunde? —pregunté, haciendo un esfuerzo por resultar cortés y en absoluto agresivo.

El tipo se volvió y me miró fríamente por un instante antes de decir:

—¿Y quién pregunta por él?

Sentado en su silla, Dunde era un hombre bajo y rechoncho que parecía carecer de cuello. Su rostro, de color escarlata, estaba dominado por una nariz redondeada picada de viruelas y unos ojos nada atractivos de un azul acuoso. Vestía un mugriento mono blanco.

Le tendí la mano, que estrechó con indiferencia.

—Me llamo Chris —dije—, y este verano voy a encargarme del langostero a petición de Jane Joyce.

Tras estudiarme con arrogancia, echó un trago de su cerveza.

—Ah, ¿sí? —dijo—. Pues el barco aún no está listo; todavía hay que darle los últimos retoques.

—Eso salta a la vista. —Repuse, tratando de controlar mi ira—. Ni siquiera le han puesto el motor...

—El motor —replicó Dunde con desprecio— es el menor de sus problemas. Tiene ósmosis.

Me estaba resultando cada vez más difícil controlarme, pero aquel hijo de puta contaba con las mejores bazas: conocía el barco y, aún más

importante, tenía el motor, las llaves y los papeles.

—Entonces, ¿qué piensa hacer al respecto? —barboté.

—Así que sabes qué es la ósmosis, ¿eh? —preguntó, y tras coger de nuevo la cerveza tomó otro largo trago mirándome fijamente a los ojos.

Balbucí algo incoherente en un intento de señalar que no era de eso de lo que se trataba.

—Mira, no tengo tiempo para explicártelo todo esta noche —masculló, tras lo cual me dio la espalda y soltó unas palabras en griego. Por la risa estridente de sus amigos, comprendí que eran obscenidades.

Temblando de furia, fui a pagar la cuenta a la barra.

—Yo digo ti cómo es Doug Dunde. —Yannis me dirigió una mirada de complicidad—. Es de un mal carácter.

Busqué una cabina telefónica y llamé a Jane a Londres.

—Chris —dijo—, siempre he tenido mis sospechas sobre ese hombre y, por lo que me cuentas, ahora hasta dudo de que alguna vez haya sido capitán de nada. El título es pura mentira. Cuentas con toda mi confianza y autoridad para hacer lo que sea necesario. Lamento mucho las molestias que esto te ocasiona. Todo es culpa mía por haber confiado en ese mal bicho. Te prometo que te recompensaré por ello, pero ahora, si no te importa, me gustaría que le quitases de las manos el asunto al odioso Dunde, que te encargues de que se le hagan al barco las reparaciones necesarias y que lo lledes hasta la isla.

Hubo algo en la sinceridad con que dictó esta orden confiada y casi imposible que me sedujo por completo. En aquel momento habría sido capaz de dar mi vida por ella. Por supuesto que asumiría la tarea de buscarles solución a las maquinaciones canallescás de ese mal bicho de Dunde. Sin embargo, distaría mucho de ser fácil, pues yo no sabía nada de Grecia, mi conocimiento del idioma era insignificante y nunca había reparado un barco. Además, por si eso fuera poco, tenía que lidiar con Dunde, quien, a medida que pasaban los días, parecía estar haciendo todo lo posible para poner las cosas aún más difíciles de lo que ya eran.

Había imaginado que a esas alturas ya estaría viviendo en el barco en el pequeño y bonito puerto de Spetses, navegando tranquilamente de isla en isla junto a mi encantadora patrona y sus amigos. En lugar de ello, me

encontraba atrapado en Kalamaki, uno de los lugares más espantosos de Grecia, donde el estruendo del tráfico constante de la concurrida carretera costera de Atenas era silenciado, aproximadamente cada diez minutos, por el ruido de los aviones que despegaban o aterrizaban. Había una playa larga y sucia al borde de la carretera y una hilera de hoteles enormes y feos.

El puerto deportivo era inmenso, lo que resultaba aún más mortificante para mí cuando veía salir por su boca barco tras barco rumbo al hermoso mar azul. Parecían hormigas voladoras lanzándose una tras otra desde una brizna de hierba, mientras yo, la pobre hormiga terrestre sin alas, estaba condenado a quedarme atrás contemplando cómo el sol arrancaba reflejos centelleantes de sus hermosas alas plateadas.

El único consuelo —siempre hay algo que te sirve de consuelo— era una pastelería que había en el pueblo, a media hora de camino. Me sentaba allí al final de la jornada y, con el placer que me proporcionaba la lectura de *Zorba el griego*, de Nikos Kazantzakis (ya había abandonado la gramática), aliviaba la tristeza de mi situación con un café y un trozo de riquísima tarta de chocolate, o en ocasiones un helado de mango. Que las válvulas de escape de la condición humana tengan un funcionamiento tan sencillo constituye una de las grandes bendiciones de la vida; así, un trago de buen vino calma agradablemente la agitación producida por el sufrimiento, y un bocado de buen beicon o la sonrisa de una chica bonita amortiguan el dolor.

Poco a poco fui haciendo pequeños progresos. En medio del calor y el polvo, caminé de un proveedor de buques a otro tratando de encontrar a uno que, a cambio de cierta suma, estuviera dispuesto a ayudarme a resolver el problema. Di con una persona que yo creía que se llamaba Ecstáticos, aunque más tarde me dijeron que su nombre era Eustathios. Era un verdadero lince, con sus gafas de sol, su elegante traje y su sonrisa chispeante, pero al menos aceptó el trabajo.

—Mis hombres estarán allí mañana por la mañana —me aseguró mientras estábamos sentados en su opulento despacho de El Pireo provisto de aire acondicionado—. Evaluarán el problema y harán el trabajo, y así usted tendrá su barco.

Le estreché la mano y me fui corriendo a llamar a mi jefa. Estaba tan saturado de *Zorba* que me había dado por llamar a Jane «jefa», lo que

parecía gustarle.

—Ya están las cosas en marcha, jefa —anuncié por teléfono, lleno de alegría—. Empiezan a trabajar mañana por la mañana y calculo que podré llevarme el barco a la isla la semana que viene.

—Vaya noticias requetebuenas, Chris, ya sabía yo que eras la persona adecuada para el puesto. Bien hecho, hijo, y gracias, muchísimas gracias.

Una semana más tarde, mientras esperaba solo y desconsolado en las ruinas de la embarcación con la que parecía haberse ido a pique mi trabajo veraniego, una vieja y cochambrosa furgoneta de hojalata de tres ruedas, que los griegos llaman *trikiklo*, se acercó abriéndose paso entre los baches, hierros oxidados y detritos náuticos del cementerio de barcos de Kalamaki. Me quedé observándola con interés y sentí un pequeñísimo atisbo de esperanza en el corazón. Cuando el vehículo se detuvo de forma vacilante, sus dos ocupantes salieron con dificultad de su diminuta cabina y me miraron.

—¿Es usted Jane Joyce? —preguntó el más bajito entornando los ojos a causa del sol.

—No; soy Chris.

—Yo soy Nikos.

Nos estrechamos la mano. Su compañero surgió del otro lado del barco, que había estado inspeccionando.

—Hola —dijo. Al igual que el otro, hablaba inglés con un fuerte acento americano—. Nikos.

—Entonces, ¿los dos os llamáis Nikos?

—Sí —contestaron a coro. Aunque no es que se los pudiera confundir fácilmente: uno de ellos era alto, moreno y con nariz aguileña, mientras que el otro era menudo y tenía una tupida barba pelirroja.

—¿Sabes, Chris? —dijo el Nikos de la barba pelirroja—, yo diría que esto en realidad no es un yate, como nos habían dado a entender; es más bien un barco, ¿no?

Mientras hacía esta observación, el Nikos alto y moreno sacaba del *trikiklo* un montón de cachivaches que quizá en un tiempo habían sido

herramientas.

—O. K., veamos qué se puede hacer.

Recorrieron a gatas todo el barco, lo toquetearon, le dieron golpecitos y lo rasparon mientras deliberaban en griego de forma incomprensible.

—Tiene un poco de ósmosis y no se ve motor por ninguna parte — diagnosticó el Nikos de la barba pelirroja—. El motor: podemos comprar uno nuevo y ponérselo. La ósmosis: tenemos que quitarle al casco toda la capa exterior de pintura y darle una mano nueva. Después tendríamos que limpiar un poco los palos y retocar la carpintería... Nos llevará una semana, calculo.

Una semana... ¡sólo una semana! El manto de tristeza que me envolvía el corazón desapareció, y me puse a dar brincos de contento para mis adentros. Ana llegaría al cabo de una semana para pasar unos días de vacaciones... ¡y pensar que yo iba a disponer del langostero para navegar con ella por las islas griegas! En fin, que apenas podía contener mi alegría.

Pero entonces recordé que no tenía las llaves del barco. Les planteé la cuestión a los Nikos.

—¿Llaves, hombre? —dijo entre risas el Nikos alto y moreno—. Las llaves son para los motores. Tú no tienes motor. Nosotros compramos un motor nuevo y así tendrás unas llaves nuevas. *No problem*. —Y, tras liberarme con una sola frase del poder que Dunde había ejercido sobre mí, tiró de la cuerda y arrancó el generador. A continuación, los Nikos le conectaron sendas pulidoras radiales y se pusieron a trabajar en el casco.

Yo estaba eufórico, y habría retozado como un corderito y cantado como una alondra si no hubiera sido porque el chirrido de las pulidoras y el maloliente polvo negro de la pintura y la fibra de vidrio pulverizadas sofocaban las ganas que sentía de hacerlo. El sol ya estaba alto y hacía un calor de mil demonios, pero los Nikos eran jóvenes y fuertes, y parecían unos tipos competentes.

—¿Quieres una pulidora? —me preguntó el Nikos alto y moreno.

—Claro que sí, si eso ayuda a que las cosas vayan más rápido. — Respondí, e imitando a mis nuevos amigos me cubrí la nariz y la boca con un pañuelo atado en la nuca y la emprendí con el otro lado del casco.

Era una tarea terrible, con todo ese ruido y ese olor y esa suciedad y ese calor, por no mencionar que trabajar en la puesta a punto del barco no se incluía en las condiciones de mi acuerdo. Sin embargo, estaba dispuesto a hacer lo que fuera con tal de acelerar el proceso, y, además, de paso a lo mejor también aprendía algo.

El estruendo del generador y el chirrido de las tres pulidoras me sumieron en una especie de trance. De cuando en cuando el ruido del generador aumentaba, lo que significaba que alguien había apagado una pulidora. Entonces uno de los Nikos surgía de detrás del barco, contemplaba por unos instantes mi trabajo y hacía una observación sobre algún tema no necesariamente relacionado con el asunto que teníamos entre manos.

—¿Sabes, Chris? —me dijo una mañana el Nikos de la barba pelirroja —, me parece que la historia medieval de Inglaterra está muy mal documentada. ¿Qué piensas tú?

Apagué mi pulidora y la puse en el suelo. Miré a Nikos, y él me miró a mí.

—Es difícil saberlo, Nikos —contesté.

Se quedó rumiando mi respuesta durante un momento y por fin regresó al otro lado del barco. Arranqué la pulidora y el ruido del generador disminuyó, para volver a subir al cabo de un instante, cuando el otro Nikos apagó la suya a fin de oír mejor el informe que le daba su compañero. Hablaron durante un rato sobre mi respuesta evasiva, y luego el estruendo volvió a disminuir cuando ambas pulidoras comenzaron a funcionar de nuevo y todos nos concentramos en el trabajo.

Al cabo de unos diez minutos el sonido del generador se hizo más intenso justo antes de que el Nikos guapo y moreno se acercara a mí.

—¿Crees que fue Shakespeare quien escribió todas sus obras de teatro tardías, o piensas que fue Philip Sydney? —preguntó.

Así seguimos hasta las dos de la tarde aproximadamente, cuando el calor se hizo demasiado agobiante para continuar. Entonces los Nikos dejaron de trabajar, se subieron al *trikiklo* y se fueron a dormir la siesta.

Esa primera tarde no regresaron, y tampoco al día siguiente, pero al otro sí lo hicieron y trabajaron como posesos, sin parar hasta el atardecer.

Aunque no eran lo que se dice totalmente fiables, estaba claro que sabían lo que hacían, y poco a poco empezamos a tomarnos afecto. No obstante, a medida que fue pasando la semana, comprendí que el dichoso langostero aún distaba mucho de estar listo para navegar. Me resultó difícil ocultar mi decepción al despedirme con la mano de los Nikos cuando me marchaba hacia el aeropuerto para recoger a Ana. Eché a andar fatigosamente en dirección a la carretera. Un minuto más tarde, ahí estaba el Nikos de la barba pelirroja jadeando a mi lado.

—Venga, hombre —dijo, haciendo oscilar ante mis ojos una llave de aspecto primitivo—. Llévate el *trikiklo* e impresionála.

Ya llevaba fuera alrededor de un mes y no cabía en mí de gozo ante la perspectiva de ver a Ana. Mi novia lucía un sombrero de paja con flores naturales en la banda y, debido a que tenía una conocida que, muy oportunamente, trabajaba en la industria aeronáutica, le habían dado tanto alcohol durante el vuelo que casi no podía hablar. Abriéndome paso en el *trikiklo* entre el demencial tráfico de Atenas, la llevé al burdel donde, en unas condiciones bastante poco prometedoras, hicimos lo que pudimos para familiarizarnos de nuevo el uno con el otro.

Más tarde, mientras Annie dormía profundamente, volví a llevar el *trikiklo* al astillero.

—Entonces, ¿dónde está tu novia, colega? —preguntaron los Nikos en un tono un tanto cómplice.

—Mmm... está durmiendo; pero el *trikiklo* la ha impresionado de verdad.

—Pues tráetela al barco mañana, hombre. Nos morimos de ganas de conocerla.

Mientras nos tomábamos un café y un pastel, le conté a Ana lo decepcionado que me sentía por no tener el barco listo para recorrer juntos las islas. Yo había soñado con ello desde que me había metido en lo del langostero, pero ahora no íbamos a poder hacerlo.

—De todos modos, me gustaría verlo —dijo.

Así pues, a la mañana siguiente la llevé para que conociera a los Nikos y enseñarle el langostero. Pensé que había cometido un terrible error cuando los Nikos empezaron a hacer derroche de su encanto y su galantería mediterráneos, ya que, en comparación, yo no conseguía dar la talla, pues no era más que un anglosajón desgarrado y zafio. Ana quedó cautivada con los deslumbrantes Nikos, que se habían acicalado hasta cierto punto para ese encuentro, y también manifestó cierta admiración por el langostero. En general pasamos una hora agradable.

Cuando dimos media vuelta para marcharnos al cochambroso hotel y la mugrienta playa, el Nikos alto y moreno me indicó que lo siguiese. Nos hizo salir del astillero y nos condujo hasta los pontones. Avanzamos entre yates relucientes y bares flotantes, hasta que nos detuvimos ante un modesto barquito de vela que parecía un poco fuera de lugar entre toda aquella ostentosa opulencia.

—Aquí está —anunció con una amplia sonrisa—. Ahí tenéis vuestro barco. Llévate, tiene gasolina suficiente. Supongo que sabes navegar a vela, ¿no?

—Pe... pero ¿qué quieres decir, Nikos? —barboté.

—Éste es el barco de Nikos... Bueno, no es suyo exactamente, pero hemos arreglado las cosas para que puedas utilizarlo. Nadie se va a enterar. Venga, llévate a Ana de excursión por la costa: Sunión es un sitio bastante agradable.

Tengo que reconocer que el barco no era gran cosa... Es decir, era un magnífico gesto por parte de los Nikos, pero resultaba decepcionante lo mucho que se parecía al maldito cascarón de Keith. Sin embargo, yo estaba exultante de alegría sólo de pensar en salir con mi novia a aquel mar espléndido, fuera cual fuese la clase de embarcación en que lo hiciéramos. Y para Ana todos los barcos eran iguales.

Así pues, aquella tarde soleada salimos a motor del puerto deportivo, izamos la vela y, empuñando yo alegremente el timón mientras Ana obedecía instrucciones junto al foque, nos lanzamos a navegar, siguiendo la costa hasta Sunión. Al caer la tarde fondeamos en la bahía, a unos cincuenta

metros de la playa, y, manteniendo en alto las bolsas de plástico en que habíamos metido la ropa, nadamos hasta la orilla.

Al anoecer paseamos a la luz de la luna por el templo de Poseidón, en lo alto del cabo de Sunión. Nos sentamos juntos en una roca caliente y contemplamos el reflejo de la luna sobre el mármol blanco y antiguo, maravillándonos de lo bonita que era Grecia. Ana se puso poética y comenzó a recitar breves fragmentos de versos épicos que yo había olvidado hacía tiempo... si es que alguna vez los supe.

—¡Qué bonito! —exclamé, pasándole un brazo por los hombros—. ¿Te lo acabas de inventar?

—Son de lord Byron —respondió con un ligerísimo tono de condescendencia—. Tal vez se sentó en esta misma piedra y grabó su nombre en uno de estos pilares del templo.

—¿De verdad? No puede ser... ¡Qué cosa más ruin!

—Desde luego. Y estoy casi segura de que también durmió aquí. Le gustaba mucho dormir al raso en monumentos clásicos, o quizá sencillamente le gustara subir hasta ellos para contemplar la puesta de sol y luego se hacía de noche y la oscuridad lo obligaba a quedarse allí.

Pensé por un instante en lo romántico que sería que nos acurrucásemos juntos para pasar la noche al abrigo de un antiguo bloque de mármol. Pero entonces me acordé de lo mucho que se enfría el mármol, además de lo incómodo y tremendamente duro que puede resultar, con lo que nuestro comfortable barco mecido por las tranquilas aguas me pareció una opción mucho mejor.

En una taberna de la playa, bebimos vino y comimos un aromático pescado rosado que habían dispuesto artísticamente en una fuente, mientras la espuma de las olitas lamía nuestros pies desnudos en la arena. Saciados con aquella succulenta comida y no poco atiborrados de vino, volvimos nadando al barco, que seguía meciéndose sujeto al ancla, y nos acostamos en la cálida atmósfera de la noche para dormir en cubierta bajo la luna y las estrellas.

A la mañana siguiente emprendimos el regreso, deslizándonos deprisa impulsados por un viento del oeste noroeste en dirección al odioso Kalamaki. Era cuestión de devolver al puerto deportivo el barco, que

evidentemente los Nikos habían mangado para nosotros, antes de que su propietario descubriese su ausencia.

—Tienes que acordarte de traer de vuelta ese barco antes de las dos, porque si no se convertirá en una *karpouzi* —me había dicho el Nikos alto, muy orgulloso de la variación que se le había ocurrido sobre el tema de la Cenicienta (*karpouzi* significa «sandía» en griego).

El mar tenía un intensísimo color azul, exceptuando el blanco de la pálida espuma que levantaba la ola de proa. El olor a romero y tomillo secos y el aroma acre de los pinos calientes se elevaban de la tierra y, para nuestro deleite, llegaban hasta nosotros impulsados por las corrientes de aire cálido.

Ana debía regresar a Sussex al cabo de unos pocos días, pues tenía un negocio del que era necesario ocuparse. Justo antes de que me marchara a Grecia había empezado a abastecer de plantas las oficinas de la zona para alegrar sus sombrías zonas de recepción, y la idea parecía estar cuajando. Así pues, al cabo de poco más de una semana se despidió cariñosamente de los Nikos y, después de cargar sus maletas en la parte de atrás del fiel *trikiklo*, la llevé en él al aeropuerto.

A pesar de sus cualidades, los Nikos no tenían ni la más remota noción del tiempo, por lo que la semana que habían calculado se fue extendiendo cada vez más para penetrar en la lejana esfera de la probabilidad. Unos días se presentaban y otros no, pero poco a poco el barco fue tomando forma. Pasamos varios días embutidos en el *trikiklo* recorriendo la zona comercial de El Pireo en busca de un motor. Encontramos uno del tamaño adecuado, lo acarreamos hasta el langostero y los Nikos se pusieron a instalarlo mientras yo me ocupaba de la tarea, menos exigente desde un punto de vista tecnológico, de lijar y dar aceite al mástil y los palos.

Sin duda, nos encontrábamos ya en la recta final.

Y entonces, una mañana particularmente luminosa —recuerdo que incluso en Kalamaki la luz tenía una calidad especial al reflejarse en la capa de suciedad flotante del puerto—, Nikos me entregó un mensaje arrugado. Era de Jane, y lo enviaba por medio de Ecstáticos. Por fin estaba en su

chalet de Spetses, y me mandaba su número de teléfono. Solté la brocha impregnada de aceite y corrí al bar Thalassa, donde, como cliente habitual que era, me permitían usar el teléfono.

—Hola, jefa. ¿Cómo van las caderas? —le pregunté.

—Ahora que estoy aquí, mucho mejor; no hay nada que un poco del sol y el mar de Grecia no puedan curar. Tu amigo Ecstáticos me ha dicho que el barco está casi listo.

—Las cosas tienen buen cariz. No quiero ser excesivamente optimista... pero calculo que en una semana estará terminado.

—Pues ésas son unas noticias maravillosas, Chris. Pero ahora dime, ¿te apetece venir mañana en el hidroala a comer con nosotros? Me encantaría que conocieses a nuestros amigos de aquí, y así de paso podré darte los papeles del barco. —Al parecer, el capitán Dunde sólo tenía las fotocopias.

Así pues, cogí el autobús hasta El Pireo y me monté en un hidroala, uno de los Flying Dolphins que los griegos llaman *flyings*. El mar estaba agitado, por lo que los pasajeros, quejumbrosos y abatidos, fuimos recluidos en la cabina, y lo único que pude ver del mar y las islas fue una imagen borrosa de rocas y agua a través de unas ventanillas continuamente salpicadas por las olas. Me enfrasqué en la lectura de *Zorba*. Al cabo de un par de horas, entornando los ojos a causa del fuerte sol de mediodía, salté al largo muelle de hormigón de Spetses. A mi alrededor se oían gritos de «*Ela! Ela!*». («¡Aquí! ¡Aquí!»), mientras la tripulación, impasible, arrojaba cuerdas al muelle. Los pocos pasajeros que desembarcaron se iban echando la bolsa al hombro, algunos de ellos tras abrazar a los familiares o novios que estaban esperándolos; un carrito manejado por un guapo joven de brazos y piernas bronceados recogió la saca de correos. Miré cómo el hidroala se separaba lentamente del muelle —más gritos, más cuerdas serpenteantes—, hasta que me di media vuelta y me encaminé hacia el pueblo siguiendo a los spetsiotas.

Mi primera isla griega, una especie de pequeña ciudad-estado de variadísimo paisaje... Olía a mar, muy abundante allí, dado que se trataba de una isla; también olía a pino caliente, porque lo que no era playa,

olivares o pueblo eran pinares. Y además estaba el olor a pescado, fresco o frito, y a carne asada. Como sutil contrapunto, se percibía el olor a gasolina quemada que emanaba de las pequeñas motocicletas y furgonetas, y de vez en cuando un ligero y agradable aroma a alcantarilla.

Pequeños barcos de madera, azules y blancos, los hermosos *caiques* griegos, se empujaban entre sí a causa del oleaje que levantaba el revoltoso mar. Gritaban las gaviotas, revoloteando de un lado a otro con relucientes tripas de pescado en el pico. Junto a la puerta del *kafeneion*, sentados a unas mesas de madera, unos marineros vestidos como bolcheviques, en mangas de camisa de tela gastada y con pantalones deshilachados, jugueteaban indolentemente con sus sartas de cuentas y saboreaban pequeños vasos de *ouzo* con agua, de color lechoso. El pueblo era diminuto, un laberinto de callejuelas adoquinadas apiñadas en torno al muelle. El color blanco de los edificios brillaba al intenso sol, haciendo resaltar el azul de la carpintería. La escala, las proporciones y el color parecían perfectamente estudiados para hacer que te sintieras a gusto. Aquí y allá grupos de turistas deambulaban entre las callejuelas, exhibiendo satisfechos sus brazos y piernas recién bronceados. Olían a perfumes fragantes y loción bronceadora, y reían y parloteaban en ese peculiar estado de abandono y alegría que producen las vacaciones.

La euforia resultaba contagiosa; me eché la bolsa al hombro y caminé entre las callejuelas y plazas con el corazón alegre por toda aquella belleza y aquel ambiente de recreo. Poco a poco fui dejando atrás el griterío y el bullicio del pueblo y, siguiendo las indicaciones que me había dado Jane, subí por las empinadas callejas en dirección norte, sin apartarme de la sombra para evitar el intenso resplandor del sol. Pasó corriendo un perro moteado. En algún lugar glugluteó un pavo. Un burro atado a la sombra de un alto eucalipto soltó un rebuzno tan fuerte y prolongado que partía el corazón.

«La razón por la que el burro emite ese ruido desgarrador —reflexioné, acordándome del dicho popular— es porque ha visto al diablo».

Jane me había dicho que para encontrar «To Spiti Joyce». (La Casa de Joyce) había que llegar hasta un alto eucalipto al que estaba atado un burro. Crucé un descampado a pleno sol y tiré de una campanilla que colgaba en

una alta tapia blanca. Permanecí esperando a la sombra de una adelfa que sobresalía por encima de la tapia, envuelto en una atmósfera caliente impregnada de fragante perfume a jazmín y el agradable olor a pis de gato de una higuera.

Se oyó a alguien tantear al otro lado de la puerta y, de pronto, ahí estaba Bob.

—Vaya, si es nuestro nuevo capitán... Encantado de verte de nuevo, Chris. Pasa, tenemos aquí a unos amigos que han venido a comer.

Dejé caer la bolsa sobre los adoquines del patio, me revolví un poco el pelo con las manos y me sacudí el polvo, y a continuación seguí a Bob a través del fresco interior de la casa hasta la terraza. Allí, a la moteada sombra de una gran higuera, estaba puesta la mesa: un sencillo mantel de percal, unas flores recién cogidas, unas copas relucientes de vino blanco frío. Para entonces yo ya no cabía en mí de euforia; el contraste entre el deprimente Kalamaki y esa encantadora isla mediterránea era casi más de lo que podía asimilar.

—Chris, has llegado en el momento perfecto —dijo Jane, sentada a la cabecera de la mesa. No parecía alterada en absoluto por su terrible experiencia en el hospital—. No voy a levantarme para saludarte, hijo mío —añadió, haciéndome señas de que me acercara—, porque mis malditos nuevos huesos de titanio me obligan a quedarme sentada, pero sírvete una copa de vino y ven a contarme de ti. Éstos son unos buenos amigos nuestros.

No eran muchos los amigos: una pareja de griegos mayores, un poquitín reservados, con ropa y peinados caros; les estreché la mano. Sentada junto a ellos había una mujer mucho más joven, esbelta y con una abundante melena negra recogida en un moño bajo. Me miró divertida con unos ojos castaños llenos de inteligencia.

—Y ésta —dijo Jane— es Florica.

Pues bien, me gustaba el aspecto de Florica. Tenía un encanto natural que de inmediato te hacía sentir a gusto, y una sonrisa deslumbrante. Le di un beso en cada mejilla y me senté a su lado sin pensarlo dos veces. Al volverse hacia mí para preguntarme cómo iba el fiasco del barco, me llegó

un ligerísimo aroma a perfume de limón. Tenía un tono de voz bajo y un acento cosmopolita.

Jane nos miró con la expresión satisfecha de una tía bondadosa.

—Vamos a esperar a Tim, queridos; después comeremos y Chris podrá contarnos lo del desdichado langostero —dijo, y añadió—: Creo que te llevarás bien con Tim. Es inglés, ¿sabes?, y escritor, y es capaz de dedicarse a cualquier cosa que se le ponga por delante. Es una auténtica lumbrera.

En ese preciso instante oímos sonar la campanilla de la puerta.

Un hombre alto y bronceado entró en el patio y saludó a Jane y a Bob con una cordialidad nada afectada; a los griegos los saludó cortésmente en su idioma. Después, al tiempo que acercaba una silla a Florica, me tendió una mano casi tan encallecida como la mía.

—Estaba haciendo algunos trabajos de carpintería en casa —explicó a los invitados— y se me ha ido el santo al cielo; perdonadme por haberos hecho esperar.

A Tim se le podía perdonar fácilmente. Era una persona con mucha empatía, y parecía tan interesado en cualquier cosa que le dijeras que las historias salían en tropel de tu boca de manera espontánea. Al cabo de un rato yo ya estaba hablando de los graves acontecimientos en el puerto deportivo de Kalamaki, de la perfidia del capitán Doug y la sorprendente erudición de los Nikos. Tim iba traduciendo con fluidez mis palabras a los griegos, mientras yo lo miraba divertido por el tono levemente incrédulo que empleaba y el modo en que parpadeaba cuando estaba a punto de expresar un nuevo pensamiento. Saltaba a la vista que él y Florica eran novios, y decidí que una amistad con aquella pareja encantadora pondría el broche de oro a mi idílico verano.

Naturalmente, el almuerzo contribuyó a mi entusiasmo. Había vistosas ensaladas preparadas con unos suculentos y sabrosísimos tomates, aceitunas de Calamata y pedacitos de queso feta fresco; un cuenco de *taramasalata* (huevas machacadas con ajo, limón y dios sabe qué más) y *tzatziki* elaborado con yogur cremoso, sal y daditos de pepino fresquísimo. Para quienes apreciaban su acre y resinoso sabor, había *retsina* frío en unas jarras de hojalata por cuya superficie resbalaban gotitas de condensación, y una botella grande de vino blanco de Cambas fresco para los paladares más

delicados. Después llegó una fuente de *barbounia* (salmonetes) exquisitamente cocinados, con calabacines y berenjenas aderezados a la perfección con perejil.

En ese momento me parecía como si todo estuviese en perfecta armonía: la comida, los colores, la gente, el sol intenso, la vista a nuestros pies del pequeño puerto y del mar azul... como si hubiera pasado por un pórtico para penetrar en una dimensión diferente y más risueña.

A Tim le encantaba caminar y hacer montañismo, y estaba escribiendo un libro sobre las montañas de Grecia. Yo también tenía muchísimas ganas de ir a las montañas. Una cosa en la que estábamos totalmente de acuerdo era que siempre —y ninguno de los dos había hecho jamás una excepción a esta regla— viajábamos solos. Así pues, cuando Tim me dijo que estaba planeando hacer un recorrido de diez días por los montes del Pindo, cerca de la frontera con Macedonia, me quedé pensando unos momentos y le pregunté:

—¿Puedo ir yo también?

Me miró sorprendido y, tras dudar sólo un momento, respondió:

—Sí, ¿por qué no? Me encantaría.

—Y ahora que lo pienso —continué—, voy a necesitar a alguien que me ayude a traer el barco a Spetses desde Kalamaki. ¿Eres marinero? —Para un marino experimentado, la cuestión de navegar en un langostero de Cornualles durante el verano por el golfo Sarónico y sin ayuda de nadie debería presentar pocas dificultades... pero nunca se sabe; además, sería agradable tener compañía.

—Jamás en la vida he estado en un velero —replicó, pestañeando con fuerza—, pero me encantaría probar.

Elogio al cubo

Para comenzar, Tim tuvo una buena idea: sugirió que regresáramos a Atenas en *ferry* en lugar de en hidroala, a fin de quedarnos de pie en la cubierta observando bien la ruta que seguiríamos con el langostero cuando estuviera listo, si es que alguna vez llegaba a estarlo. Así pues, tomamos nota de cada una de las islitas y penínsulas por las que pasábamos, observando también que, desde el mar, todas las islas se parecen. Pero era una ruta bastante sencilla: se trataba de navegar cerca de la costa y mantener la tierra a la izquierda, o más bien a la derecha, viniendo de Atenas.

Una vez en El Pireo, cogimos el autobús hasta el puerto deportivo de Kalamaki. Era lunes y, cuando llegamos al astillero, ya hacía un buen rato que había empezado el sofocante calor de la hora de la siesta, momento en que los Nikos jamás se habrían dignado trabajar. Pero el *trikiklo* estaba ahí y, cuando nos acercamos al langostero, oímos un golpeteo —el fenómeno que universalmente se asocia a hombres trabajando— procedente de las entrañas del barco. Entonces el Nikos de la barba pelirroja, cubierto de grasa, bañado en sudor y con un aspecto verdaderamente repugnante, salió del agujero donde se alojaba el motor y anunció:

—Esto ya está, colega. Ya tienes instalado el nuevo motor. Ahora sólo nos queda aparejar el barco. Calculo que lo dejaremos listo esta noche, luego le echas gasolina y mañana por la mañana zarpas para Spetses.

Imaginé que la forma de acelerar un poco las cosas era con unas cervezas frías, por lo que cogí el *trikiklo* y me fui al pueblo para comprar un par de cajas.

A mi regreso, el ritmo frenético del trabajo había aminorado un tanto, pues encontré a los Nikos y Tim en cuclillas a la sombra del barco, sumidos

en una discusión sobre la poesía antifascista de Seferis y Gatsos. O al menos eso fue lo que me dijo Tim. Hablaban en griego, Tim con gran fluidez y desenvoltura, lo que hacía que los Nikos parecieran ser aún mejor compañía en su idioma nativo. Me sentí un poco excluido.

—¡Venga! —les grité—. Ya está bien de seminarios literarios, vamos a aparejar el barco.

Poco a poco, haciendo un uso sensato de la reconfortante cerveza y de unos cuantos gritos bien dados, conseguí que pusieran manos a la obra. Cuando empezó a refrescar, ya nos disponíamos a izar el mástil. Reluciente con sus abundantes capas de aceite, lo levantamos con gran esfuerzo, tensamos todas las cuerdas que lo sujetaban y colocamos la botavara. Por fin el langostero empezaba a parecer un barco de vela. Me bajé de él una y otra vez sólo para alejarme un poco y admirar su aspecto. Cuando se hizo de noche estuvo listo para zarpar. El plan era que los Nikos se encargasen de hacer las gestiones para que la grúa del puerto lo pusiera en el agua a primera hora de la mañana; Tim y yo reuniríamos las provisiones necesarias y saldríamos lo más temprano posible. Según mis cálculos, si todo iba bien, el viaje a Spetses, a cincuenta y siete millas marinas de distancia, nos llevaría unas doce horas.

Naturalmente, a la mañana siguiente los Nikos no se presentaron. Yo me encontraba en un estado de excitación rayano en la histeria, y Tim se hartó a tal punto de oírme quejarme de los Nikos —¿dónde se habían metido esos cabrones?— que se marchó a organizar las cosas él mismo con la grúa del puerto. Nos llevó una hora; esas cuestiones es mejor hacerlas con calma... un pequeño fallo con una grúa de puerto y adiós barco. No obstante, ahí estaba por fin, en su propio elemento, el langostero (en realidad un barco debería tener un nombre, pero siempre lo llamábamos «el langostero»), flotando en el agua.

Tim se lució aún más arreglando los papeles con las autoridades portuarias; cargamos el agua, los higos, los dátiles, el pan y las aceitunas, nuestras raciones de hierro (por si las cosas se ponían realmente feas), llenamos el depósito de gasoil... y soltamos amarras.

Po... po... po, po, popopopopopo, hizo el motor, un gran motor interior de gasoil que emitía un zumbido grave y agradable. Dejé que Tim

se ocupara del timón mientras yo adujaba los calabrotes (no parecía el momento de darle una lección sobre lo que era un calabrote y la manera de adujarlo) y nos deslizamos lentamente entre los pontones, atravesando las manchas de aceite y los cúmulos de basura flotante. Tim empujó el timón hacia el otro lado y avanzamos entre los rompeolas hasta que por fin salimos al inmenso y ondulado mar azul.

Al mirar hacia atrás distinguí un *trikiklo* avanzando a saltos por el malecón del puerto. Cuando llegó al final se detuvo y de él surgieron los Nikos, que se pusieron a brincar y decir adiós con la mano durante un rato, para darnos aliento. Les devolvimos el saludo de un modo más anglosajón y comedido, antes de volver a la cuestión de hacernos a la mar.

—¡Aproa al viento para que izemos las velas y podamos apagar ese horroroso motor! —grité.

Pues bien, si a una persona cualquiera le dijeras que aproe al viento, no tendría la más remota idea de lo que le estás pidiendo, pero Tim poseía un talento innato. Me entretuve con el lío de cabos enredados y poleas de la cubierta de proa y, al cabo de unos veinte minutos, ya tenía todas las velas izadas. Apagué el motor y nos dejamos llevar por los sonidos del mar y la suave brisa procedente del norte.

Los días claros —y aquél era un día clarísimo— se llega a distinguir la isla de Egina desde la boca del puerto de Kalamaki. Se ve de un azul grisáceo ligeramente más oscuro que el de las montañas de la tierra firme que asoma por detrás. Y cuanto más te acercas, más destaca, hasta que por fin aparece como una isla viva, con sus bosques de pinos y sus acantilados y sus calas y pueblecitos. Yo pensaba que, dado que era la primera vez que salíamos al mar, sería mejor navegar hacia nuestro destino saltando de isla en isla a lo largo de la ruta del *ferry*, en lugar de lanzarnos a mar abierto.

El poco viento con que contábamos era suficiente para llevarnos hasta Egina, por lo que tiré del timón, amollé la vela mayor hasta que se llenó de viento e hice firme la escota. Tim ajustó el foque y la vela de estay hasta que quedaron lisas como sábanas bien planchadas y llenas de viento, y el barquito se lanzó a saltos por encima de la centelleante superficie azul,

deshaciendo las pequeñas olas y convirtiéndolas en estelas de espuma blanca. Dios mío, ¿existían palabras para describir el sencillo placer de surcar velozmente, a pleno sol, el brillante mar azul en un barco de vela, sintiendo todo el empuje del timón? Empecé a reír a carcajadas hasta que los ojos se me llenaron de lágrimas, en parte por la brisa y la espuma de agua salada, pero, en honor a la verdad, también de puro éxtasis.

Poco a poco fueron quedando atrás las zonas residenciales de los alrededores del puerto de Atenas, el mar se fue tornando cada vez más azul y haciéndose más profundo... y entonces el viento amainó. Las pequeñas ondas de la superficie desaparecieron y el agua se volvió cristalina. El langostero dejó de avanzar.

En momentos como ése siempre se recuerda al Anciano Marinero cuando arrastraba los restos del albatros al tiempo que censuraba al mar por su calma y su terrible silencio. Pero en realidad el mar no es nada silencioso. Con el suave balanceo del barco y sin una brizna de viento que mantuviese la tensión, la pesada botavara oscilaba hacia dentro y hacia fuera con un estrépito que hacía temblar toda la nave. Y esto sucedía cada veinte segundos, por lo que al cabo de diez minutos teníamos los nervios completamente destrozados.

—¿No podemos hacer nada para que cese ese horrible estrépito? —preguntó Tim.

—Bueno, de hecho sí podemos hacer algo, pero entorpecería nuestro avance.

—De todas formas no estamos avanzando mucho, ¿no? ¿Qué es eso que podemos hacer?

—Pues atar un cubo al extremo de la botavara y echarlo al agua. El lastre impediría que la botavara siguiera golpeteando... pero es un método que a un buen marinero jamás se le ocurriría utilizar. Y además no hemos traído ningún cubo.

—Pero tenemos que hacer algo. No podemos quedarnos sentados aquí; acabaremos majaretas.

—Por Dios, hombre, sólo llevamos quince minutos al paio.

—Vale, puede ser —accedió Tim—, pero lo malo del Mediterráneo es que en verano las calmas son casi constantes. Los antiguos no navegaban

mucho a vela, ¿sabes?; iban a todas partes a remo. Claro que en esa época no disponían de motores de combustión interna —añadió, pestañeando.

—Naturalmente —asentí, pensativo, preguntándome qué estaría insinuando.

—Pero nosotros sí tenemos.

—¿Qué tenemos? —pregunté distraídamente.

—Motores de combustión interna... Tenemos un motor de combustión interna aquí mismo, en este barco.

—Aaah...

—Entonces, ¿por qué no lo arrancamos?

Ya había sospechado desde el principio que eso era lo que quería Tim: que nos olvidáramos de la vela y utilizáramos el motor.

—Pues porque es muy ruidoso y huele mal, y hace que las cosas sean un tanto desagradables, ¿no crees?

—Pero sin duda no pueden ser más desagradables que quedarnos sentados aquí al paio, con ésa botavara aporreando sin parar el pobre barco. Además, se supone que tenemos que llegar a Spetses hoy... A este paso ni siquiera llegaremos a Egina.

Había algo de verdad en lo que Tim decía. Me mantuve firme durante un rato... y luego arranqué el motor.

Recogimos bien las velas y pusimos rumbo a la punta norte de Egina. A la velocidad a la que avanzábamos parecía como si se hubiese levantado viento, lo cual nos refrescó un poco; durante el tiempo que permanecimos al paio, lo que había empezado siendo un sol calentito se había convertido en un horno abrasador. El langostero se deslizaba rápidamente hacia Egina surcando unas aguas cristalinas, y nos sentimos alentados por su avance. El motor no sonaba demasiado mal, era un agradable traqueteo procedente de algún lugar de las entrañas del barco. Comimos unos higos y bebimos un poco de agua. No convenía que nos deshidratásemos.

—¿Qué es ese olor? —preguntó Tim de pronto.

—¿Qué olor?

—Un olor como a caliente.

—Será el motor, supongo.

—Pero antes no olía así.

—No, porque estaba apagado.

—No, quiero decir después de haberlo puesto en marcha.

—Los motores siempre huelen así cuando están en marcha; es porque se calientan. Y éste es nuevo, por lo que se le debe de estar quemando toda la pintura. Es lo que pasa siempre. —Y seguí hablando sin parar, no del todo convencido de mis propios sofismas.

Entonces empezó a surgir un penacho de humo por la tapa del motor.

—¡Dios mío, el maldito barco está ardiendo! —exclamó Tim.

—Tonterías, hombre. No es más que un poco de pintura caliente. Voy a quitarle la tapa.

Aparté el timón y me incliné para levantar la pesada tapa de madera. Era difícil de mover y estaba un poco caliente, y cuando finalmente conseguí quitarla, se soltó con una fuerte sacudida. Súbitamente nos rodeó una densa nube de humo negro y, con el repentino influjo de oxígeno que se produjo al levantarse violentamente la tapa, todo el maldito cacharro estalló en llamas.

—¡Joder! Tienes razón. Estamos ardiendo. ¡Trae agua, deprisa!

—¿De dónde?

—¡Pues del mar, de dónde va a ser! ¡Coge el cubo!

—¡Qué cubo ni qué leches! ¡Si no tenemos ninguno! ¡Por Dios santo, no tenemos nada!

Lo esencial para ser un buen marinero es mantener la cabeza fría cuando las cosas van mal —como inevitablemente sucede de esa manera inimitable en que suele suceder— y ser capaz de improvisar. Cómo apagar un fuego en el mar sin un cubo... Mmm.

—Ya lo tengo —dijo Tim—: nos quitamos las camisas, las metemos en el mar y las escurrimos sobre el motor.

Dicho y hecho. Nos pusimos a meterlas y sacarlas y estrujarlas con todas nuestras fuerzas. Y con este método enseguida apagamos las llamas, más que nada porque ya habían consumido el pedazo de madera que les interesaba, una pequeña sección de mamparo que se hallaba demasiado cerca de la zona del motor que estaba verdaderamente caliente.

Nos sentamos a descansar mientras nos quitábamos el sudor de los ojos. El chisporroteo era horrible, por no mencionar el olor a humo aceitoso y las nubes de vapor.

—Hay algo que no acaba de estar bien —observé—. No debería hacer eso.

Tim se abstuvo de hacer comentarios, lo que le agradecí, y miró pestañeando su camisa empapada.

—Creo que es un error hacerse a la mar sin un cubo —sugirió—. Supongo que tendremos que volver a Kalamaki para intentar que nos lo arreglen.

—¡Ni de coña! —repliqué sin vacilar—. Cualquiera cosa antes que volver a ese sitio de mala muerte. Vamos a poner rumbo a Egina.

Estas precipitadas palabras hicieron que ambos nos quedásemos callados. Ninguno de los dos sabía bien cómo expresar lo que estábamos pensando. Finalmente, Tim rompió el silencio:

—¿Y cómo podríamos llegar hasta Egina si, por poner un ejemplo, quisiéramos ir hasta allí?

—Pues tendríamos que navegar a vela, ¿no?

Yo lo tenía muy claro: era el patrón de aquel barco y, como tal, mi deber era evitar que cundiese el pánico entre la tripulación, de carácter bastante imprevisible. Le restaría importancia a la gravedad de la situación. Después de todo, las cosas no podían empeorar mucho más. Allí estábamos, en mitad del océano, a medio camino entre Kalamaki y Egina, en un barco que, al parecer, a la menor provocación estallaría en llamas. No soplabla una brizna de aire para llevarnos a ningún sitio y, tal vez lo peor de todo, no disponíamos de ningún cubo. Aunque, visto por el lado positivo, teníamos higos y dátiles y aceitunas y un par de botellas de agua potable.

—Pero no corre nada de viento —observó Tim con enojosa previsibilidad—. Aquí estamos, en medio del puto océano...

—No es un océano —lo interrumpí con irritación—. Es un mar. Estamos, si no me equivoco, en el Egeo.

—Pero admitámoslo, Chris, el que sea un océano o un mar no va a suponer una gran diferencia para el aprieto en que nos encontramos, ¿no?

Se mirara como se mirase, nuestra situación era desalentadora. Si hubiésemos tenido una radio o algo por el estilo, podríamos haber pedido ayuda... pero, como ya me he esforzado en señalar, ni siquiera disponíamos de un puto cubo. Me di cuenta de que Tim ya estaba dudando sobre lo acertado de invitar a una persona como yo a acompañarlo en su viaje a las montañas.

El langostero subía y bajaba casi imperceptiblemente, mecido por las suaves olitas. La botavara oscilaba de un lado a otro a intervalos regulares, y cada golpe producía un ruido horripilante. El sol caía a plomo sobre nuestras cabezas descubiertas. Aquello distaba mucho de ser agradable. Había que tomar una decisión que nos sacara de aquel desagradable estado de cosas y nos llevara al siguiente, fuera cual fuese.

Decidimos mantener las velas regladas a fin de aprovechar hasta la más leve brisa. Ya habíamos notado, a fuerza de escupir al mar y observar el movimiento del barco en relación con las burbujas así producidas, que, aunque pareciera que permanecíamos totalmente inmóviles, en realidad estábamos dirigiéndonos a una velocidad nada espectacular hacia Egina. Aún quedaba por cubrir una distancia considerable, unas seis millas marinas según mis cálculos, pero lo más probable era que, a la caída de la tarde de aquel larguísimo día, empezase a soplar una brisa que, si las cosas iban bien, nos permitiría estar en el puerto al anochecer.

Nos entretuvimos un rato estudiando el motor y sus soportes para ver si descubríamos la causa del incendio. Sin embargo, ni Tim ni yo somos unos genios de la mecánica, por lo que la operación consistió en poco más que quedarnos mirando estúpidamente la bodega del motor meneando la cabeza con incredulidad.

—Podríamos tratar de ponerlo en marcha otra vez, durante un rato, y ver qué pasa —sugirió Tim.

—Es un poco arriesgado —objeté—. Si el barco se incendia de verdad, estamos condenados a una muerte segura.

Aunque pueda parecer raro, los incendios en el mar son una de las cosas que más temen los marineros; la lona, la madera y el viento generalmente

fuerte que aviva las llamas, y la presencia de los tres elementos —aire, fuego y agua— junto con la ausencia del cuarto —la bendita tierra que no cede bajo tu peso—, son lo que los convierte en semejante pesadilla.

No obstante, valía la pena intentarlo, de modo que, con un poco de nerviosismo, arrancamos de nuevo el motor. Pareció funcionar bien, por lo que nos pusimos en marcha sin taparlo. Volvimos a sentir la brisa maravillosamente refrescante y a ver la estela que íbamos dejando por detrás. Escupí en el mar. Las pequeñas burbujas desaparecieron en unos segundos.

—Huele igual que antes —señaló Tim.

Miré nuevamente en la bodega. En efecto, vi otra vez la voluta de humo azulado, y la carpintería tan roja como brasas. Pulsé el botón de parada y volvió a reinar el silencio. No habían sido más que cinco minutos, pero cinco minutos a cinco nudos, más la pequeña distancia adicional en punto muerto, implicaba un avance de casi unos ochocientos metros. Ahora Egina estaba mucho más cerca que Kalamaki, y eso nos alentó un poco.

Así pues, calculamos que, en una emergencia, podríamos utilizar el motor durante breves intervalos, pero que, como superáramos los cinco minutos, el langostero quedaría envuelto en llamas. Iba a ser una tarde sumamente larga.

Para pasar el rato, decidí enseñarle a Tim a hacer algunos nudos. Cubos no teníamos, pero el langostero estaba bien abastecido de trozos de cuerda vieja. Muy orgulloso de mis conocimientos recién adquiridos sobre nudos marinos, que tanto me gustaban, le mostré el extraordinario as de guía y sus interesantes usos y cualidades; después la emprendimos con el ballestrinque, el nudo de rizo y el nudo llano, todos los cuales él ya conocía. A continuación pasamos a otros: el nudo de boza, más complicado, el nudo de pescador, el nudo margarita, el de vuelta de escota, el de marinero y el hermoso nudo de cabeza de turco. Esta actividad nos mantuvo ocupados más de una hora, tiempo durante el cual, aparte de estudiar los nudos y lograr con ello nuestra correspondiente superación como personas, no avanzamos absolutamente nada. Ya habíamos dejado de escupir en el mar, en parte para conservar nuestros líquidos corporales, pero en parte también porque ninguno de los dos creía que fuese apropiado hacerlo. En nuestra

precaria situación, lo último que pretendíamos era ofender, por ejemplo, a Neptuno o a Doris y sus hermanas. Por otra parte, estaba bastante claro que no nos movíamos en absoluto.

De manera que nos pusimos a contar historias, básicamente de índole salaz y ligeramente humorística, pero pronto nos cansamos de ello. Por fin, Tim empezó a hablarme de la historia de Grecia. Lo hacía tan bien que al poco rato estaba yo absolutamente cautivado y el tiempo pareció transcurrir de un modo diferente. Casi antes de que cayese en la cuenta, el sol se había puesto detrás de las montañas; por fortuna, nos habíamos quedado a la sombra.

Tim estaba sentado contra el mástil, mientras que yo me había recostado en la bañera y movía el timón con indolencia. Habíamos retrocedido mucho en el tiempo, y Tim estaba hablando de la guerra de Independencia.

—... Y luego tenemos a Athanasios Diakos, a quien los turcos le rompieron a martillazos todos y cada uno de los huesos del cuerpo antes de empalarlo...

De repente el barco se escoró fuertemente.

—¡El viento, el viento! —gritamos mientras soltábamos las velas y cazábamos las escotas, lo que hizo que el langostero se pusiera en movimiento de un salto y empezara a deslizarse con rapidez hacia el oeste.

En menos de una hora nos encontramos rodeando la punta norte de la isla. Estaba anocheciendo, y las luces del pueblecito empezaban a encenderse.

Cambiamos de dirección sin contratiempos y, con el viento soplando de babor, nos deslizamos lentamente por el lado occidental de la isla.

Entonces fue cuando se nos presentó el siguiente problema. En Grecia es costumbre atracar los barcos de popa, es decir, con la parte posterior contra el muelle y la proa hacia fuera, controlada por el ancla. A fin de conseguirlo, es necesario llevar a cabo una complicada maniobra que implica ir un poco más allá del lugar donde has decidido atracar y entrar reculando a la vez que sueltas ancla. Vas largando el cable de ésta mientras entras despacio marcha atrás, con las defensas puestas para amortiguar los

inevitables golpes contra los barcos vecinos. En el último momento, justo cuando estás a punto de chocar contra el muelle, apagas el motor, bloqueas el cable del ancla y saltas a tierra con los calabrotes de amarre para sujetarlos. Todo esto hay que hacerlo en un único y rápido movimiento. Por desgracia, yo nunca había realizado esta maniobra, y el motor con que contaba era, por no decir algo peor, poco fiable.

Cuando nos posicionamos junto al muelle y arriamos las velas, me sentía, como es natural, un pelín nervioso. Puse en marcha el motor y empezamos a retroceder lentamente hacia el amarradero que habíamos elegido.

—¡Largar ancla! —grité al estilo marinero, y Tim soltó el ancla, dejando correr el cable por el pasacabos—. ¡Hacer firme a la bita! —añadí, y Tim, sin dudar un instante, lo llevó a cabo tal como yo le había explicado que debía hacerse.

Apagué el motor y salté a tierra en el mismo momento que el langostero se detenía a sólo medio metro del muelle. Rodeé el noray con las amarras y volví a saltar a bordo para largarlas.

Miré a Tim y él me miró a mí. Nada en absoluto había salido mal; aquella maniobra titánica se había desarrollado sin el menor contratiempo. Casi superaba cuanto éramos capaces de asimilar. Más tarde nos sentamos en una taberna junto al puerto para beber *retsina*, en cantidades bastante grandes, y hablar de cuál iba a ser nuestro siguiente paso. Si alguno de los dos hubiese tenido dos dedos de frente, habríamos ido de inmediato a un astillero de Egina para que nos arreglaran el barco. Pero yo pensaba que nuestro viaje ya había comenzado. Después de todo, Spetses no estaba tan lejos y yo tenía ganas de llevar el barco a su casa. Además, como resultado del éxito de la maniobra de atraque y la agradable hora de navegación que habíamos disfrutado mientras la brisa vespertina nos empujaba, se había apoderado de mí cierta sensación de infundado optimismo. En resumen: nos habíamos olvidado por completo de lo horrible que había sido el día anterior. Decidimos partir hacia Spetses a la mañana siguiente, con o sin motor. Pese a ello, tomamos la precaución de comprar un gran cubo de plástico rojo.

Rebosantes de confianza en nuestras recién descubiertas habilidades marineras, salimos del muelle a vela, sin utilizar el motor. Ello supuso soltar los cabos de amarre, desatracar y tirar del cable del ancla para adquirir un poco más de velocidad, y después izar la vela de estay, cazar la escota a fin de que la brisa hiciera girar la proa, y finalmente izar todas las velas antes de partir hacia el sur. Toda la maniobra se desarrolló de forma impecable y aparentemente sin esfuerzo.

Mientras navegábamos despacio siguiendo la costa occidental de la isla, la brisa empezó a arreciar y a rolar un poco hasta ponerse a soplar con fuerza del noroeste. Tim estaba al timón y yo me encontraba en la cubierta de proa haciendo el indio con las velas. Salimos como una flecha del extremo de la isla y giramos un poco hacia el este para rodear la parte exterior de Poros, en lugar de navegar por el estrecho canal entre la isla y tierra firme.

Desde la punta meridional de Egina había unas doce millas hasta Hydra, donde torceríamos hacia el oeste para emprender el tramo final hasta Spetses. El trayecto nos llevó poco más de dos horas, yendo poco menos que a toda la velocidad que era capaz de alcanzar un barco tan pequeño como el nuestro. Tim, que estaba aprendiendo muy deprisa cómo tomarle el pulso al viento con un delicado toque del timón y mantener las velas llenas para que nos impulsaran hacia delante, demostraba poseer un talento innato. Y me parecía que aquella nueva experiencia lo hacía estar tan exultante como yo mismo. Todo nuestro ser estaba inundado del puro placer del viento y el agua y el sol y la belleza de nuestra pequeña embarcación. Porque la manera en que se desplaza un barco por el mar, ya sea surcando las aguas tranquilas de una bahía resguardada o —como en ese poema de Masefield de las antologías escolares— «embistiendo las aguas del canal de la Mancha los furiosos días de marzo», también constituye una fuente importante del placer.

No es de extrañar que la gente se emocione con sus embarcaciones. Porque las naves —o, por lo menos, los viejos barcos de madera— tienen su propia personalidad, sus manías, sus debilidades y su belleza. El viento

canta en la jarcia; el casco cruje y chirría mientras los estays aguantan la tensión del viento en las velas, y a ello deben sumarse el estrépito y el golpeteo de los winches, de los polipastos, de los aparejos para izar y amantillos y motones, el alegre jugueteo de las roldanas al subir y bajar rodando por el mástil. Y también están el olor a madera y aceite, y el efluvio inolvidable del cordel embreado y el alquitrán de Estocolmo, y, siempre, un trasfondo a pescado junto con el inconmensurable olor del mar.

Y la belleza, la belleza incomparable de los veleros, algo que llevo en lo más hondo de mi corazón y me resulta difícil erradicar. De todas las cosas hermosas que ha concebido el hombre gracias a su genio creador y a su capacidad para colaborar, la que constituye para mí el cénit absoluto es el clíper del té navegando a toda vela desde China de regreso a su tierra. Hay quienes dirían que son los aviones y las naves espaciales o determinados edificios (y soy capaz de admitir la belleza de, por ejemplo, el Concorde, incluso del transbordador espacial y el Partenón), pero aun así el número uno de mi lista es el *Cutty Sark*.

El hecho de que haya tantas leyendas y tanta literatura sobre barcos se debe a que la navegación se remonta a los albores de la historia; nuestras razas isleñas la llevan profundamente grabada en sus genes, y si uno no es amante de la poesía y la literatura, no hay muchas maneras mejores de empezar a serlo que pasar algún tiempo navegando en barcos pequeños.

Seguimos avanzando a toda velocidad hora tras hora, surcando el mar oscuro como el vino... en realidad, nada parecido al color del vino, sino de un azul intensísimo que producía la impresión de una profundidad inimaginable. Apareció a proa la bonita isla sin árboles de Hydra, blanca y sobria, irguiéndose sobre las aguas con sus acantilados grises y rojizos. Nos atiborramos de pan con aceitunas e higos y miramos entrar y salir los *ferrys* y los pesqueros por la boca del diminuto puerto.

Finalmente nos abrimos paso entre el extremo de Hydra y la desnuda roca deshabitada de Trikiri, y allí, a apenas cinco millas de distancia, vimos Spetses. El viento amainó un poco y, al salir de nuevo a aguas abiertas, el mar sólo estaba levísimamente ondulado.

Tim y yo nos sentíamos cada vez más envalentonados; habíamos pasado el día navegando deprisa y sin contratiempos, y nuestro destino ya se encontraba a la vista. Deseábamos enfrentarnos a un reto un poco mayor.

—Bueno —dije—, hagamos un simulacro de hombre al agua para ponernos un poco a prueba.

—¿Y en qué consiste eso? —preguntó Tim.

—Pues es una cosa que se hace cuando estás aprendiendo a navegar a vela, en realidad una de las más importantes. Hay que arrojar al agua una boya y después efectuar la maniobra adecuada para recogerla, como si se tratase de una persona.

—Parece divertido. ¿Qué tiramos al agua? Ah, ya lo tengo: el cubo.

—¡Por encima de mi cadáver! El cubo es el objeto más importante del barco. ¡Ya lo sé! Saltas tú al agua y yo hago la maniobra necesaria para sacarte.

—De acuerdo —aceptó Tim—. No me vendrá mal un baño. —Y antes de que me diera tiempo a pronunciar otra palabra se había arrojado limpiamente de cabeza para desaparecer bajo la superficie del agua. Unos segundos más tarde emergió resoplando—. Dios mío, está buenísima. Métete tú también.

—No creo que sea buena idea. Espérate ahí... ¡yo voy a ver si me acuerdo de cómo se hace esto! —Tuve que decir a gritos las últimas palabras, porque para entonces Tim ya estaba bastante lejos.

Pues bien, lo que se supone que tienes que hacer es lo siguiente: tensas las escotas y te colocas a barlovento del naufrago, viras por avante, te sitúas a sotavento de éste, después navegas contra el viento y, justo cuando estás a barlovento de él, amollas las escotas para dejar flamear las velas. Si todo sale bien, el barco se detiene con la persona justo debajo de la proa a sotavento.

Murmuré con inquietud la fórmula para mis adentros mientras empujaba el timón hacia el otro lado y, sin dejar de mirar la cabecita que se mecía entre las lejanas olas, cacé las escotas mientras ceñíamos hacia el viento. Agaché la cabeza cuando la botavara pasó a toda velocidad al lado contrario

y, tesando las velas de proa a la otra borda, perdí momentáneamente de vista a mi náufrago.

—Pero ¿dónde se ha metido este hombre...? ¡Tiiim! —grité.

—¡Aquí! —respondió. Entonces lo vi chapotear.

—Bueno, pues vamos allá.

La última parte de la maniobra consistía en ir un poco más allá del náufrago en la dirección del viento y después regresar en dirección contraria al mismo... Al menos, de momento me estaba acercando hacia él. Las cosas iban mejorando. Finalmente, ahí estaba, justo delante de la proa. Giré un poco más en dirección contraria al viento de modo que se quedara a sotavento del barco y, tras amollar las escotas, dejé flamear las velas.

—Ya está —dije—. ¿Qué te ha parecido, eh? Esto es pan comido.

No soplabá mucho viento, por lo que la maniobra no resultó demasiado difícil, pero aun así era increíble lo deprisa que nos habíamos separado. Tim volvió a subir al barco con una agilidad impresionante.

—De acuerdo —dije—. Ahora te toca a ti. Vamos a ver cómo te va.

—Mmm, no estoy seguro —objetó—. No creo estar aún preparado para eso...

—No digas tonterías, hombre. No tendrás ningún problema. —Y procedí a explicarle de forma clara y sucinta los pasos del ejercicio—. Bueno —añadí—, ahora imagínate que vas navegando así —le entregué el timón— y que de repente la persona se cae al agua... así...

Y me zambullí desde la parte de atrás, sumergiéndome cuanto pude. Nadé hacia abajo, hasta que me volví para subir de nuevo a la superficie. Vi a lo lejos la pequeñísima luz del sol, eclipsada por el azul más intenso que la mente pueda imaginar. ¡Cuánta belleza...! Emergí como una exhalación, escupiendo entre una nube de gotitas de agua iluminadas por el sol. Y entonces se me cortó la respiración.

¿Dónde se encontraba el langostero? Miré alrededor. ¡Dios mío, ya estaba a medio camino de Spetses! Podía distinguir a Tim haciendo ineptamente el gilipollas con el timón y las escotas.

—¿Qué demonios tengo que hacer ahora? —gritó.

—¡Caza las escotas y aproa al viento!

Las velas flamearon un poco y después el barco empezó a avanzar contra el viento.

Tal vez haya llegado el momento de decir que estábamos lo suficientemente chalados como para hacer todo aquello sin chaleco salvavidas.

—¡Vale! ¡Y ahora, ¿qué?!

—¡Ahora vira por avante, gira a la derecha, amolla las escotas y vete hacia allá hasta que yo te diga!

El langostero cruzó el viento y pasó como un cohete a sotavento de mí. Me quedé allí moviendo las piernas para mantenerme a flote al tiempo que intentaba por todos los medios no pensar en todos aquellos horribles moradores de las profundidades del mar con intenciones nefastas para mi integridad física.

—¡Bueno, pues ahora gira a la izquierda, caza las velas y pon rumbo a Trikiri! ¡En teoría, con ese rumbo deberías pasar junto a mí!

La maniobra llevó mucho tiempo, y pasé algunos momentos desagradables, pero sigo vivo para contarlo.

Cuando acabamos de hacer el indio en el agua, el viento había amainado hasta convertirse en un levísimo soplo, pero la isla ya se encontraba a apenas un par de millas y veíamos el pequeño faro que se alzaba sobre las rocas en la boca del puerto.

—Sabes que habrá un grupo de gente en el muelle para darnos la bienvenida, ¿verdad? —dijo Tim.

—Lo dudo. Nadie sabe cuándo vamos a llegar exactamente... —Repuse—. Y mucho menos nosotros. —Añadí con aire sombrío, mirando las velas flojas.

—No creas, seguro que lo sabrán; alguien nos habrá visto aparecer por detrás de Hydra.

—Parece bastante poco probable —protesté.

—Piensa que somos el único barco con velas rojas de por aquí (se nos ve venir desde una milla de distancia), y Jane y sus amigos se pasan la

mitad del tiempo sentados en sus terrazas bebiendo ginebra y mirando el mar. Por no mencionar que es el festival de Bouboulina.

—¿Y qué es eso de Bouboulina?

—Bouboulina —explicó Tim de buen grado— era un almirante, una almiranta, para ser exactos, spetsiota durante la guerra de Independencia. Y entre sus muchas hazañas puso en fuga a la armada otomana en el puerto de Spetses, que es lo que se conmemora con toda esa juerga.

—¿Y cómo lo hizo? —quise saber, pues el tema empezaba a interesarme.

—Brulotes. Prendió fuego a unos cuantos barcos suyos y los introdujo entre los de la flota otomana, que estaban apiñados. Quedaron completamente calcinados. —Me miró con expresión significativa para ver si comprendía en toda su dimensión las acciones de Bouboulina—. De modo que, créeme, casi toda la isla estará en el puerto, con los sacerdotes y dignatarios haciendo lo que tienen que hacer... Así que más vale que no la caguemos a nuestra llegada, ¿no?

—Qué va, creo que ya somos bastante competentes —dije, amollando un poco más el foque—. Pero si este viento no arrecia podríamos tardar varias horas más. No sé si no deberíamos hacer otro intento con el motor.

—Pues ¿por qué no? En cualquier caso, casi hemos llegado. A lo mejor ha cedido un poco lo que antes hacía que se calentara tanto. Si las cosas empiezan a ponerse feas siempre podemos volver a apagarlo.

Así pues, hice girar la llave y le di al motor de arranque no sin cierta inquietud. El motor se puso en marcha y, una vez más, seguimos avanzando hacia Spetses y el comité de recepción que allí nos esperaba.

Esta vez el motor aguantó; yo lo llevaba a una velocidad muy baja, ligeramente por encima del ralenti, a fin de que se calentara lo menos posible, porque sabía que íbamos a necesitarlo para la maniobra final de ataque y, tal como mi tripulante había señalado de manera tan gráfica, no queríamos cagarla a nuestra llegada.

Fuimos rodeando lentamente la punta y torcimos en dirección al puerto. Tim tenía razón: allí en el muelle se encontraba Jane, en lo alto de lo que parecía una camilla de fabricación casera. Estaba sentada en aquel artilugio, rodeada de una veintena de amigos muy acicalados con sus ropas de verano,

como si fuese una reina de la Antigüedad preparándose para bendecir las aguas. Pero eso no era lo peor. Tal como Tim había insinuado, toda la condenada isla se encontraba también en el muelle armando jolgorio. Había cohetes, una banda de música y cantidades ingentes de bebida, y hasta la misma Bouboulina estaba allí, una magnífica efigie de una gran almiranta de cartón piedra dirigiendo hacia el mar una mirada ceñuda y censuradora.

—Más vale que esto nos salga bien —dije—. De otro modo vamos a parecer unos gilipollas de campeonato. Ahora sopla suficiente brisa para entrar a vela... Vamos a hacerlo así.

Paré el motor y corregí el rumbo del langostero. Cuando Tim regló las velas, el barco escoró suavemente y comenzó su recta final hacia el puerto. La dirección del viento no era exactamente la que necesitábamos, pero podríamos arreglárnoslas, más o menos. Íbamos a acabar un poco más lejos del muelle de lo que me habría gustado, pero consideré que no importaba.

En cuanto el barco empezó a hacerse visible desde la costa, se oyeron los gritos de entusiasmo del grupo de amigos de Jane —debíamos de ofrecer un espectáculo imponente con todas las velas rojas desplegadas y llenas—, que de inmediato se pusieron a brindar y agitar frenéticamente estolas y pañuelos. Sonreímos y saludamos con la mano al alegre gentío.

En el último instante corregí el rumbo y arranqué el motor, dejándolo al ralentí para cuando lo necesitáramos. Arriamos las velas y las plegamos y estibamos cuidadosamente.

—Más vale que abreviemos un poco —observó Tim—. Está empezando a salir humo.

—Dios santo, es verdad.

El barco no sólo empezaba a humear: habíamos estado demasiado ocupados con las velas para darnos cuenta, y ahora salían verdaderas columnas negras de la bodega del motor. Desde la costa comenzaron a llegarnos levisimas señales de consternación, murmullos de inquietud, preguntas... ¿Era posible que eso formase parte de las festividades de Bouboulina?

Fuimos alejándonos cada vez más del atracadero, ya sin saludar ni sonreír sino un pelín presas del pánico, mientras intentábamos recuperar parte de la dignidad que la ocasión requería. Tim se apostó en la cubierta de

proa, preparado para hacer lo necesario con el ancla. En cuanto a mí, puse el motor marcha atrás y, por equivocación, le di al acelerador. El motor emitió un agudo chirrido y estalló en llamas. El barco salió lanzado hacia atrás en dirección al muelle, escupiendo humo y llamaradas: un brulote o navío de fuego griego en retroceso. Los que estaban en el muelle celebrando las fiestas de Bouboulina salieron corriendo en todas direcciones como alma que lleva el diablo; todos a excepción de Jane, que, con sus flamantes caderas, se quedó entronizada entre las flores y las plantas de la improvisada litera.

—¡Largar anclas!

—¿Qué?

—¡¡¡Que eches el ancla, por lo que más quieras!!! ¡¡¡Ahora!!!

Tim echó el ancla mientras retrocedíamos a toda velocidad. Le di a la palanca de cambios, pero el maldito cacharro se atascó. Envueltos ya en llamas y humo, forcejeé con la palanca con todas mis fuerzas.

—¡¡¡Ahora desengancha el cable del ancla!!! —grité por encima del espantoso estrépito... un momento antes de que el langostero, a toda velocidad, chocara contra el muelle de piedra con un satisfactorio crujido.

Jane se incorporó de la litera con movimientos vacilantes y, apoyándose en su bastón, gritó:

—¡*Sto kalo*, todo será para bien, querido Chris! ¡Bienvenido! Me alegro muchísimo de veros a ti y al langostero sanos y salvos.

Si Jane había quedado decepcionada por nuestra espectacular llegada, tuvo la consideración de no mencionarlo. La lealtad era una de sus mejores cualidades, y creo que había decidido que, después de todas mis tribulaciones en Kalamaki, me merecía un descanso.

Florica, que también se encontraba en el muelle, nos contó cómo, de una forma que resultaba conmovedora, Jane había defendido valerosamente a su nuevo patrón de barco ante el grupo de invitados, nada impresionados con su actuación. Sin embargo, Florica tenía a su vez ciertas preguntas que formularnos: por ejemplo, por qué, sabiendo que el motor estaba defectuoso, no nos habíamos quedado en Egina para que lo repararan. Esa observación hizo que ambos, aunque de manera especial Tim, más responsable, nos sintiésemos un tanto avergonzados. Pero mi nuevo amigo

enmendó su error presentándome al mejor mecánico de la isla, que para el final de la semana ya tenía arreglado el motor.

Desgraciadamente, ni Tim ni Florica pudieron quedarse mucho tiempo. Tenían que volver a sus trabajos en Atenas y Londres respectivamente, y pronto embarcaron en el hidroala. Nos despedimos con planes para vernos en Londres y, al contrario de lo que suele ocurrir con las amistades de verano, todos sabíamos que los cumpliríamos. Y de esta manera comenzó por fin mi trabajo veraniego.

Como trabajo de verano —de hecho, como empleo del tipo que fuese— no estaba nada mal. Mis obligaciones consistían simplemente en encargarme de que tanto el barco como yo estuviéramos siempre a punto para llevar a Jane y sus amigos de paseo por el mar a cualquier hora del día o la noche.

De vez en cuando, saliendo del sencillo embarcadero de madera que había junto a la casa de Jane y Bob, cruzábamos el estrecho hasta tierra firme para ir a una taberna situada en la orilla. Zarpábamos con el fresco de la tarde, cuando el sol, perdida ya su intensidad brutal del mediodía, descendía hacia los montes azules del Peloponeso. Era una hora preciosa para navegar, con la levísima brisa vespertina y un mar reluciente. Navegábamos con indolencia hacia el norte durante un par de horas, dibujando surcos en las aguas tranquilas con los dedos de las manos y los pies, hasta que arriábamos las velas y avanzábamos con destreza a la deriva junto a las mesas de madera del muelle donde íbamos a cenar con unos amigos de Jane y Bob.

La cena duraba horas, y yo me sentaba con el barco atado a la pata de la silla, como si de un obediente perro se tratara. Las aguas del pequeño puerto estaban repletas de peces, había velas sobre las mesas en tarros de cristal, y el perfume a madreselva y jazmín se complementaba con el aroma de unos platos de calamares fritos ligerísimamente rebozados, relucientes con sus gotitas de zumo de limón recién exprimido. Más tarde, cuando la pálida luna se elevaba por encima de la mole oscura de Trikiri, regresábamos a la isla a motor, rompiendo en mil pedazos brillantes el reflejo de su luz en el mar sereno. Jane tomaba el timón y tal vez soñaba con su juventud en la América profunda de los estados sureños, en los tiempos en que podía

correr de un lado a otro a toda velocidad y bailar toda la noche. Bob fumaba y contaba en voz baja historias que Jane debía de haber oído ya cientos de veces pero que, sin embargo, conseguía escuchar con una mirada atenta y divertida. Y en cuanto a mí, me sentaba en la oscuridad apoyado contra el mástil, cautivado por todo aquello.

En otras ocasiones cargábamos el barco de comida y vino y rodeábamos la isla hasta llegar a alguna bahía tranquila para hacer un pícnic en la playa bajo los pinos, y allí nos quedábamos sin hacer nada hasta la caída de la tarde, a la sombra maravillosamente perfumada de los pinos mediterráneos que el sol había entibiado. O seguíamos navegando hasta la casa de alguno de sus amigos que vivían a orillas del mar y tenían su propio embarcadero, y allí tomábamos un prolongado almuerzo durante las largas y calurosas horas de la tarde. Normalmente me invitaban a unirme a ellos, pero, en las raras ocasiones en que los anfitriones se daban más aires de grandeza de la cuenta, me quedaba en el barco y comía mis sándwiches mientras leía unos libros de poesía que Tim me había dejado, precisamente de los mismísimos Seferis y Gatsos recomendados por los Nikos. Y, naturalmente, me bañaba. Cuando el calor o el cansancio se adueñaban de mí, me zambullía y nadaba alrededor del barco.

También había momentos, en los días terriblemente calurosos del final del verano, en que no existía sitio alguno en tierra donde refrescarse. En esas ocasiones sacábamos el langostero y navegábamos sin rumbo fijo, deleitándonos con el maravilloso frescor del viento marino. Por el rumbo que a veces tomaban las conversaciones, deduje que aquél sería probablemente el último año de Jane con el langostero, y en mí recaía la responsabilidad de procurar que fuera todo un éxito.

Si el mar estaba demasiado encrespado, nos quedábamos en casa haciendo el vago, leyendo o echando largas siestas. El acuerdo había consistido en que yo viviría en el barco, lo que estaba bien para alguna que otra noche, pero por más tiempo resultaba un verdadero calvario. Sin embargo, afortunadamente mis patronos insistieron en que ocupara la habitación de huéspedes de su chalet. El cuarto era la verdadera esencia del minimalismo, con el suelo de baldosas rojas, una cama, una silla y una espiral antimosquitos humeando toda la noche. Desayunaba a solas con un

libro, a la sombra de una higuera, unas tostadas con mantequilla y yogur con miel regados con «té de la sierra»; el almuerzo y la cena los hacíamos juntos en la terraza.

Cuando el verano dio paso al otoño, los fuertes vientos y los mares tempestuosos nos obligaron a permanecer en tierra cada vez más. En los pinares que coronaban el monte por encima del pueblo, apareció de pronto una alfombra de preciosos y pequeños ciclámenes mediterráneos. Por la noche olía a humo de leña y de vez en cuando se desataba, procedente del golfo Sarónico, un aguacero que azotaba la isla durante una hora más o menos. Todos los turistas se habían marchado y empezamos a hacer preparativos para cerrar la casa con vistas al invierno. Por fin llegó el día que ayudé a llevar el equipaje de Bob y Jane hasta el pueblo.

Puse sus maletas en el muelle, entre la habitual muchedumbre de spetsiotas que se arremolinaban esperando el hidroala de media mañana, con sus carritos y sus montañas de misteriosas cajas y paquetes atados con cuerda.

—Hijo mío —dijo Jane cuando comenzó a verse la embarcación—. No pretendo saber lo que nos deparará el año que viene. A nuestra edad nos conformamos con disfrutar del presente; pero mientras siga con mi precioso langostero, tienes que venir a navegar en él. Aquí siempre tendrás un lugar.

La abracé con afecto.

—Adiós, capitán —dijo Bob tendiéndome la mano—. Ha sido un enorme placer. Ven a vernos a Londres.

Miré cómo embarcaban y me quedé en el muelle despidiéndome con la mano hasta que los perdí de vista. Luego di media vuelta y fui andando por el embarcadero hasta el pueblo, donde tomé un café y un dulce de miel, antes de encaminarme despacio al astillero a fin de hacer los preparativos para sacar del agua el langostero.

TERCERA PARTE

A mal tiempo, buena cara

Viaje a Vinlandia

En invierno, después de regresar de Grecia, me llamó Tom Cunliffe. Para entonces los días ya iban haciéndose más cortos, los árboles habían quedado desnudos y había hielo en los charcos del patio.

Yo había vuelto a mi trabajo con las ovejas, esta vez como pastor contratado en una granja cercana, en Sussex. En contraste con mi verano paradisíaco, me pasaba los días vagando por los montes, hundido hasta las rodillas en el barro bajo una lluvia torrencial, separando corderos, curando las ovejas aquejadas de panadizo, cambiando de sitio alambradas eléctricas.

Me gustaba el trabajo y me pagaban bien, pero me notaba inquieto, con la sensación de que el capítulo que había iniciado en el mar había tocado a su fin antes de que se presentase la ocasión de probarme a mí mismo. Fantaseaba con la idea de que, en lugar de pasar día tras día lidiando con ovejas empapadas, habría resultado mucho más útil al timón de alguna grácil embarcación, surcando los océanos del mundo.

Como tal vez recordará el lector, Tom había sido mi instructor en el curso para obtener el título de tripulante, así como el hombre que me había enseñado a amar el mar, sus barcos, su lenguaje y su literatura.

—Ya casi hemos acabado las obras en el *Hirta*, Chris —anunció Tom—, y tiene un aspecto magnífico. Está totalmente a punto y corre como una exhalación.

No me sorprendía en absoluto. El *Hirta* era su barco, un antiguo cúter de piloto del canal de Bristol que él y su mujer, Ros, se habían dedicado a restaurar. Lo había visto cuando visité a Tom un fin de semana después de que acabara nuestro curso de navegación en la isla de Wight, y su belleza clásica me había cautivado. Se parecía un poco a un langostero, aunque era mucho más grande y sólido, con un arrufo largo y elegante.

—Estoy tratando de reunir una tripulación —continuó Tom—. Vamos a ir a Noruega y luego cruzaremos el Atlántico Norte hasta Islandia, para finalmente llegar a Terranova; ya sabes, siguiendo los pasos de Leif Eiriksson.

—¡Caray, Tom! ¡Qué maravilla!

—Yo no diría eso. Va a ser un viaje durísimo: cinco meses por lo menos. Y hará un frío del carajo incluso siendo verano. Habrá icebergs, y seguro que también tendremos alguna que otra tormenta. No te prometo que vaya a ser pan comido, pero tienes razón, será divertido, y aprenderás muchísimo más que paseándote en ese cascarón tuyo por ese charquito llamado Mediterráneo.

—Entonces, ¿me estás diciendo...? ¿Me estás diciendo que...? —farfullé. No estaba del todo seguro de haber oído bien.

Si dijera que me sentí entusiasmado me quedaría corto: la noticia me había dejado absolutamente pasmado. Aquélla era la aventura con que siempre había soñado. Tom añadió que nuestro viaje al norte sería posiblemente la experiencia más desagradable y peligrosa que iba a tener en la vida, que en algunos momentos me encontraría empapado, en otros congelado de frío, muchas veces increíblemente aburrido y en más de una ocasión muerto de miedo.

—Entonces, ¿te apuntas? —dijo para concluir.

—¡Pues claro que me apunto! —respondí casi a gritos.

¿Cómo resistirme a una propuesta tan tentadora? Me pregunté si debería comentárselo a Ana, pero había tiempo de sobra para hacerlo. Seguí escuchándolo. Los demás componentes de la tripulación ya habían sido escogidos; naturalmente, Ros se encontraba entre ellos, lo que significaba que tendrían que llevarse también a Hannah, su hija de cuatro años, que había conseguido conquistarme sin esfuerzo alguno. Luego estaban John, un marino mercante camarada de a bordo de Tom, a quien, según me aseguró éste, le confiaría sin dudarle su barco y su vida; Patrick, un ex militar que sabía mucho de navegación en el Ártico, y Mike, un joven a quien le había ido excepcionalmente bien en el curso de patrón de barco impartido por Tom y que se estaba tomando un año de descanso antes de comenzar una licenciatura en ingeniería.

No pude evitar preguntarme cuál era la cualidad merced a la cual había conseguido un puesto entre una tripulación tan experimentada.

—Ah —dijo Tom antes de colgar—, y no te olvides de traerte la guitarra. A Hannah le gustan tus canciones. —Y añadió, como si respondiera a mi pregunta—: Te encuentra muy divertido.

Cuando le conté lo de mi viaje, Ana se mostró algo menos optimista de lo que yo esperaba. Siempre se había adaptado a mi pasión por viajar y daba una gran importancia tanto a su propia independencia como a la mía; pero ¿estaba realmente seguro de que todo aquello no iba a ser demasiado peligroso? Al fin y al cabo, Tom había hablado de tormentas en el mar, y eso la preocupaba un poco. La tranquilizó hasta cierto punto que también fueran Ros y Hannah: mientras estuviesen a bordo no permitiríamos que le ocurriese nada terrible al barco. Pero ¿y si me caía al agua? ¿Qué pasaría si, lejos de tierra, nos encontrábamos con unas condiciones meteorológicas inusitadas contra las que ni tan siquiera la habilidad del legendario Tom Cunliffe podía hacer nada?

Seguí trabajando con las ovejas el resto del invierno y, para finales de marzo, cuando acaba la temporada de parición de los corderos, había ahorrado dinero suficiente para pagar mi parte de los gastos. Me aseguré de que el rebaño estuviera bien cuidado mientras yo me encontraba de viaje y, a fin de que Ana considerase mi postura desde una óptica más favorable, me puse a trabajar, con más entusiasmo que habilidad, en algunas mejoras domésticas que llevaba mucho tiempo prometiéndole hacer. Todo eso tuvo el efecto de mantenerme muy ocupado y distraerme de mi entusiasmo rayano en la euforia por el viaje. Por fin llegó abril y, con él, la tan esperada llamada de Tom para decirme que todo estaba listo para partir.

Un día gris y lúgubre, con el cielo encapotado, de ésos en que un aguacero tras otro atraviesan vertiginosamente la región de los Downs, Ana me llevó en coche al puerto deportivo de Brighton, donde se encontraba entonces el *Hirta*. Todo tenía un aspecto amenazador y nos llenaba de presentimientos ominosos que empeoraban a medida que nos acercábamos. No hablamos mucho y, una vez en el puerto, mientras caminábamos del

brazo por el muelle, Ana se apoyó en mí, tanto para calentarse y protegerse del viento como en muestra de cariño.

El *Hirta* estaba atracado al final del muelle. Cuando lo vi me estremecí de orgullo; su casco recién pintado era ahora de un negro intenso, y las perchas —el mástil, el bauprés y la botavara— brillaban gracias a las muchas capas de aceite que les habían aplicado. Los objetos de latón estaban relucientes, se había fregado la cubierta, y aquí y allá se veían cabos adujados y bien arranchados en los cabilleros o sobre cubierta. Las velas estaban engrilletadas o atadas a su sitio y listas para ser izadas; en conjunto, su aspecto era el de un barco de lo más eficaz y preparado para navegar, lo que resultaba tranquilizador.

—Bueno, ahí tienes un barco bien equipado —le dije a Ana.

—Supongo que sí —repuso ella con expresión algo ausente.

Hannah nos saludó con la mano. Se había colocado de centinela y lucía unas botitas de agua rojas y un impermeable de plástico que realzaban el color rubísimo de su cabello. Pero cuando subimos a bordo corrió a esconderse, entre risas, tras las piernas de su padre, presa de un ataque de timidez. Ros, que había estado preparando el té en la cocina, asomó la cabeza desde lo alto de la escalera de cámara para saludarnos. Una vez más me chocó el contraste que había entre ellos: Ros, esbelta, callada y segura de sí misma; Tom, mucho más alto y con una presencia imponente.

—Bienvenidos a bordo —saludó con voz de trueno—. Ve a guardar tus cosas. Ya veo que te has traído la guitarra. Magnífico. Vamos a tomarnos rápidamente una taza de té y unos bollos para reunir fuerzas, y después soltamos amarras y nos ponemos en marcha. El tiempo no es todo lo bueno que podría ser, pero nunca lo es, ¿verdad?

Un hombre bien parecido de unos treinta y cinco años y un joven larguirucho de cabellera abundante y gafas de montura redonda estaban en la cubierta, ocupándose de amarrar bombonas de gas al gran bote rojo. Interrumpieron un momento su trabajo para saludarnos a voces, el primero dedicándonos una sonrisa deslumbrante que Ana le devolvió.

—Ése es Patrick —dijo Tom mientras ayudaba galantemente a Ana a entrar en la bañera y pasar luego por las puertas de la escalera de cámara para bajar hasta las entrañas del barco.

Daba gusto refugiarse del viento cortante. El salón, donde una estufa pequeña y panzuda proporcionaba un grato calor, parecía un lugar agradable donde pasar los seis meses siguientes. Mientras Ana charlaba amigablemente con Ros, Tom dirigía su atención a un hombre menudo de modales afables que, acariciándose la barba con expresión pensativa, hacía especulaciones sobre el probable resultado del modelo meteorológico que se estaba estableciendo.

—Yo soy John —se presentó, tendiéndome la mano antes de reanudar su conversación.

Pronto se acabaron el té y los bollos y pareció que había llegado el momento de partir. Me puse al lado de Ana. Se oían el ulular del viento en las jarcias y el estrépito frenético de los estays de alambre en los mástiles de estaño. Todo indicaba que hacía un tiempo terrible ahí fuera. John estaba sugiriendo a regañadientes que tal vez debiéramos retrasar la salida y esperar a que mejorase el panorama.

—Yo también he pensado en esa posibilidad —reconoció Tom—, pero creo que ya estamos preparados, y la espera nos haría más daño que el viento.

—Es verdad —intervino John—. Alguna vez hay que agarrar el toro por los cuernos.

—Bien, pues hagámoslo —zanjó Tom. Se puso en pie y fue a arrancar el motor.

Acompañé a Ana fuera del barco y allí, en el malecón azotado por el vendaval, nos despedimos con un beso. Sintiéndome un poquitín apesadumbrado, me agarré a los obenques —las cuerdas tensadas que sujetan el mástil a los lados del barco, y lo que queda más a mano para agarrarte cuando te asomas por la borda— y, mientras nos dirigíamos a motor hacia la bocana del puerto, me despedí con la mano de la figura de mi novia, cada vez más pequeña.

—¡Hasta el otoño! —grité, pero el viento se llevó mis palabras mientras el *Hirta* se internaba a empujones en un mar gris y embravecido de aspecto amenazador.

—La ruta que vamos a seguir —anunció Tom a su tripulación— es la manera mejor y más lógica para ir de Brighton a Terranova. La próxima vez que avistemos tierra, dentro de una semana o diez días en el peor de los casos, será la costa de Noruega. Con el viento adecuado soplando de culo deberíamos llegar al fiordo Hardangerfjord para la época de la floración de los manzanos, que es una de las maravillas menos conocidas del mundo. Tenemos una buena provisión de *whisky* para comerciar con los nativos, lo que nos ayudará a disfrutar de una calurosa acogida.

»Luego, cuando ya hayamos agotado nuestro crédito con los noruegos, pondremos rumbo al oeste, pasando por las islas Feroe, hasta llegar a Islandia. Si las condiciones del hielo son adecuadas, podremos hacer escala en Julianahaab, en Groenlandia, y después continuaremos, entre los témpanos e icebergs del inmenso Atlántico Norte, hasta la costa norte de Vinlandia.

Miré alrededor. Todos parecían saber dónde se encontraba Vinlandia menos yo y, tal vez, Mike, que se estaba estudiando atentamente los zapatos. Vinlandia, según supimos, era un destino histórico mencionado en las sagas islándicas, más conocido por el nombre de Terranova. En este viaje yo iba a oír hablar mucho de las sagas; eran una de las pasiones literarias de Tom y una fuente de inspiración para él.

Sin embargo, lo más importante era que aquel país se hallaba a una distancia enorme, y ahora lo que tocaba era salir de Brighton sanos y salvos. Porque, a pesar de que no llevábamos ni siquiera diez minutos de viaje, el viento ya estaba arreciando con tremenda furia. Hannah y Ros habían desaparecido bajo cubierta, dejando que Tom diese las instrucciones a voces desde la bañera, aferrado con ambas manos a la rueda del timón. No pudimos dejar de observar que nuestro barco era el único que se hallaba en el agua.

—¡Poneos las líneas de vida! —gritó Tom en medio de la terrible tormenta—. ¡Mantendré el barco proa al viento! ¡Izad el foque de capa lo más deprisa que podáis! —Se refería a una vela pequeña pero muy resistente que se iza en la proa cuando el viento es realmente fuerte.

Tiramos de los cabos como posesos, resbalándonos y cayendo sobre la cubierta de proa, que se movía con violencia a causa del oleaje. El triángulo rojo de lona se elevó como si fuera un espíritu y dio un salto en el aire. Entonces, con un chasquido atronador, el viento rompió la vela, haciéndola pedazos al instante. Los jirones restantes de lona y cuerda se agitaban frenéticamente, azotando el aire con violencia. Parecía como si el pobre *Hirta* estuviese siendo despedazado.

—¡Arriad esa vela! —gritó Tom desde el timón.

Di un salto para coger una de las serpenteantes cuerdas, que acto seguido me golpeó la cabeza con la fuerza de una coza de mula. Caí y me agarré a un obenque para evitar ser arrojado al agua. Rápidamente Patrick, un hombre más corpulento que yo y mucho más consciente del peligro real de una vela dando latigazos al viento, consiguió sofocar su furia, aunque no antes de que el largo extremo suelto de una cuerda cayera al agua y se enredara en la hélice, dejando el motor fuera de combate.

Tom soltó un juramento y Patrick se quedó blanco como el papel. Resultaba humillante para unos marinos veteranos como ellos verse envueltos en semejante follón tan cerca de tierra, a pesar de que ninguno de los dos tenía la culpa de lo que ocurría. En cuanto a mí, me sentía abochornado. ¿Qué clase de aportación iba a hacer a la expedición si ni siquiera era capaz de agarrar una cuerda? Pero no había tiempo para pensar en esas cosas; Tom nos estaba diciendo a gritos que rizáramos la vela, que es cuando aflojas sus segmentos inferiores y los atas, con lo que la haces mucho más pequeña y de ese modo ofrece menor resistencia al viento. Es una de las maniobras esenciales que todos los marineros aprenden para reducir el impacto de una tormenta.

Con otra vela sustituyendo al foque de capa y la vela mayor considerablemente enrollada y atada —o con dos rizos tomados—, pusimos rumbo al este y, cuatro horas más tarde, decidimos atracar en Newhaven para desatascar la hélice. «Dios mío —pensé—, espero que no vaya a ser así todo el trayecto hasta Terranova». El verano que había pasado en Grecia no me había preparado para lo que estaba viviendo, pero, además, una preocupación me rondaba la cabeza. «¿Cómo demonios va uno a desenredar

la cuerda de una hélice sin bucear debajo del barco?», me preguntaba. Sentía horror sólo de pensarlo.

—Bueno, Chris, ¿preparado? Una vez que consigas ponerte ese cabo de vida te pasaré el cuchillo; no queremos que te rebanes trocitos de cuerpo sin querer.

Era Tom, asomándose como los otros por la borda mientras yo me dejaba caer al agua helada del mar, atado a una cuerda de seguridad y completamente vestido, ya que no teníamos trajes isotérmicos, y la lana, incluso cuando se sumerge en el agua, desprende cierto calor. Lo raro es que casi me alegraba de ser yo quien hubiera sacado la paja más corta. Hacía que me sintiese importante y útil, y compensaba mi sentimiento de culpa por no haber podido evitar que la cuerda cayese al agua. Al menos eso era lo que sentía antes de que la primera oleada de agua helada inundara mis pantalones, me produjera un dolor atroz en las partes pudendas y se precipitara después sobre mi cuello. ¡Santo Dios, qué fría estaba!

Cuando el agua está fría siempre es mejor sumergirse completamente, por lo que metí la cabeza y empecé a bucear, tanteando con las manos a lo largo de la quilla hasta alcanzar la hélice. Mantenía los ojos cerrados porque el agua del puerto de Newhaven, además de estar fría y moverse rápidamente arrastrada por la marea, era aproximadamente tan clara como la sopa de champiñones. Por fortuna, no me costó mucho trabajo encontrar el nudo, un amasijo de cuerda gruesa firmemente encajado en cada uno de los huecos de las aspas de la hélice, semejante a un grotesco tumor fibroso.

Agarrándome a la quilla con una mano para que la corriente no me arrastrase hasta mar abierto, empecé a cortar la cuerda. Para mi consternación, había quedado tan firmemente enroscada debido a la fuerza de la hélice que tenía la consistencia de un cable de acero. Conseguí cortar a medias unas cuantas fibras y salí precipitadamente a la superficie, jadeando y resoplando.

Mis compañeros me miraron con expectación.

—¿Estás bien? ¿Ya lo has hecho? —preguntaron.

—Casi —mentí mientras resollaba y tomaba aire ruidosamente antes de sumergirme de nuevo.

Volví a cortar unas fibras más y a emerger para coger aire. Y luego, vuelta a cortar y emerger. Continué así hasta que sentí los dedos y la cara medio congelados y empecé a tiritar de frío.

—Creo que debes salir —insistió Ros al cabo de casi media hora.

Los demás habían dejado de preguntar cómo iban las cosas, pues también consideraban que debía subir a bordo y descansar.

Sin embargo, habría sido impensable parar sin terminar antes el trabajo. Sólo quedaban unas cuantas fibras. Seguí serrando y cortando como un poseso, y por fin las madejas de cuerda se desprendieron y se me quedaron en la mano. Impulsado por la enorme satisfacción de la misión cumplida, salí como una exhalación a la superficie, donde cinco pares de brazos me subieron a bordo y me guiaron hasta la cabina.

Apenas había conseguido quitarme las capas de ropa empapada y meterme en mi saco de dormir ártico, cuando empecé a tiritar de verdad. En una ocasión había oído hablar de un hombre a quien se le habían roto un par de costillas de tanto tiritar. Pues bien, así temblaba yo en ese momento. Me castañeteaban los dientes y hasta los mismos huesos.

—Tienes una ligera hipotermia —comentó Ros, quien sacó del botiquín de supervivencia una pequeña bolsa de limaduras de hierro de calor instantáneo. Me la dio después de abrirla.

Yo era incapaz de confirmar si lo que me estaba diciendo era verdad, pues unos espasmos violentos me sacudían la mandíbula y todos los músculos. Me abracé a la bolsa milagrosa, que de algún modo pareció devolver a mi cuerpo parte del calor perdido.

Ni siquiera podía hablar por señas, ya que estaba firmemente embutido en el saco de dormir —de seda, relleno de plumón de ganso y forro de lana de cachemira, para temperaturas de hasta cuarenta grados bajo cero—. A pesar de ello, mientras seguía ahí tumbado, presa de terribles convulsiones, tenía la sensación de que jamás lograría volver a calentarme. No obstante, poco a poco empezó a penetrar en mi cuerpo algo de calor vital y logré tomar un par de sorbos de sopa y sumirme en un profundo sueño.

Dormí tan profundamente que ni siquiera el repiqueteo de las botas en la cubierta, ni el estruendo del motor ni el ruido sordo de las cuerdas en los polipastos pudieron devolverme a la realidad de que nos habíamos hecho a la mar mucho antes del amanecer. Sólo recobré el conocimiento horas después, pero permanecí acostado, con una deliciosa sensación de calor, escuchando el sonido del agua recorriendo el casco de madera a apenas unos centímetros de mi oreja. Cuando por fin salí del saco, ya era media mañana. Subí a la inclinada cubierta y vi los acantilados blancos de Dover en un mar azul iluminado por el sol.

El viento era perfecto, y la marea nos arrastraba de prisa hacia el lugar desde donde rodearíamos la punta de South Foreland para poner rumbo hacia el norte por el estrecho de Dover, hasta el canal de la Mancha. Era el mes de abril y nos dirigíamos, a mi modo de entender dando un rodeo, hacia Vinlandia.

Empezó a anochecer y los blancos acantilados de la costa de Kent fueron sustituidos por unas lejanas líneas de luces. A medida que la oscuridad fue intensificándose, también el mar se desvaneció, y parecía que nos moviéramos a través de una negrura insondable. Sólo el tenue brillo de la espuma que iba dejando nuestra estela nos situaba en el espacio. En lo alto de los obenques, la luz roja del farol de babor se reflejaba débilmente en la vela mayor. Algunas estrellas dispersas asomaron entre las nubes, que se deslizaban vertiginosas por el cielo. En el horizonte, hacia el noreste, un tenue brillo plateado fue cobrando intensidad poco a poco, hasta que de la oscuridad surgió un brillante fragmento de luna que, tras desperezarse, comenzó su ascenso en el cielo nocturno. El vendaval se había calmado, convirtiéndose en un viento suave del oeste, justo el que necesitábamos para impulsar el *Hirta*, que ahora navegaba a toda vela hacia el mar del Norte y Escandinavia.

Nos sentamos todos en la llamada bañera, una gran zona hundida de la cubierta, alrededor del timón y la brújula, que en efecto se asemeja a una gran bañera de madera con bancos. Mientras charlábamos en voz baja para no romper el encanto de nuestra primera noche en el mar, veíamos el

agradable resplandor de un par de cigarrillos y aspirábamos el reconfortante aroma de las delgadas volutas de humo que desprendían. Todos sosteníamos en la mano una taza de té caliente, pues en las noches de abril en la cubierta de un barco y en medio del mar del Norte puede hacer un frío criminal. Hannah estaba abajo, sumida en un sueño apacible, mecida por las olas y abrazada a Rowena, su muñeca de trapo.

Pues bien, lo que constituye el gran placer de los viajes oceánicos es que, a diferencia de en la navegación por un día, a medida que la tierra va quedando atrás, te vas librando de los pesares y preocupaciones que te afligían en tierra firme, de todas las cosas que deberías haber llevado a cabo pero has dejado pendientes, de todos los residuos anodinos y cuestiones superfluas de tu existencia cotidiana, como si fueras una serpiente que se desprende de su piel seca. Te sientes renovado y vivo otra vez. No puedes solucionar ninguno de esos viejos problemas, ésa es la pura verdad, por lo que los olvidas y te limitas a ocuparte de la navegación y la supervivencia... porque hacer las cosas bien cuando surcas el océano en un barco pequeño es, sencillamente, una cuestión de vida o muerte.

Este fenómeno, que reduce a las personas a su esencia, se produce cada vez que dejas tierra. Y del mismo modo, cuando finalmente el vigía encaramado en lo alto del mástil grita: «¡Tierra a la vista!», te invade una inmensa añoranza de la tierra y, misteriosamente, te sientes otra vez ansioso por pisarla y dispuesto a sumergirte de nuevo en ese atosigante cenagal de preocupaciones.

Conscientes de todo ello, cavilamos y charlamos mientras intentábamos averiguar qué pensaba el otro, tanteando hasta dónde podíamos llegar, cuáles eran los límites. Resultaba agradable tratar de conocernos sabiendo que pronto seríamos zarandeados en unas condiciones de extrañísima intimidad. Tom me había advertido que estar encerrados todos en el camarote de un pequeño barco de madera, sacudidos entre los horrores del mar abierto, tiene el mismo efecto que una olla a presión. En circunstancias extremas, los sentimientos que es aconsejable dejar consumir a fuego lento bajo la superficie irrumpen súbitamente y es preciso afrontarlos para lograr que la vida resulte al menos medio tolerable.

Sin embargo, aquella noche nuestro interés por conocer a los demás fue leve y amistoso, e intercambiamos cumplidos tratando de ofrecer una imagen lo más atractiva posible de nosotros mismos, sin pasarnos de la raya. Todos bebimos *whisky* a sorbos de una taza, que es el gusto que tradicionalmente suele darse uno al comienzo de la noche, y ello nos reconfortó y levantó nuestra moral de un modo maravilloso.

Pero entonces dieron las doce y se produjo un silencio reverencial para escuchar el parte marítimo. Yo ya lo había oído antes en la radio, como todo el mundo, había oído esa salmodia incomprensible y casi mística emitida con el acento claro y entrecortado de la BBC articulando los nombres de las distintas zonas marítimas: «Dover, Thames, Humber, Dogger, German Bight... Fisher, Fair Isle, Cromarty, Viking, Faroes, Southeast Iceland...», y así sucesivamente, todos ellos nombres reconfortantemente enigmáticos que de repente se habían convertido en algo personal y a la vez urgente. Incluso la sintonía del programa, *Sailing By*, una pieza que yo siempre había considerado un tanto vacua, adquirió un matiz diferente, con sus ondulantes arpeggios cargados de sentido y emoción.

A partir de entonces, a medida que navegábamos hacia el norte, todas las noches escuchábamos *Sailing By*, hasta que llegamos a un punto donde ni siquiera la BBC podía alcanzarnos.

—Ha llegado el momento de empezar las guardias —anunció Tom—. Haremos turnos de cuatro horas, con dos personas por turno: John, tú puedes ir con Mike, y Patrick con Chris. A mí, como patrón del barco, no me corresponde ninguna guardia en concreto, pero podéis llamarme en cualquier momento del día o la noche.

Fue así como me vi haciendo el turno de las diez a las dos de la madrugada, Patrick y yo solos en la bañera mientras un viento constante nos impulsaba rumbo al norte a través de la noche. Patrick hablaba con un ligerísimo acento escocés. Era un marino experimentado y, a pesar de sus maneras suaves y discretas, los años que había pasado en el ejército habían hecho de él un tipo realmente duro. Yo me contentaba con recibir sus órdenes: él sabía lo que hacía... yo, en cambio, no tenía ni idea.

—Tú coge el timón, Chris, y mantén el barco en ese rumbo, cero uno cinco, que mientras tanto yo iré a ajustar un poco las velas.

Cogí el timón y miré con ojos de miope la brújula tenuemente iluminada, colocada en su bitácora justo dentro de la escotilla del camarote. A esa distancia de unos dos metros y medio no conseguía distinguir los números con claridad, lo cual representaría un problema para mí durante todo el viaje a Vinlandia. Lo que iba a tener que hacer era abandonar el timón por un instante y acercarme a la brújula a fin de ver bien los números, para a continuación volver corriendo al timón antes de que el barco se apartara demasiado de su rumbo. Naturalmente, para cuando regresaba junto al timón el *Hirta* se había desviado unos cuantos puntos, por lo que me veía obligado a correr de nuevo hasta la brújula, regresar un momento para ajustar el timón y volver a la brújula para comprobar si lo había ajustado bien. Aquello distaba mucho de ser satisfactorio, pero el resultado era una especie de avance en zigzag aproximadamente en la dirección deseada.

Las cosas resultaban más fáciles en las noches estrelladas, porque podías mantener un rumbo más o menos correcto y, después, no tenías más que encontrar una estrella cercana a algún punto fijo en el tope del mástil y conservar la misma distancia entre éste y aquélla. No obstante, lo malo de este método de navegación, mucho más romántico, es que también las estrellas se mueven de forma circular por la bóveda celeste, y si fijas el rumbo en relación con una sola de ellas acabas describiendo un gran círculo, por lo que a fin de no desviarte tienes que cambiar de estrella cada cinco o diez minutos.

Aquella primera guardia, mientras Patrick trasteaba a oscuras en la cubierta de proa, me puse a escuchar el crujido del mástil y la botavara, el silbido del viento en los obenques y el sonido de las olas contra el casco. Y pensé en lo maravilloso que era estar allí, sin el menor vestigio de tierra a la vista y de camino a Vinlandia.

A las dos menos diez bajé a preparar el té para los del turno siguiente y despertarlos. Sólo quedaba anotar en el cuaderno de bitácora lo que había sucedido o no había sucedido durante nuestra guardia, como cambios de dirección del viento, rumbo, cualquier cosa interesante que hubiéramos

visto, y después meterme con alivio en el saco para dormir. Y cómo dormí... El balanceo de un barco y el ruido del agua deslizándose por el entablado inducen de un modo maravilloso a dormir profundamente y a soñar. Pero desgraciadamente eso nunca dura mucho.

A las seis, a la luz de un amanecer gris, mientras la lluvia caía a cántaros desde un cielo de color pizarra, apareció la cara sonriente de Mike, el grumete en virtud de ser el miembro más joven de la tripulación, con una taza de té.

—Hace un día horrible —observó—, y ya es hora de que te levantes y empieces. Yo me voy a la cama.

Salí de mi litera y, antes de que le diera tiempo a enfriarse, Mike se introdujo en ella. Esta peculiar forma de intimidad es lo que se conoce como «litera caliente».

De aquellos cinco días en el mar del Norte, mi primer viaje de verdad, no conservo sino un recuerdo borroso. La mayor parte del tiempo había poco que ver, como no fuera una infinita procesión de ondulantes murallas de agua, que a veces eran grises, a veces pardas y de vez en cuando verdes, viniéndonos encima. De cuando en cuando brillaban o reflejaban la pálida luz del sol, pero casi siempre eran opacas y amenazadoras hasta que, de repente, el sol del mediodía atravesaba las brumas y el mar se volvía de un azul diáfano, reluciente y centelleante.

Los días resultaban curiosamente soporíferos, pues las largas horas pasaban sin ninguna interrupción ni acontecimiento destacable. El sistema de guardias se relajaba durante el día, y cuando teníamos ganas hacíamos un turno al timón, o nos ocupábamos de la tarea de reforzar y unir cabos, lo que era preciso hacer constantemente. En tierra habría resultado demasiado aburrido, pero en el mar me sentía como si mi estado mental hubiese cambiado por completo, resultado de una ligera sensación de mareo y una gran falta de sueño. Jamás disfruté de una noche de sueño ininterrumpido; tres o cuatro horas seguidas eran lo máximo que las guardias te permitían dormir. Durante el día echábamos alguna cabezada para compensar las

horas de descanso perdidas, pero nunca conseguíamos dejar de sentirnos aletargados y somnolientos.

Como consecuencia de todo ello, el intelecto se embotaba un poco y los sentimientos se hacían más intensos. Yo me emociono con mucha facilidad, pero en alta mar las cosas más corrientes —un rayo de sol surgiendo de repente por detrás de una nube, una idea placentera o un recuerdo particularmente vívido de un ser querido— siempre me dejaban al borde de las lágrimas. Y el simple acto de estar junto al timón, mirando las velas rojas ondear contra el cielo y sintiendo el gran casco negro surcar rápidamente las olas, me llenaba de un deleite indescriptible.

Tom, como patrón, estaba constantemente ocupado con el mantenimiento de su amado barco y, por extensión, con la seguridad y el bienestar de sus tripulantes. Desmontaba el motor de gasoil y limpiaba los inyectores, comprobaba el desgaste del aparejo (la jarcia y las velas), que sufría un roce constante, y se mantenía al corriente de nuestro rumbo y posición, tratando al mismo tiempo de encontrar cosas útiles que pudiéramos hacer.

Ros se encargaba de la cocina y nos mantenía bien alimentados y contentos. El *curry*, que preparaba muy bien, puede ejercer un efecto casi sobrenatural sobre una tripulación empapada y muerta de frío las noches de temporal. También se pasaba gran parte del día enseñando a Hannah y leyéndole cuentos. Los demás nos encargábamos por turnos del timón, de reglar las velas y de las tareas que Tom nos hubiese asignado. Y en las raras ocasiones en que el sol se dignaba aparecer, todos nos apresurábamos a salir a cubierta para tratar de fijar nuestra posición con un sextante.

Mike, John y Patrick estaban aprovechando el viaje para repasar sus técnicas de navegación, con la ayuda del considerable nivel de conocimientos de Tom. Eso era mucho antes de los GPS, y saber cómo usar el sextante era esencial para la navegación oceánica, aparte de que el dominio de este instrumento tradicional constituye un arte en sí mismo. Los pilotos han dependido de este hermoso aparato desde hace cientos de años, y sólo con sacar uno de su caja y acercártelo al ojo te sientes transportado, como por arte de magia, a un período de tiempo que te conecta sin solución de continuidad con Colón, Magallanes o Enrique el Navegante.

El momento ideal para medir la altura del sol en un sextante es a las doce del mediodía, aunque, por supuesto, no siempre es posible hacerlo, pues no necesariamente brilla el sol justo a esa hora, en especial en las deprimentes latitudes hacia las que nos dirigíamos. Sin embargo, en teoría es posible medirla a otras horas del día, siempre que el sol se vea por encima del horizonte y se disponga de un reloj fiable. Pero, si no es mediodía, los cálculos se complican infinitamente.

En nuestro barco, cuando el sol era visible justo antes de las doce, los pilotos se congregaban en cubierta y preparaban sus instrumentos. Entonces, al aproximarse el momento del cénit, ajustaban los ingeniosos espejitos ahumados para captar el instante exacto en que el sol se detenía en su ascenso y empezaba a descender. Ese momento era el mediodía celeste, y era entonces cuando se leían y añadían a los cálculos las cifras grabadas de manera tan precisa en los brazos y arcos de latón del sextante. También ofrecía una oportunidad para comprobar la exactitud de los cronómetros, o más bien de nuestros relojes. Después, todo el mundo se precipitaba escaleras abajo hasta la mesa de cartas, donde se llevaban frenéticamente a cabo una serie de cálculos y se estudiaban con detenimiento las tablas de navegación. Luego, tras mucho chupar lápices y murmurar y pasar páginas que estaban grises de tangentes, senos y cosenos, y de tablas de fechas y declinaciones y otros logaritmos insondables, se efectuaba el cálculo final y se llegaba a una estimación de la posición en que nos encontrábamos.

Aunque me moría de ganas de participar, sólo había tres sextantes a bordo y resultaba obvio que, si yo metía las narices en las clases magistrales, éstas se iban a convertir en una especie de melé. Los dos primeros días me retiré magnánimamente. Pero el tercer día el deseo de pilotar se hizo demasiado intenso; incapaz de contenerme, y aprovechando un momento por la tarde en que los demás habían regresado a sus literas o a las tareas asignadas, subí sigilosamente a la cubierta con el sextante de Tom e hice una medición. No era un momento especialmente oportuno para ello, pero tendría que conformarme. Sin prisas y con todas las cifras a mi disposición, me enfrasqué en mi trabajo en la mesa de cartas a solas con mis complejos cálculos.

Mis deliberaciones fueron avanzando de una manera inexorable hacia su conclusión, hasta que por fin, jadeando mentalmente debido a los excesos de la gimnasia matemática, obtuve las cifras. Emocionado, tracé mis líneas en la carta, tratando en vano de hacer caso omiso de los grupitos de líneas de lápiz medio borradas que indicaban la aproximación que habían hecho antes mis compañeros del lugar donde nos encontrábamos, y que estaban trazadas bastante juntas.

Sin embargo, mientras mi lápiz se deslizaba por el borde de la regla hacia el punto en que había de cruzarse con la primera línea que había trazado, caí en la cuenta de que las cosas no eran lo que parecían. Aparté la regla y me quedé mirando con ceño el lugar donde las líneas se cruzaban. O todos los demás estaban absolutamente equivocados —hipótesis que me parecía la más probable—, o era yo quien había cometido un tremendo error. Porque según mi cálculo aproximado, lejos de estar unas cincuenta millas náuticas al suroeste del extremo norte de Dinamarca, en lo que parecían coincidir los demás pilotos, nos encontrábamos varados en lo alto de una elevada colina justo al sur de la localidad inglesa de Scunthorpe.

Borré las líneas a toda prisa, pues seguramente lo mejor era no confiar a nadie este decepcionante descubrimiento. De hecho, decidí que en el futuro dejaría el trabajo con el sextante a los entusiastas pilotos, pues resultaba difícil imaginar que mis originales deliberaciones pudiesen tener un resultado útil. Aunque, en cualquier caso, cuando estás tan lejos en alta mar nunca sabes con exactitud dónde te encuentras. Y en realidad tampoco importa tanto. Es sólo al acercarte a tierra cuando necesitas una posición exacta, con el fin de no estampar el barco contra la muralla, como diría Tom.

Aunque nunca les pillé el truco a las matemáticas del sextante, Tom me enseñó la manera de hacerte una idea aproximada de dónde estás por «estima». Este método consiste en señalar el rumbo en la carta. Hay que tener en cuenta los efectos de las mareas y las corrientes, las variaciones magnéticas, la deriva —que es cuando el viento te empuja un poco de costado desviándote de la trayectoria deseada— y la velocidad, que calculas arrastrando un dispositivo llamado «corredera», un instrumento primitivo provisto de hélice que se arroja al mar muy por detrás de la estela del barco.

Después anotas toda esta información en el cuaderno de bitácora, incluidos los cambios de rumbo, la velocidad y la dirección del viento, y en base a esto puedes tener una idea de dónde estás... aunque, a menos que seas muy hábil, no mucha.

Durante aquellos cinco largos días en que navegamos hacia el norte, en dirección a Noruega, no avistamos ni rastro de tierra y, aparte de algún lejano barco que otro, tampoco es que en el mar hubiera mucho que ver, como no fuesen unas cuantas aves.

Un día me quejé de esto a Tom, o al menos reflexioné en voz alta sobre la monotonía del mar en comparación con la variedad de la tierra, con sus vistas infinitamente cambiantes de rocas, flores y árboles. Él no se mostró de acuerdo en absoluto.

—Las aves —declaró— son las flores del mar. Son el elemento vivo del paisaje marino; le dan color y personalidad, y una variedad infinita. No hay un solo navegante oceánico a quien no le gusten las aves. Incluso si éstas no te importaban un pimiento antes de hacerte a la mar, pronto llegan a encantarte. Son tus fieles compañeras y acabas sabiendo muchísimo sobre ellas.

Y, en efecto, cuanto más tiempo pasamos en el mar, más ocasiones tuve de comprobar la verdad de sus palabras. La presencia de las aves bastaba para disipar nuestra soledad y dejarnos fascinados. Tom y Ros, Patrick y John lo sabían todo acerca de ellas y eran capaces de reconocerlas cuando no eran más que unos puntos distantes a lo lejos, entre las olas. Todos teníamos nuestras aves favoritas. La mía era el fulmar, una gaviota pequeña y rechoncha de color gris y blanco, carácter amistoso y aspecto burlón, un ave sociable que cuando se acercaba al barco parecía que lo hiciese porque le gustaba la compañía, en lugar de estar, sencillamente, buscando comida. Mientras navegábamos por el mar del Norte numerosos fulmares volaban en círculo entre las olas, pero a medida que avanzamos hacia el norte empecé a sentir predilección por los alcatraces, que hicieron su aparición en cantidades cada vez mayores.

Los alcatraces son de mayor tamaño que los fulmares y, por raro que parezca si se piensa que para los británicos constituyen una metáfora de la glotonería desenfrenada, también bastante más gráciles, largos y esbeltos. Los alcatraces se zambullen de forma espectacular desde una gran altura; pliegan las alas al entrar en el agua y, capaces de alcanzar una profundidad de hasta sesenta metros, pueden hacerle sudar tinta a un pez. A mi modo de ver, por esa razón debería calificárseles de anfibios, aunque no suela aceptarse que lo son. Pero ver una bandada de alcatraces pescando, lanzándose en picado desde veinte metros de altura, nadando a toda velocidad entre los bancos de peces y volviendo a sumergirse entre las olas, constituye uno de los espectáculos inolvidables del mar. Y luego está el extraño grito del alcatraz, que suena exactamente igual que el graznido de un cuervo y por ello uno lo asocia más con la soledad de los páramos tapizados de brezos que con las vastas y onduladas extensiones oceánicas. *Craaa... craaa*, graznan.

Los alcatraces vuelan distancias enormes, pero la mayoría de las noches regresan a sus nidos para dormir. Los fulmares poseen una resistencia mayor. Son pelágicos, lo que significa que viven casi exclusivamente en el mar. Pueden pasarse meses, y hasta años, sin tocar tierra; de hecho, el único momento en que lo hacen es cuando ponen los huevos y crían sus polluelos. La hembra del fulmar no pone sus primeros huevos hasta que tiene ocho años, por lo que, una vez que el pollo abandona el nido, se pasa los siguientes ocho años de su vida en el mar. Es difícil imaginar cómo este animal tan sociable es capaz de pasar tanto tiempo sin posarse en lugar alguno, aparte de las olas, para descansar y calentarse.

—Si estuviéramos navegando por el hemisferio sur —me dijo Tom una mañana—, verías albatros, y la mera visión de un albatros te desgarraría el corazón. Son extraordinariamente grandes y elegantes, sobrevuelan todos los océanos del mundo y viven en una soledad terrible, absoluta, como si en efecto pesase sobre ellos una maldición, al igual que en el poema.

Desgraciadamente, los albatros raras veces cruzan la línea del ecuador, de modo que no avistamos ninguno, y mucho me temo que debido a ello se ha apoderado de mi alma cierto desasosiego, que ocupa ese lugar especial donde guardamos las ambiciones frustradas.

Junto con la observación de las aves y los estudios con el sextante, Tom y casi todos los miembros de la tripulación sentían una gran pasión por las sagas de Vinlandia, los antiguos relatos islándicos sobre el descubrimiento de esas tierras por Leif Eiriksson, quien alrededor del año 1000 partió de Islandia en dirección a Groenlandia, pero fue empujado por las tormentas mucho más hacia el suroeste. Como consecuencia de ello, Leif fue el primer europeo que llegó al continente americano, tierra a la que llamó Vinlandia. La saga de su viaje narra con lujo de detalles las viles hazañas del poco recomendable Ragnar «Calzones Peludos» —y conste que no me estoy inventando los nombres—, del odioso Eric «Hacha Sangrienta» o «el Sanguinario», y de la suegra de nuestro héroe Leif, la temible señora Thorbjorg «Pecho de Barco».

En cuanto a mí, nunca me ha acabado de entusiasmar la crudeza de las sagas vikingas. En lugar de ello me enfrasqué en la lectura de un volumen de versos disparatados de Edward Lear que encontré en la biblioteca del barco. Empecé con «El Dong de la nariz luminosa», que un día, durante mi guardia, me aprendí de memoria con la intención de entretener a Hannah. Pero resultó que fue el poema «Los Jumblies» el que verdaderamente entusiasmó a todos los que íbamos en el barco, con su estribillo:

*Pocas son, pocas son, y lejanas
las tierras donde viven los Jumblies;
verdes sus cabezas y azules sus manos son,
y a la mar se hicieron en un colador.*

Como el *Hirta* era un viejo barco de madera, tenía tendencia a hacer agua cuando había mar revuelto, por lo que a nadie escapaba lo apropiado de estos versos. De hecho, no pasó mucho tiempo antes de que la mayoría de los tripulantes pudieran soltar de un tirón fragmentos del poema adecuados para cada ocasión y recitar el estribillo. Y la verdad es que de esta manera el tiempo pasó volando... hasta que al cabo de cinco días entramos en aguas de Noruega.

De acuerdo con Tom, aquello era una «buena velocidad de crucero». Nuestra media había sido de cinco nudos aproximadamente, que es más o

menos la velocidad a la que metes el coche en el garaje marcha atrás, o vas en bicicleta cuesta arriba. Pues bien, el lector bien podría reflexionar sobre esto y concluir que un viaje así representa una pérdida de tiempo, y a primera vista quizá estuviese en lo cierto. También es una forma cara de viajar; durante los cinco días pasados en el mar debimos de consumir una cantidad suficiente de *whisky*, chocolatinas, té, latas de comida y gasoil como para costearnos unos billetes de avión. Además, pasamos la mayor parte del tiempo mojados y ateridos... y durante las primeras veinticuatro horas casi todos habíamos sufrido un mareo terrible.

Sin duda es una locura. Sin embargo, recuerdo haber leído en *Viento, arena y estrellas*, de Antoine de Saint-Exupéry, que en una ocasión éste le había dicho a un camellero beduino que en su aparato volador podía hacer en dos horas el mismo viaje que a una caravana de camellos le llevaría diez días. El beduino, pensativo, se rascó su nariz aguileña, miró intensamente al aviador a los ojos y le preguntó en voz baja: «¿Y por qué iba a querer alguien hacer algo así?».

En eso estoy totalmente de acuerdo con el beduino, y elegiría con los ojos cerrados explorar la belleza que ofrece el mundo. Conozco personas que nunca han dormido bajo las estrellas. De hecho, es probable que haya gente que jamás ha subido a una montaña ni nadado en un río o un lago. Ya es tiempo de que lo hagan.

Por fin vimos, hacia el norte, una delgada línea gris apenas un poco más nítida que el horizonte. A medida que transcurrían las horas y la brisa nos empujaba, poco a poco la línea se fue aclarando hasta convertirse en los escarpados acantilados y boscosas islas de la costa occidental de Noruega. Sólo llevábamos cinco días en el mar, y aun así teníamos unos tremendos deseos de pisar tierra firme. Hay quien dice que navegar es como dar cabezazos contra una pared: sólo es bueno cuando dejas de hacerlo. Y no se puede negar que uno de los mayores placeres que reporta es llegar a una tranquila bahía o a un puerto al final de una travesía oceánica, para caminar por los bosques, subir a un monte o ir a un bar o una panadería.

A medida que dejamos atrás las islas exteriores y penetramos en el archipiélago, más resguardado, la calma del mar fue en aumento y el *Hirta* continuó su avance sin que se lo dificultara la fuerza de las olas del mar abierto. Permanecimos en cubierta sin hacer nada, embelesados con la belleza del lugar: los verdes vallecitos, los acantilados, las cascadas y las enormes cadenas de montañas que se reflejaban en las profundas y tranquilas aguas. Sin embargo, al parecer la serenidad del lugar era bastante engañosa. De acuerdo con Tom, había unos vientos que podían bajar de repente de las montañas y hacer volcar en un instante un barco como el nuestro. «Katabáticos», dijo que se llamaban, y a veces se abalanzaban sobre ti desde un paisaje tranquilo y silencioso como un animal salvaje que saliese de su escondite. Y también podían soplar con violencia en la dirección contraria (a éstos se los llamaba «anabáticos»), tumbando barcos como si fueran bolos mientras ascendían a toda prisa por la montaña procedentes del mar.

Meditamos en silencio acerca de aquello. Por fortuna, ese día ninguno de los vientos mencionados hizo acto de presencia, y seguimos avanzando sin incidentes entre el desconcertante laberinto de islas y fiordos que ocultan la entrada a la ciudad portuaria de Bergen. Una vez allí, hicimos lo que suelen hacer los marineros, es decir, fuimos a un bar a beber cerveza, sintiendo aún el viento en el rostro y con el cuerpo tambaleante por el recuerdo de las olas. Por entonces Noruega era un país ruinosamente caro, y la cerveza se encontraba muy por encima de nuestras modestas posibilidades, pero de todas formas teníamos que probarla. Nos sentíamos especiales, del modo en que uno se siente especial cuando llega a un puerto o baja de una montaña; nos hallábamos en un plano ligeramente distinto del de quienes nos rodeaban.

No tardamos en soltar amarras y poner rumbo al sur, hasta que, tras un día navegando sin dificultades por las tranquilas aguas de los fiordos, echamos anclas en la bahía de Norheimsund, una pequeña localidad situada en el fiordo de Hardangerfjord. Era la época de la floración de los manzanos y, como había dicho Tom, sencillamente no hay nada como el Hardangerfjord en la época de la floración de los manzanos. El fiordo propiamente dicho es un lugar de una belleza impresionante, con sus

extensiones de agua tranquila y profunda que se adentran más de cien kilómetros en tierra, entre unos valles idílicos bordeados de montañas coronadas de nieve. A principios de verano este efecto resulta realzado por las resplandecientes nubes de flores, de un blanco purísimo, de los manzanares, que semejan brillantes manchas de nieve que hubieran quedado en los templados valles verdes, y por la espesa alfombra de flores silvestres que cubre los prados. Aquel paisaje hacía que te preguntases por qué iba a querer nadie marcharse de semejante lugar, y menos aún para seguir la terrible ruta por mar que conducía hasta Vinlandia.

No teníamos ninguna prisa por abandonar los fiordos, ya que esperábamos a que se derritieran los bancos de hielo del final del verano. Así pues, impulsados por suaves brisas, fuimos deambulando de puerto en puerto y de fiordo en fiordo, maravillándonos de la belleza de cuanto veíamos. Como en Noruega todo era demasiado caro para nuestro presupuesto, comíamos abadejo, pez muy abundante en los fiordos. Siempre llevábamos un sedal sujeto a la popa del barco, y vivíamos de estofado de abadejo y abadejo al *curry* y abadejo frito y asado y hervido. Para acompañarlo, bebíamos *whisky* de nuestras provisiones, pues no podíamos permitirnos el lujo de comprar cerveza. Abadejo con *whisky*... bueno, podía ser peor.

Entonces, una noche, mientras permanecíamos fondeados en el muelle de pescadores de algún pueblo de las islas más remotas azotado por el viento, unos borrachos que habían olido el *whisky* —por el que los noruegos sienten debilidad, no sólo como consecuencia de los largos inviernos nórdicos, sino por una propensión general escandinava a la bebida, sin duda heredada de sus antepasados vikingos— abordaron el barco. El primer indicio de su presencia fue la aparición de una caja de cerveza por la claraboya, que a continuación fue bajada y depositada con el mayor cuidado sobre la mesa del salón. Ante semejante despliegue de buenas intenciones, tuvimos que invitarlos a unirse a nosotros, tras lo cual procedieron a reducir de modo ruinoso nuestras provisiones de *whisky* al tiempo que nos obsequiaban con incomprensibles historias en noruego. Finalmente, Tord, el cabecilla, se fue dando traspiés hasta la cocina para ver qué se estaba guisando.

—¿Qué cosa esto? —preguntó con expresión de asco mientras metía un dedo en la cazuela.

—Esto —dijo Ros, a la defensiva— es lo que vamos a cenar. Abadejo.

—¡Joder! —barbotó Tord con una expresión de horror en su enorme rostro enrojecido por la cerveza—. ¿Abadejo? No nadie come abadejo. Yo digo tú que ni gatos come abadejo. ¿Por qué vosotros come?

—Pues porque nos sale gratis —repuso Ros—. Hay abadejos de sobra en los fiordos.

Un poco más calmado al reparar en nuestra espantosa dieta, Tord tomó asiento, bebió un largo trago de *whisky* y acto seguido anunció:

—Yo trae cosa buena para comer. Yo trabaja industria carniquería.

Y al cabo de un par de horas —después de una de esas reuniones que en general desearías que no hubieran comenzado nunca—, por fin Tord y sus compinches abandonaron a gatas el barco mientras nosotros nos desplomábamos ebrios en nuestras literas.

A la mañana siguiente, cuando lo único a lo que aspirábamos era a seguir durmiendo, oímos que alguien tropezaba y un ruido sordo, seguidos de un febril arrastrar de pies y un juramento en voz baja. Era Tord, que regresaba tal como había prometido. La claraboya se oscureció (en esas latitudes tan boreales, en junio amanece a eso de las dos de la mañana) y por ella asomó el familiar rostro de borrachín riendo a carcajadas. Un pesado trozo de carne inidentificable cayó con estrépito sobre la mesa del salón... y después otro... y otro... y finalmente otro más.

—Jo... con éste no tene que comer más abadejos. Abre puerta; necesito más beber...

Sopesamos la conveniencia de hacer lo que nos pedía. No había ni un solo miembro de la tripulación dispuesto a continuar la sesión de bebida con nuestro benefactor... pero, por otro lado, cuatro enormes piernas de cordero ahumadas se amontonaban sobre la mesa. Aquello era auténtica comida vikinga: habían sido ovejas grandes, y sus patas nos durarían toda la travesía hasta Vinlandia, lo que significaba que no tendríamos necesidad de pescar más abadejos. Echar un par de tragos con Tord era, evidentemente, una obligación moral. Tom quitó la tabla suelta del suelo, sacó otro par de botellas de *whisky*... y vuelta a empezar. Resultó, a la luz de la

esclarecedora conversación que siguió, que Tord había birlado la carne de la planta de procesamiento donde trabajaba. Nos dijo que, en cualquier caso, no importaba mucho, porque acababan de ponerlo de patitas en la calle... curiosamente, por embriaguez y hurto.

Aquel cordero ahumado, cortado con una navaja en finas lonchas, era la cosa más deliciosa que uno pueda imaginar. Tord había elevado de golpe el lamentable nivel gastronómico de nuestro viaje, convirtiéndolo casi en una experiencia para *gourmets*.

Por alguna razón que ahora no recuerdo, las cuatro piernas de cordero fueron colgadas en el jardín, que, como sabrán los lectores más marineros, es como se denomina a los aseos del barco. En nuestro caso, consistía en un diminuto compartimiento curvo con un pequeño inodoro de porcelana adornado con una desconcertante colección de palancas y émbolos. En la pared, ahora desgraciadamente tapada por las piernas de cordero, estaban las instrucciones que explicaban el orden en que había que manipular aquellos chismes y cómo, y hasta cierto punto por qué, había que hacerlo.

Al cabo de poquísimo tiempo, mayo había dado paso a junio, y julio estaba ya a la vuelta de la esquina. Sin duda ya había llegado el momento de cortar las ataduras que nos unían a los diminutos y hospitalarios pueblecitos portuarios donde habíamos fondeado, para abandonarnos de nuevo a merced del mar abierto. Sin embargo, a pesar de que todos afirmábamos que la impaciencia por partir nos consumía, había una sensación generalizada y casi palpable de renuencia a separarnos de nuestros nuevos amigos —familias enteras que nos habían acogido en sus hogares— para entregarnos sin más al Atlántico Norte. Así pues, nos entretuvimos unos días haciendo escala en una de las islas más remotas, en teoría para efectuar una pequeña reparación, aunque en realidad sólo pretendíamos hacer acopio de la última dosis del consuelo que nos ofrecía la calidez de la tierra firme, antes de someternos de nuevo al horroroso frío glacial y los peligros que todos sabíamos que nos esperaban. La isla era demasiado pequeña para que en ella hubiera coches. Tenía un puerto de pueblecito de juguete y un grupo de casitas de madera de colores

conectadas entre sí por unos caminos de grava bien cuidados. Alrededor de una docena de ovejas empapadas nos miraron sin interés, y el cartero, que iba con su carrito y la cabeza gacha para protegerse del viento y la lluvia, nos ignoró olímpicamente. Aquello no parecía del todo real.

Al dejar ese último pedacito de tierra, escuchamos con tristeza el parte meteorológico: «West Viking, Faroes, Southeast Iceland, viento del oeste fuerza siete, en aumento hasta ocho y ocasionalmente nueve, lluvia torrencial...».

—Directamente de proa —refunfuñó Tom—. Menuda suerte tenemos; en esta época del año los vientos preponderantes deberían soplar del este. Va a ser duro salir con ese viento en contra... pero creo que ya ha llegado la hora de que nos marchemos.

Y de esta manera dejamos el abrigo de los fiordos y pusimos rumbo al oeste adentrándonos en las impenetrables inmensidades del Atlántico Norte. Ni Mike ni yo habíamos navegado nunca por un auténtico océano. El canal de la Mancha y el mar del Norte, a pesar de su bravuconería y su furia, eran un estanque de patos en comparación con la vastedad del océano que nos disponíamos a cruzar. Tal vez en reconocimiento a esto, me desplomé sobre el barandal y vomité copiosamente a sotavento en las aguas grises; cerca de mí, Mike hacía lo mismo.

John subió de la cocina con unas tazas de té caliente y, al vernos, las dejó en el primer sitio que encontró y se precipitó hacia el último trozo de barandal que quedaba libre. Vomitar es como bostezar: ves a otra persona haciéndolo y de inmediato te entran ganas. Tom, adoptando una pose de marino, y Patrick, de pie ante el timón, se miraron con una sonrisa cómplice mientras se bebían el té y daban cuenta de nuestra ración de galletas de chocolate. Cada persona es diferente: Patrick jamás se había mareado; Tom era en gran medida como el resto de nosotros y era propenso a marearse durante las primeras veinticuatro horas en el mar, pero, con muy buen criterio, había tomado unas pastillas para remediarlo.

Vomitar no suele ser agradable, pero si te encuentras en la primera etapa de un viaje oceánico preguntándote, además, qué estás haciendo ahí, todo resulta aún más horroroso. Y ya era bastante terrible lo mirases por donde lo miraras. Con la vela mayor izada y bien tensada, avanzábamos a motor,

pues soplaba poco viento y, además, en contra. El mar estaba totalmente gris y unas molestas cabrillas, provocadas por los fuertes vientos del oeste, cruzaban las aguas hacia nosotros. De ahí que vomitáramos: el movimiento del barco era horrible. Detrás, nuestra estela de agua lisa y sin burbujas se prolongaba a lo largo de más de un kilómetro, salpicada de montoncitos de vómito que se disipaban con rapidez. Abatido, pensé que los abadejos seguramente los encontrarían apetecibles.

No es mucho lo que puedes hacer contra el mareo, excepto esperar a que remita, pues sabes que pronto lo hará. En mi caso, las pastillas y las pulseras para combatirlo se limitan a bloquear el reflejo que provoca el vómito y hacen que el dolor sea más sordo. Pero, por fortuna, al cabo de unas horas lo peor ya ha pasado y recuperas un poco de energía y optimismo, que vuelven a invadirte como si fueran agradables ráfagas de aire fresco. Las tareas se convierten en algo factible, en lugar de suponer esfuerzos titánicos, y los pequeños placeres adquieren una dulzura especial: el calor del primer sorbo de té antes de que el viento y la espuma de las olas lo conviertan inmediatamente en hielo; el delicioso sabor de la fina capa de chocolate en una galleta; el ardiente regusto a turba y el calorcillo interno que te produce un trago de *whisky*; el sonido reconfortante de *Sailing By* y el parte marítimo; la calidez de la voz de Ros leyéndole un cuento a Hannah, bajo cubierta, y los absorbentes relatos de la propia Hannah de los emocionantes sucesos del día.

Cayó la noche... o, más bien, no cayó, pues era verano y nos acercábamos al círculo polar ártico. Sólo se produjo durante un par de horas una intensificación de los distintos grises de que parecía estar compuesto nuestro mundo. No había estrellas por las que guiarnos, de modo que me vi obligado a correr constantemente de acá para allá entre la bitácora y el timón, mientras Patrick se entretenía abajo con unas cartas de navegación. Hacía demasiado frío para quedarse sentado en cubierta durante las cuatro horas de la guardia, así que nos turnábamos para ir a calentarnos junto a la pequeña y panzuda estufa que caldeaba el salón. Ya no llovía, y el viento había rolado un poco al norte, lo que significaba que podíamos navegar más o menos con el rumbo que necesitábamos para llegar a Islandia.

El *Hirta*, bastante escorado, surcaba suavemente las olas; el mar picado se había calmado al caer la noche, con lo que el movimiento del barco resultaba mucho menos desagradable. Ya recuperado del mareo, estaba disfrutando de la resistencia del timón de madera mientras escudriñaba la penumbra del crepúsculo, pensando en lo bonita que sería la tierra cuando llegásemos a ella. Reikiavik... No sabía nada de esa ciudad y jamás había esperado visitarla. De hecho, la propia Islandia me sonaba a algo mágico. Pero la mera idea de navegar hasta el Nuevo Mundo eclipsaba por completo esta perspectiva. ¿Acaso hay algo que pueda superarlo en romanticismo? Nunca había estado en Terranova ni en Canadá, ni siquiera en Estados Unidos, y tampoco es que me hubiera sentido especialmente atraído por tales lugares. Aunque, en cierto modo, eso apenas importaba: lo importante era el viaje... sacar un billete y subirse a un avión estaba muy bien, pero surcar el peligroso océano, impulsado por los vientos como llevaba haciéndose desde hacía siglos... ésa sí que era una manera sensacional de ir a un sitio.

—¡Eh, Patrick! —grité, pues me sentía algo solo al timón y deseaba un poco de conversación instructiva—. ¿Qué haces ahí arriba?

Patrick se encontraba amarrado al mástil con su arnés de seguridad y se deslizaba de un lado a otro entre el balanceo y las sacudidas, realizando pequeñísimos ajustes al incomprensible despliegue de cabos que constituían el aparejo del *Hirta*.

—Estaré contigo dentro de un momento —repuso entrecortadamente, jadeando y resoplando mientras levantaba un amantillo muy pesado—. Ponlo un poco de proa al viento, anda... Mientras sujeto este grillete.

Tiré un poco del timón y el *Hirta*, proa al viento y con las velas flameando inútilmente, perdió velocidad.

—Vale, eso será suficiente... Arríbalo otra vez y a ver cómo va ahora...

Desplacé el timón hacia el lado contrario, el barco escoró al tomar de nuevo el viento y se precipitó hacia delante un poquitín más deprisa que antes. Patrick regresó tambaleándose a la bañera, se quitó el agua de la cara con la mano y se apretujó a mi lado.

—¿Tú crees que merece la pena, Pat, pasar tanto tiempo ahí arriba haciendo el gilipollas?

Mi compañero me miró con aire bonachón y sonrió.

—Bueno, por lo menos me entretiene... y en cierto modo me hace feliz. —Miró hacia arriba con los ojos entornados para observar las rojas velas hinchadas, que destacaban, oscuras, contra el cielo gris de la noche ártica—. Espera un momento... no, mira la vela de estay. ¿Ves cómo la parte de delante está floja? Pues eso es porque el foque está haciendo que el viento se desvíe y sople sobre ese punto, por lo que la vela de estay no puede empujarnos con tanta fuerza. Pero si amollo sólo un poquito este cabo de aquí... así... —Gruñó mientras soltaba un bucle de la cornamusa, junto a la bañera, lo largaba unos centímetros y luego volvía a hacerlo firme—. Ahora la vela de estay está henchida y tirante; así el barco funciona con un poquito más de eficacia.

—De acuerdo —dije—. Comprendo.

—Lo que pasa —prosiguió Patrick, muy satisfecho de poder revelar ese valioso y arcano dato náutico— es que, cuando navegas las veinticuatro horas del día los siete días de la semana, sólo un pelín más de eficacia puede influir de forma considerable en la duración del viaje. Cuando vamos a toda velocidad hacemos unos siete nudos, con lo que, aunque sólo aumentes un cuarto de nudo, ya estás ganando bastante. También es una cuestión de orgullo, claro: quieres que tu barco navegue lo mejor posible. Y, lo que es más importante, quieres que todos los demás vean que estás haciendo las cosas bien.

Dirigí la mirada hacia la pálida y fría luz que nos rodeaba; no detecté el menor asomo de movimiento que delatara la presencia de alguna otra embarcación.

—Ahí no, eso es más que evidente —continuó Patrick—, aunque, cuando suba Tom, lo primero que hará será mirar las velas y, si no están tirando como deben, pensará que no somos más que una panda de granjeros... si me perdonas la expresión. —Sonrió mientras me daba una palmada juguetona en la espalda—. Venga, déjame el timón un momento, a ver si puedo mantener un rumbo más o menos recto.

Bajé la escalera de cámara y penetré en el calor de la cocina, donde puse a hervir agua para el té y unté unas cuantas galletas con mermelada de naranja. El consuelo que puede ofrecer esta extraña combinación de

materias primas apenas está documentado, pero lo cierto es que contribuían de forma importante a la sencilla felicidad que sentíamos Patrick y yo comiendo y bebiendo mientras el *Hirta*, con las velas henchidas y tirantes, surcaba las imponentes olas hacia el lejano Nuevo Mundo que nos esperaba al oeste. Abajo, los demás estaban sumidos en un plácido sueño, mientras Patrick y yo, hablando en voz baja a pesar del fragor y el rugido de las olas y el viento, intercambiábamos opiniones sobre temas como la guerra, las mujeres y la manera de tener una vida gratificante.

Hicimos escala en Islandia, porque no todos los días se encuentra uno en esas latitudes tan boreales y teníamos muchas ganas de visitar la isla. Aparte de eso, Tom quería consultar a los expertos sobre el estado del banco de hielo de Groenlandia, para saber si podíamos arriesgarnos a acercarnos, y el centro de control del hielo estaba en Reikiavik.

En aquellos tiempos en Reikiavik no había puerto deportivo para yates, así que amarramos en el muelle de pescadores, el cual, como era de esperar, apestaba a pescado con un intenso tufo a gasoil. Pero, a decir verdad, nosotros tampoco olíamos demasiado bien, y nos contentamos con tener un sitio donde fondear después de un par de semanas de travesía desde Bergen. Lo que todos necesitábamos era una copa... y un baño.

Pues bien, la primera de estas dos cosas era la más difícil de conseguir, ya que, aunque Islandia se independizó de Dinamarca en 1944, las draconianas leyes sobre consumo de alcohol impuestas por el poder colonial parecían seguir en vigor. El único lugar donde se podía comprar una botella, incluso del más suave de los licores, dependía del monopolio estatal de la bebida —no recuerdo el término islandés—, y este poco atrayente establecimiento sólo abría a unas horas en que la gente trabajadora normal no tenía ninguna posibilidad de ir. En las raras ocasiones en que estaba abierto, había larguísimas colas de islandeses que, de pie en el helador frío de la calle, avanzaban poco a poco moviendo nerviosamente los pies con semblante avergonzado. Cuando por fin llegabas al mostrador, tu identificación era inspeccionada por la clase de dependiente impassible y con cara de palo que cabría esperar encontrar dirigiendo el cotarro en una

funeraria. El sencillo placer de salir a comprar una botella de buen vino para compartir con un ser querido o unos amigos simplemente no existía. Con razón a aquella gente no le quedaba más remedio que destilar su propia bebida en casa.

Las leyes se relajaban un poco si ibas a comer algo, por lo que acabamos en una pizzería que, además, resultó buenísima. La especialidad de la casa, y el plato que ha hecho que ese lugar sea tan memorable para mí, era la *pizza* de caballo... es decir, una *pizza* que, junto con los ingredientes más tradicionales de tomate, *mozzarella* y orégano, contenía carne de caballo. Esta carne puede resultar un tanto fibrosa, pero es muy apreciada por los islandeses, que son unas personas de lo más pragmáticas.

Por lo que respecta a la higiene personal, las cosas habían cambiado bastante desde la época de Ragnar «Calzones Peludos», porque hasta la lectura más superficial de las sagas indica que la meticulosidad en lo que atañe a la limpieza no era un asunto prioritario para los vikingos. En nuestro caso la situación fue tolerable mientras nos mantuvimos dentro de cierto radio del muelle de pescadores, pero a medida que nos fuimos alejando nos dimos cuenta con horror del insoportable miasma que despedíamos. En la pizzería de carne de caballo, por ejemplo, no pudimos evitar percibir cierto asomo de desdén entre los demás clientes.

La razón de nuestro vergonzoso estado (y aquí no incluyo a Ros ni a Hannah, mucho más saludables y exigentes con la limpieza) era sencillamente que en el mar hacía demasiado frío para lavarse. El único hombre entre nosotros con valor suficiente para desnudarse y lavarse con un cubo en cubierta era Patrick... y eso debido a que había pasado años en el ejército y era duro como el acero. Los demás habíamos dejado que las cosas degeneraran en cierto modo y, a consecuencia de ello, estábamos cubiertos por una capa de mugre y sudor atrapada bajo las prendas de lana mojada, los calcetines sucios y una ropa interior que más valía no mencionar.

Sólo unas horas después de desembarcar, Ros ya había conseguido encontrar los baños públicos, por lo que nos dirigimos hacia allá en tropel, provistos de lociones, ungüentos y cachivaches varios, como trapos abrasivos, cepillos de fregar, piedras pómez y esponjas. Los baños públicos de Reikiavik resultaron un tanto especiales: un gran lago de agua calentada

por energía geotérmica del que se elevaban grandes nubes de vapor. Había una gigantesca pared de cristal bajo la cual podías bucear y salir a la fría atmósfera del exterior entre multitudes de islandeses que se divertían alegremente en las aguas humeantes. A cualquier hora que fueses, parecía como si la mitad de la población de la ciudad se hubiera dado cita allí.

Pronto descubrimos que en Reikiavik no existía mejor diversión que ir a los baños. Mantenerse limpio parecía una obsesión nacional, por lo que también nosotros nos regodeamos en la limpieza: nos lavábamos hasta quedar como querubines y salíamos de allí con la piel rosada y reluciente. En ocasiones íbamos hasta tres veces al día, tal vez con el convencimiento, claramente erróneo, de que cuanto más limpios quedásemos más nos duraría la limpieza en la siguiente etapa del viaje.

Todo indicaba que íbamos a quedarnos en Islandia por lo menos una semana: cualquier cosa con tal de retrasar la terrible inevitabilidad de nuestra siguiente etapa en el mar. Así pues, decidí marcharme para ver un poco de la isla. Metí en mi saco de dormir bacalao seco, pan y chocolate y, por supuesto, un trozo del omnipresente cordero, me lo eché al hombro y enfilé la carretera que sale de Reikiavik hacia el norte. No sabía adónde iba —ni siquiera disponía de un mapa de Islandia—, pero por entonces era joven y confiaba plenamente en que una carretera u otra acabaría conduciéndome de regreso a mis amigos y el barco.

Islandia parecía un sitio en cierto modo elemental, calentado por fuego y vapor aunque incesantemente azotado por vientos furiosos, un territorio que había quedado más o menos igual a como eran las cosas antes de que los peces salieran del mar y comenzasen su larga evolución hasta convertirse en personas.

Vi géiseres, unas charcas de fango hediondo y sulfuroso que hervía y barboteaba de forma siniestra, que de repente eyaculaban hacia el cielo un penacho de agua caliente y fétida. «Las cosas no pueden ser más elementales que esto», pensé. Después descubrí que había llegado a Gullfoss, una cascada absolutamente colosal que llenaba de nubes y un ruido atronador el paraje oscuro y sin árboles que la rodeaba.

Lo más maravilloso, sin embargo, fue Thingvellir, el emplazamiento del Althing, el primer parlamento escandinavo. Reinaban allí una profunda

tranquilidad y un misterio como no he conocido en ningún otro lugar. Era un paisaje curioso, situado entre una línea de falla pedregosa y un lago poco profundo; por todas partes había charcas de agua clara y tranquila, y reinaba un silencio absoluto. El único edificio era una pequeña iglesia blanca de madera que se alzaba junto al lago, y el único sonido, el grito evocador e inquietante del charrán ártico, al que de vez en cuando veías cernirse sobre las charcas como una delicada golondrina blanca. Permanecí sentado varias horas mientras poco a poco iba anocheciendo, completamente hechizado por la extrañeza del lugar.

Más tarde, de regreso a Reikiavik en autoestop, la carretera rodeaba la orilla de un fiordo. Unos campos verdes y empinados llegaban hasta el borde del furioso mar azotado por el viento.

—Ésa es la casa de mi tío —dijo Gudrun, mi conductora, una mujer joven y gruesa con unos ojos verdes muy separados y desgreñada cabellera rubia—. Hace años que intenta instalar una granja de pollos de corral, pero el viento siempre se le lleva los pollos monte abajo hasta el fiordo.

—No me extraña —dije, recordando los curiosos andares desgastados de los pocos pollos que había visto desafiar los elementos—. Ha habido veces, en la carretera, en que tampoco podía mantenerme de pie a causa del viento; para una gallina debe de ser terrible. ¿Y cómo soluciona el problema tu tío?

—Les ata una piedra a la pata —respondió—. Una piedra suficientemente grande para que el viento no se lleve al pollo, pero al mismo tiempo lo bastante pequeña para que pueda caminar arrastrándola. Mira, allí hay uno.

Me volví hacia donde señalaba y me quedé mirando hipnotizado una hermosa gallina pinta que arrastraba laboriosamente por la hierba una piedra monte arriba; de vez en cuando el viento la levantaba en volandas para después dejarla caer nuevamente. Pronto aparecieron otras dos renqueando detrás de ella. «A decir verdad, los islandeses son gentes de recursos», pensé. Son ingeniosos, tenaces y dominan el arte del pensamiento tangencial.

Ya cerca de Reikiavik, mientras esperaba a que me recogiera otro coche, me alcanzó una tormenta de polvo. El mundo desapareció en un remolino de bruma marrón, del que surgí cubierto de pies a cabeza de un polvo

volcánico finísimo. Eso me dio una excusa para ir a regodearme un poco más en la piscina pública antes de regresar al barco, donde Ros nos había preparado un estofado de carne de caballo y me dieron la noticia de que a la mañana siguiente nos haríamos a la mar.

Estábamos a punto de emprender la última etapa, que también era la más larga y, con mucho, la más peligrosa del viaje.

Perdidos en el mar

No mucho después de partir de Islandia, el viento se calmó por completo y el mar se convirtió en una larga sucesión de ondas de superficie cristalina, el equivalente oceánico a unas ondulantes praderas. Pusimos en marcha el motor y avanzamos a un ritmo constante, mientras la ligera y fría brisa producida por el movimiento del barco competía con uno de los raros momentos de sol. Fue uno de esos interludios en que todos los hombres nos encontrábamos en cubierta: Patrick y Tom comprobando sus sextantes, y John encargándose de la bañera, mientras Mike y yo holgazaneábamos unos momentos absorbiendo los tenues rayos del sol.

En realidad, aquello no era exactamente tomar el sol; habría sido una locura quitarse la ropa resistente al viento y la lluvia, los guantes y el gorro de lana, pero hasta el sol más pálido que asoma débilmente por un encapotado cielo ártico puede proporcionar cierto calor al cuerpo y al espíritu. El ambiente del barco había cambiado de modo perceptible, y parecía haberse propagado una euforia que nos invadía a todos. Se oían canciones, fragmentos de poemas y los chistes más estúpidos.

Hannah apareció en cubierta vestida con varias capas de gruesas prendas de lana rematadas por el impermeable y las botas de agua rojas. Sujetaba con firmeza a *Rowena*, a la que colocó cuidadosamente en el interior de un rollo de cuerda junto a la puerta del camarote mientras le preparaba una nueva cama. Por detrás de ella apareció Ros con una bandeja de té y unas galletas de avena que entre las dos acababan de sacar del horno. Se sentó con nosotros en el borde de la bañera para disfrutar de uno de los raros momentos de descanso mientras dábamos buena cuenta de las galletas. No obstante, durante todo el tiempo no dejaba de mirar con un ojo a Hannah y con el otro el mar que nos rodeaba, escudriñándolo en busca de

cualquier signo del cambio que todos sabíamos que se aproximaba. Porque en el Atlántico Norte las calmas no duran mucho y, aunque flotaba en el ambiente una sensación de relajación y tranquilidad, también se percibía otra sensación, si no enteramente de temor, sí al menos de expectación.

Seguimos navegando hacia el oeste por un océano que brillaba como un espejo, avanzando entre las altas olas del mar de fondo. Tiritábamos de frío y, en busca de un poco de calor, volvíamos la cara para que no nos diera el viento de proa y nos llevábamos las manos enguantadas a los sobacos; cuando uno está en un barco nunca debe meterse las manos en los bolsillos, pues no sabe cuándo va a necesitarlas para una emergencia.

La suave brisa empezaba a arreciar y dibujaba manchas oscuras en la lisa superficie marina, pero, como era de esperar, seguía soplando casi por completo de frente. Ello hacía que el viento de proa fuera más fuerte y, por consiguiente, más frío. Ros cogió a Hannah, que ya estaba tiritando, y se fue para abajo, seguida de todos los demás, de forma que me quedé a solas al timón. Cerraron las puertas de la escalera de cámara para conservar el calor y no dejaron más que un pequeño hueco en la parte superior, a través del cual yo casi podía distinguir la brújula. Estaba siguiendo un rumbo supuestamente de 285 grados, oeste cuarta al noroeste.

Se sirvió la cena: comer durante un período de calma es una buena idea. Yo disfrutaba de la sensación de encontrarme solo en cubierta escuchando el entrecrocar de platos y el agradable ruido que produce un grupo de personas cuando comen juntas, charlando y riendo. Aún más agradable era estar al timón, solo y de noche, mientras los demás, a excepción de Patrick, que se entretenía con sus indescifrables tareas con los cabos y las velas, dormían profundamente. Ello siempre me proporcionaba una maravillosa sensación de responsabilidad, de estar conduciendo a mis amigos sanos y salvos a través de la noche.

Patrick me relevó cuando acabó de comer, y bajé al calor del camarote. Cuando me desprendí del pesado abrigo de lona —excedente del ejército sueco, que sin duda había de protegerme en los peores temporales— y me senté para satisfacer mi tremendo apetito, la cara me ardía. El frío constante da mucha hambre.

Cuando volví a cubierta, tras un gran esfuerzo para abandonar la cálida atmósfera de la cocina y los placeres de la conversación de sobremesa, la levísima brisa de antes se había convertido en un viento helado.

—Anda, Chris, ahora toma tú el timón —me indicó Patrick mientras me ponía unas gruesas manoplas sobre unos delgados guantes de lana—. Voy delante para reglar las velas. He tenido que abatir un poco; a ver si puedes conseguir doscientos setenta y cinco y hacer que las velas no dejen de portar.

Tomé el timón de buena gana y me quedé a horcajadas delante de él mientras me aferraba a sus radios, a mis espaldas. La sensación de estar ahí con las rodillas flexionadas mientras nos adentrábamos en la grisácea penumbra de la noche ártica resultaba agradable. Sin embargo, hacia el oeste ya estaba formándose un ominoso banco de nubes oscuras y, para cuando Patrick regresó a la bañera, el viento ya arreciaba, trayendo consigo una aguanieve despiadada, al tiempo que picaba de forma siniestra la superficie de las olas. Al parecer íbamos a tener tormenta, y muy pronto.

Al cazar Patrick las velas, el *Hirta* escoró fuertemente, poniendo fin a nuestra agradable tarde de calma. Entonces mi compañero se inclinó para apagar el motor, y de nuevo se impusieron los ruidos del mar y el viejo barco: el golpetazo y el siseo de la proa al penetrar en cada ola, el crujido y el tirón de la botavara, el silbido del viento, cada vez más fuerte, entre los obenques, sonidos todos ellos que quedan grabados para siempre en tu alma. Para las once ya estábamos siendo sacudidos por una incesante procesión de olas terribles y, mientras el *Hirta* se abría paso a través del mar implacable, el silbido del viento casi se había convertido en aullido.

—¡Así me gusta! —gritó Patrick, quitándose las gotitas de agua que le herían los ojos—. Ahora sí que estamos avanzando de verdad.

Aunque no las tenía todas conmigo, le dirigí una sonrisa de complicidad mientras, con los dientes castañeteando, me protegía de la embestida al abrigo de la puerta del camarote. A mí me parecía que el *Hirta* estaba recibiendo una buena tunda, pero no puedo negar que el hecho de meterse a todo trapo en lo peor de una tormenta, tal como estábamos haciendo, resultaba bastante emocionante y, si Patrick opinaba que todo estaba en regla, pues así debía de ser.

No obstante, al cabo de media hora, cuando quedamos completamente envueltos en la oscura penumbra de la noche ártica, las cosas empezaron a adquirir un tinte amenazador. El viento se había convertido en un terrible huracán que aullaba en las jarcias; éramos azotados constantemente por la espuma de las olas, que llegaba hasta la bañera, y la mayor parte del tiempo el barandal de sotavento se encontraba sumergido en un agua verdosa.

De repente se abrieron las puertas del camarote y apareció la cabeza de Tom, que miró en derredor con incredulidad.

—¿Qué cojones pasa aquí, pareja de imbéciles? ¿Qué demonios estáis tratando de hacer?, ¿ahogarnos a todos? —gritó por encima del rugido del agua y el viento.

—Todo está controlado —le aseguró Patrick—. El barco lo está aguantando bien.

—¡Qué controlado ni qué leches! Ahora mismo hay que tomar un par de rizos. ¡Todos a cubierta! —gritó Tom a los que estaban abajo—. Cabo de vida todo el mundo. Ros, ¿puedes ponerte al timón?

Ros había aparecido en la bañera y parecía habitar su espacio con una silenciosa autoridad de la que yo me apercibía por primera vez.

—Apróalo al viento y mantenlo lo más estable posible —le indicó Tom. Y, volviéndose hacia Patrick, añadió—: Tesa todo lo que puedas la vela de estay y el foque. John, arría la vela mayor lo más deprisa que puedas, ¡vamos! Chris y Mike, aferrad completamente el foque, y no os olvidéis de agarraros al tomador. Después, todos preparados para recoger la vela y atarla fuerte, con doble rizo.

Cuando el *Hirta* giró hasta quedar de proa al viento, se armó la de dios es cristo. Las velas del trinquete aleteaban con un ruido atronador, hasta que Patrick las aferró con firmeza. Cuando se está completamente de proa al viento, la proa coge las olas en diagonal, con lo que el barco se balancea, da bandazos y cabecea a la vez. Resulta imposible mantener el equilibrio debido a las olas, que arrojan toneladas de agua verde sobre la cubierta. Es algo horrible y verdaderamente aterrador. Tú sujetas la cuerda de seguridad a cualquier cosa sólida que encuentras, pero la mayor parte de las veces entorpece tu libertad de movimiento, por lo que decides correr el riesgo y soltarte. Y desde luego que es un riesgo. Si llegases a caer por el costado

del barco desaparecerías para siempre, sin que hubiese ninguna posibilidad de encontrarte en un mar así, y mucho menos de sacarte, y de todos modos morirías congelado en cuestión de minutos.

Tom seguía imperturbable, dando órdenes con absoluta serenidad mientras templaba la botavara en medio del barco sin perdersenos de vista a ninguno. También Ros parecía mantenerse decididamente tranquila mientras luchaba hábilmente con el timón, que no dejaba de dar sacudidas. Cuando la vela mayor, empapada, cayó con estrépito sobre la botavara, todos corrimos a recogerla y ponerle el primer rizo, para lo cual tuvimos que pasarle una serie infinita de cabos por debajo y atárselos todos. Con el balanceo enloquecido del barco, el frío glacial que nos entumecía los dedos, la dificultad para mantener el equilibrio en cubierta y un miedo escalofriante que te corroe las entrañas, no resulta una tarea fácil. Cuando finalmente logramos poner el primer rizo, John bajó la vela un poco más y empezamos a atar el segundo.

La tarea nos llevó una media hora, transcurrida la cual volvimos a levantar la vela, ahora muy rizada, y tensamos las relingas. Con las manos a modo de bocina, Tom gritó por encima del aullido del viento:

—¡Vale, Ros, ahora arríbalo y vamos a ver cómo navega de esta forma!

Ros hizo girar el timón hasta que las velas se llenaron de viento y el *Hirta* volvió a hincar una vez más la proa en las furiosas olas.

—Patrick —dijo Tom cuando regresamos al abrigo de la bañera—, ni se te ocurra volver a hacer una cosa así en mi barco, y menos con un solo miembro de mi familia o mi tripulación a bordo.

—Venga ya, Tom, no ha sido para tanto. Ambos sabemos que esta vieja embarcación se encuentra en perfectas condiciones para hacerlo. —Saltaba a la vista que Patrick estaba furioso, aunque en su voz se percibía un ligero tono avergonzado.

—Este barco tiene cien años, Patrick. Es sólido y está bien construido, pero todo tiene un límite, y tú lo has llevado hasta ese límite. No debería hacer falta que te lo dijera, pero yo soy el patrón y el responsable de conducirnos a todos sanos y salvos hasta tierra. ¡No puedo permitir que lleves el barco como si esto fuera una maniobra militar, carajo! —Tom estaba indignado, pero consiguió controlarse a duras penas, aunque su

comedimiento resultaba más intimidante de lo que habría sido un exabrupto.

—Tienes razón, Tom —dijo Patrick—. Lo siento, no volverá a pasar.

Como hacía rato que había comenzado la guardia de después de la medianoche, Patrick y yo nos escabullimos hasta nuestras literas con un ligero sentimiento de culpa para echarnos un sueño de un par de horas. Dormir, o por lo menos descansar, resulta obligatorio, ya que necesitas estar en condiciones para la guardia siguiente.

Así pues, tras dejar los pantalones de piel de topo y un montón de jerséis empapados a los pies de la cama y colgar el impermeable de un gancho, me fui adormilando mientras escuchaba temeroso la tormenta, que ganaba fuerza por momentos, metido en el saco de dormir con los calzoncillos largos y la camiseta. Para evitar salir despedidos de nuestras camas habíamos improvisado una barandilla de protección hecha con una tira de lona atada a unos ganchos por encima de la litera.

Mientras permanecía ahí, pensando con mala conciencia en Ana y en aquellas preocupaciones tuyas que yo había desechado a base de labia, advertí que John bajaba las escaleras y desaparecía por la puerta del salón para despertar a Tom. Un minuto más tarde, éste fue a reunirse con él junto a la mesa de cartas y oí que hablaban entre ellos.

—No podemos continuar así —dijo John—. El tiempo sigue empeorando. Como no nos demos un poco de prisa en poner el tercer rizo, corremos el riesgo de perder el mástil.

Yo ya estaba palpando bajo la almohada en busca de mis gafas cuando junto a mi litera asomó la desgreñada melena de Tom.

—Venga, mueve el culo y sube a cubierta, Chris. Ya es hora de poner un tercer rizo. ¡Vamos, rápido!

Luego se fue a despertar a Patrick mientras yo me levantaba, me ponía el impermeable y subía tambaleándome los oscilantes escalones de la escalera de cámara, para salir de golpe del calor de mi fétida litera al horror de un temporal con todas las de la ley en una noche ártica.

—Bueno —dijo Tom—, ya sabéis lo que hay que hacer, de modo que hacedlo. Yo me encargo del timón.

El tercer y último rizo resultó un poco más fácil que los otros, pues había menos vela de la que ocuparse y menos cabos que atar, aunque ello quedaba contrarrestado por el hecho de que la ferocidad del viento y el agua era todavía mayor. Medio dormidos, al principio nos movíamos despacio, como sonámbulos, pero cuando recibes en la cara la bofetada de un cubo de verdosa agua helada, espabilas y empiezas a moverte bien deprisa.

Media hora más tarde, Tom apartó el *Hirta* del viento de manera que pudiera avanzar contra las olas, para entonces enormes.

—¡Me parece que ya se ha convertido en un temporal de fuerza diez! —gritó por encima del estruendo—. ¡Patrick y Chris, id a descansar! ¡Mike, preparáanos té, y a ver si conseguimos abrirnos paso por este infierno!

Patrick y yo bajamos arrastrándonos hasta nuestras literas e intentamos recuperar lo poco que nos quedaba de nuestro tiempo de descanso, algo bastante difícil de lograr cuando uno teme que una muralla de agua gris irrumpa en el camarote y ahogue a todo el mundo como si se tratara de ratas en una madriguera, pero el agotamiento debió de resolver la cuestión.

Casi enseguida, Mike me despertó zarandeándome con violencia. Eran las cuatro de la mañana.

—Eh, que ahí fuera hay un temporal y te toca salir a ti —dijo con una sonrisa repulsiva.

—¿Está mejorando algo? —pregunté.

—No —contestó, esta vez con expresión seria—. Está muchísimo peor.

Vestirte con ropa empapada y helada a las cuatro de la mañana cuando has pasado la mayor parte de la noche despierto no es la cosa más divertida del mundo. El barco se movía con tal violencia que el simple hecho de ponerse un calcetín constituía una labor casi hercúlea. Me pregunté si aquél era realmente el mejor camino para buscar la belleza, y decidí que por fuerza tenía que haber maneras menos desagradables.

Salí tambaleándome a un torbellino de tonos grises. Oscuros nubarrones cabalgaban furiosos por el cielo; el mar se había convertido en una confusión de olas gigantescas que, de forma implacable, llenaban el aire de espuma cada vez que sus crestas se hacían añicos. John, completamente

empapado, me miró desde su puesto en el timón y dijo con una sonrisa sardónica:

—Aunque parezca que no estamos avanzando nada, a ver si logras mantener el rumbo directo hacia el oeste, dos siete cero.

Me apretujé junto al timón, me calé el gorro hasta las gafas y acto seguido evalué la situación. Estábamos dando violentas bordadas en medio de un vacío gris que giraba vertiginosamente alrededor de nosotros. El *Hirta* navegaba sólo con la vela de estay y un diminuto trozo de vela mayor con tres rizos tomados. Tan pronto teníamos ante nosotros una gigantesca muralla de agua gris como, al instante siguiente, caíamos en el seno de la ola para volver a subir por el otro lado y no ver más que el oscuro y tumultuoso torbellino del cielo. Cuando estábamos en los senos de las olas nos quedábamos sin viento, con lo que el barco se enderezaba por un momento, antes de que la ola siguiente lo enviara por el aire y sus velas se llenaran de nuevo, haciéndolo escorar fuertemente una vez más. El movimiento era en verdad horroroso y no había nada que nos ofreciese un segundo de consuelo: ni sol, ni luna, ni estrellas, ni la vista de tierra a lo lejos... sólo las miradas enloquecidas, aunque sociables, de los fulmares y pañños que daban vueltas sin dificultad entre las olas furiosas.

Las cosas se estaban poniendo tan feas que decidí atarme a la bañera con el cabo de vida. Era tanta el agua que pasaba por encima del barco que si de repente una ola nos tragaba temía ser arrastrado. Se trataba de una situación verdaderamente aterradora: nos encontrábamos a trescientas millas de la costa más cercana, sin ninguna forma de comunicarnos con los servicios de rescate, zarandeados como una pluma en un torbellino a bordo de un velero de cien años de antigüedad.

—¡Esto no es nada! —gritó Tom, que de pronto apareció a mi lado en la bañera—. Las cosas están feas, muy feas, pero este barco lleva casi un siglo navegando; ha visto cosas mucho peores.

—Pero ¿y tú? —chillé—. ¿Has estado en temporales peores?

—Muchas veces... y en barcos menos marineros que éste. No te preocupes: el *Hirta* nos sacará del apuro.

La voz de Tom sonaba tranquilizadora, pero su expresión era sombría mientras evaluaba la cambiante situación y tomaba las decisiones

necesarias. En cuanto a mí, sólo quería apartar los ojos del horror de aquel cielo y aquel mar embravecido que nos rodeaba. Pero estaba al timón y no podía evitar mirarlo, aparte de que ejercía un efecto hipnótico: su monstruosidad le confería una apariencia irreal, a pesar de que era la fuerza más real, más fría, más líquida, más inmediata y más tremenda a la que había tenido que enfrentarme en toda mi vida.

Y entonces vi algo que no quisiera volver a ver nunca jamás: una colosal muralla de agua gris a la altura de la mitad del mástil se nos venía encima oscureciendo el cielo por completo. No había ninguna posibilidad de evitar que nos tragara. Me flojearon las piernas y sollocé para mis adentros.

—¡Ay, mierda! —exclamé (unas últimas palabras decepcionantes, lo sé, pero así son las cosas), y me preparé para el despiadado impacto de un millón de toneladas de agua estrellándose contra el barco mientras tiraba del timón para penetrar en la ola.

La proa se levantó y el *Hirta* pareció mirar hacia arriba como un diminuto David enfrentándose a Goliat... y entonces... el monstruo desapareció por debajo del barco. Miré hacia atrás mientras bajábamos por el otro lado, y allí estaba, alejándose con gran estruendo hacia el este. Casi lloré de alegría y el corazón se me llenó de afecto por aquel sencillo artefacto de troncos cortados y tallados que nos llevaba sanos y salvos a través de un abismo insondable. El *Hirta* había podido con la ola. Nuestro capitán tenía razón.

Sin embargo, Tom, que permanecía sentado en el rincón de la bañera, firme e impávido mientras miraba gravemente la tormenta, parecía lejos de estar durmiéndose en los laureles. Yo lo observaba con un ojo mientras respondía con el timón a la bajada, el tirón y el balanceo del barco cada vez que éste se hundía en el seno de una ola o se estrellaba contra su cresta. Ya no se trataba de navegar siguiendo un rumbo determinado, sino de limitarse a pasar por encima de las olas a medida que, una tras otra, se abalanzaban sobre el *Hirta*.

—¿En qué piensas, Tom? —pregunté cuando no pude aguantar más el silencio.

Nuestro capitán siguió mordiéndose el labio inferior un instante y luego dijo:

—Pues estoy pensando que... no estamos avanzando nada. Sopla demasiado viento, el mar está demasiado agitado y lo tenemos todo en contra. El barco está sufriendo mucho, y nosotros también. —Todavía mordiéndose el labio, hizo una pausa y añadió—: Tenemos dos opciones: podemos dar la vuelta y correr el temporal para regresar a Islandia...

—¿O...?

—O nos ponemos al paio, cerramos las escotillas y nos limitamos a capear el temporal. Ambas opciones son una putada, pero es lo que hay. Antes de decidir lo someteremos a votación.

Al final, nadie quería regresar a Islandia y renunciar a todo lo que ya habíamos avanzado hacia el oeste. Tampoco nos apetecía mucho ponernos al paio, pero parecía la mejor opción, y eso fue lo que hicimos.

En retrospectiva, resulta casi increíble que nos quedásemos inmóviles allí, en mitad del Atlántico Norte, balanceándonos día tras día en el interior de aquel diminuto barco. Ahí estábamos, siete minúsculos seres humanos suspendidos en medio de un tumulto en algún lugar situado entre la luna y el corazón de la tierra, zarandeados como si fuéramos un cascarón de nuez en un saetín, esperando, sólo esperando, a que pasara el temporal.

Para quedarnos al paio, amarramos el timón a estribor y orientamos las dos velas para que formaran un ángulo que canalizase sin peligro los vientos, como si se tratase de ovejas pasando por el redil. De ese modo, el viento estabilizaba el barco y nos empujaba de lado, muy despacio, en la dirección por la que habíamos llegado.

En todo momento había un hombre de guardia, amarrado a la bañera. Eran guardias de una hora: después de ese tiempo estabas medio muerto de frío, y no digamos de miedo. Abajo hacíamos cuanto podíamos por mantener un mínimo asomo de vida normal, algo que no resulta tan fácil cuando tienes a seis personas tambaleándose en los confines de un diminuto camarote de madera. Me asombré de la infinita capacidad de adaptación del ser humano.

Ros, fuertemente amarrada en la cocina, seguía preparando las comidas, unos maravillosos festines de cordero con beicon y judías. El fogón, al igual que todas las lámparas de aceite del camarote, estaba montado sobre unos soportes Cardán, un ingenioso sistema de ejes que lo mantenía horizontal cualquiera que fuese el ángulo de inclinación del barco; de otro modo las cacerolas habrían estado derramando de continuo su contenido caliente sobre la cocinera. La mesa del camarote contaba con un reborde de madera que, con la ayuda de unos tapetes milagrosamente adhesivos, evitaba que los platos salieran volando y aterrizaran una vez en el regazo de los comensales de un lado y la siguiente en los del otro.

Adoptábamos estrategias para todo: calculábamos el momento de lanzarnos desde la cocina hasta la mesa con nuestro plato para que coincidiera con el bandazo del barco. Éste era más o menos predecible, por lo que en una primera etapa podías llegar hasta el mamparo al extremo de la mesa de cartas. Una vez allí, te encajabas bien, manteniendo en vilo el estofado, mientras el barco se inclinaba peligrosamente hacia el lado opuesto; después, cuando empezaba a ladearse de nuevo, te lanzabas para completar la última etapa y, en el punto más bajo del tumbo, te dejabas caer limpiamente en el asiento y esperabas al siguiente bamboleo para plantar el plato en el tapete antideslizante. Y de ese modo comían siete personas tres veces al día.

Cuando no nos dedicábamos a comer, leíamos... Algunos se enfrascaban en las sagas de Vinlandia o algún sesudo volumen de temas marineros. En cuanto a mí, me resultaba difícil concentrarme en nada más complejo que Edward Lear, por lo que, a insistencia de Hannah, me puse una vez más a recitar «Los Jumblies». Por raro que pueda parecer, me producía un enorme consuelo declamar con ella:

*Y cuando el colador daba vueltas y vueltas
y todos gritaban: «¡Os vais a ahogar!»,
ellos dijeron a voces: «Aun grande no siendo nuestro colador,
¡nos importa un comino!, ¡nos importa un pimiento!,
¡a la mar nos haremos en un colador!».*

A pesar de que estábamos en mitad de una pesadilla, ello no significaba que no disfrutásemos; después de todo, sólo puedes permanecer catatónico de pavor durante un tiempo limitado. Cuando el origen de tu miedo está contigo, rugiendo y agitándose día y noche, sólo separado por un casco de roble de ti y de los pensamientos febriles que te rondan por la cabeza, tu miedo —y no tengo ningún reparo en admitir que me sentía absolutamente aterrado— pronto queda en un segundo plano, cediendo el puesto a cosas más agradables, como la conversación, la risa, la lectura, la esperanza, las menudencias de la vida diaria. También teníamos el ejemplo de la pequeña Hannah, que apenas parecía alterada. Se había adaptado de inmediato a su nuevo entorno, del modo en que sólo lo hacen los niños. Ros y Tom le leían y jugaban con ella, igual que si estuviesen en su comfortable casita de la New Forest, y ella se mostraba contenta.

La situación tenía también algo extrañamente acogedor. El salón estaba iluminado por unas lámparas de aceite que producían un resplandor muy romántico, y la pequeña y panzuda estufa del rincón irradiaba un calorillo reconfortante. Allá donde mirases había algún tiarrón despatarrado como un perro, leyendo un libro o dormitando, mecido por el movimiento del barco. Y el lugar estaba impregnado de un hedor intenso y complejo, compuesto de gasoil, estofado de carne, el tufillo a pescado que tiene el mar, brotes de flatulencia y el miasma pútrido a cuerpos sin lavar y lana mojada. Aquello distaba mucho de ser agradable, pero cualquier cosa puede acabar gustándote cuando te familiarizas con ella. Como ya he dicho, resultaba extrañamente acogedor.

De común acuerdo, y a pesar de lo mal que estaban las cosas, los hombres íbamos a echar nuestras meaditas a cubierta. Con el ir y venir diario de cinco hombres, el jardín habría podido quedar desagradablemente colapsado, por lo que estaba reservado para las ocasiones en que, digamos, era necesario sentarse, y para el uso de Hannah y Ros, más refinadas que nosotros.

Ahora bien, como seguramente imaginará el lector, salir a la cubierta azotada por el temporal para hacer tus necesidades dista mucho de resultar

agradable, por lo que tratas de aguantarte hasta que te toca hacer guardia, momento en que te ves obligado a salir de todas formas. Sin embargo, ello no siempre resulta posible. Puede ocurrir, por ejemplo, que te encuentres en tu litera, pensando con pesadumbre en tus seres queridos y en el hogar que, sospechas, quizá no vuelvas a ver, y descubras que poco a poco te invaden esas familiares e insistentes ganas. Tal vez sea la una de la madrugada y quizá no te toque guardia hasta las cuatro. Te preguntas si podrás aguantar... ¿durante tres horas? No, imposible. Te relajas e intentas olvidarlo... Quizá se te quiten las ganas. Tratas de pensar en otra cosa, pero todo es en vano.

Así pues, inicias fatigosamente el largo y tedioso proceso: primero bajas la cremallera del saco de dormir, con lo que el delicioso calorcillo que tanto te ha costado conseguir se desvanece. Después sales con dificultad de sus ajustados y sedosos pliegues y de la maraña de su forro de lana. A continuación extiendes el brazo a oscuras para desatar la barandilla de protección, dando gracias al cielo por haber sido lo bastante sensato para atarla del modo adecuado sólo con un par de lazadas, porque poco a poco las ganas se van agudizando. Con la barandilla de protección bajada, tienes más libertad de movimientos, por lo que alargas el brazo hacia abajo y, con una contorsión inimaginable, coges los empapados pantalones de piel de topo y te los pones con mucho trabajo, todavía tumbado y a oscuras. Para cuando te subes la cremallera estás agotado, así que te recuestas un instante gimiendo en voz baja.

Entonces llega el momento de salir de la litera y enfilarse con dificultad el oscuro pasillo mientras buscas a tientas las tres o cuatro capas de prendas de lana esenciales para no quedar completamente congelado en cuanto abandones el camarote. Eso requiere un tiempo considerable, porque algunos jerséis, mojados y medio podridos, están del revés, y otros, del derecho, y además porque mientras llevas a cabo esta operación te ves lanzado de un lado a otro como un pez en una lavadora.

A continuación has de buscar las botas en un montón tirado de cualquier manera junto a la escalera de cámara. Metes los pies en ellas, sólo para descubrir que te dejaste dentro un par de gruesos calcetines mojados y arrugados. Para entonces tienes unas ganas tan desesperantes que apenas

consigues pensar con claridad, de modo que acabas poniéndote las botas de otro... pero aún no lo has conseguido, no. Ni de lejos.

Luego viene la ropa impermeable, y ponerse los pantalones después de las botas resulta bastante difícil incluso en tierra firme y a plena luz del día. Te preguntas si no deberías quitarte las botas para ponerte primero los pantalones, pero entonces recuerdas que éstos deben ir por fuera de aquéllas, pues de lo contrario se te llenan de agua a los cinco segundos de salir.

Te pasas los tirantes por los hombros y a continuación le llega el turno a la chaqueta impermeable; la abotonas y cierras la cremallera para evitar que penetren el viento y el agua de las olas. Después vienen las gafas, que limpias rápidamente pasándoles la mano, luego te pones el gorro de lana y los guantes mojados, y por fin estás listo; afortunadamente, porque ya tienes la vejiga a punto de explotar. Te agarras a la barandilla de la escalera de cámara y subes el primer peldaño... ¡Un momento! ¿Y el cabo de vida? Vuelta a bajar al camarote. Lo desenredas de todos los que cuelgan del mismo gancho, te lo pasas por los hombros, lo abrochas por delante y vuelves a echar a correr por el pasillo y a subir la escalera.

Sales por la puerta como una exhalación. La bocanada de aire helado casi te deja sin aliento. Ahí está Mike atado a la bañera, con las gafas chorreando agua salada y la boca abierta igual que un bacalao moribundo. Tiene ganas de hablar contigo porque lleva una hora sentado ahí sin más compañía que el viento y las olas.

No haces ni caso y, con un juramento y un gruñido, porque la cosa ya no tiene ni pizca de gracia, sales con dificultad de la bañera y te diriges como puedes hacia los obenques de sotavento.

Al carajo con el cabo de vida; ahora lo importante es llegar rápido allí. Una ola se estrella contra la proa y te hace resbalar, te lastimas la espinilla con la claraboya del camarote y vas rodando hasta los imbornales bajo el barandal. Bueno, no está mal, es más o menos donde necesitas estar. Agarrando el obenque, logras ponerte de pie y enganchas el cabo de vida.

Sé que habrá quienes encuentren esto poco delicado, pero en este punto me veo obligado a mencionar otras dificultades que se interponen en el camino de esta función fisiológica tan natural. El lector sensible quizá

prefiera saltarse un par de páginas y volver a unirse a nosotros en un momento posterior del viaje, pues hay una serie de detalles de los que considero necesario hablar.

De modo que estás ahí, atado firmemente a los obenques de sotavento y metido hasta las rodillas en una embravecida agua verdosa. Porque la mayor parte de las veces el lado de sotavento, dado que es el que no se encuentra expuesto al viento, está completamente anegado de agua. (Una de las primeras lecciones que se aprenden cuando se empieza a navegar es — por razones bastante obvias— no orinar por el costado de barlovento).

Pues bien, en ese momento corres el terrible peligro de que se te quiten momentáneamente las ganas y decidas que, después de todo, no quieres echar una meadita y que lo mejor será regresar al camarote. Pero se trata de una ilusión y, si lo retrasas, es mucho peor. Por fortuna, lo sabes: te ha sucedido demasiadas veces. Te quitas los guantes, ya que en ningún caso puedes mear con los guantes puestos. Eso resulta fácil aunque, a pesar de que has abrochado el cabo de vida al obenque, aún tienes que agarrarte con una mano, ya que de otra forma no harías más que entrar y salir del agua como un yoyó. A continuación tanteas buscando los botones y la cremallera de los pantalones impermeables... cosa nada fácil con una sola mano, pero al cabo de un rato de forcejear torpemente consigues abrirlos.

Mike te está mirando desde la bañera con creciente interés, así de aburrido está.

A continuación les toca el turno a los pantalones de piel de topo. Los míos, curiosamente, pertenecieron al explorador *sir* Ranulph Fiennes, y llevan el nombre «Ran» escrito con bolígrafo en la cintura. Llevó estos pantalones en sus aventuras por el Ártico y el Antártico, y después los vendió en el mercadillo de Camden Lock, junto con toda una serie de objetos de la expedición. Allí compré también mi sofisticado saco de dormir. Pero los pantalones de piel de topo son, con mucho, mi posesión favorita, un recordatorio de que todos somos, a nuestra humilde manera, compañeros de exploración.

También disponen de una cremallera muy delgada a prueba de viento y lluvia con la que, cuando tienes los dedos congelados, te ves obligado a forcejear mucho para bajarla, aunque de algún modo acabas

consiguiéndolo. Pero eso son las dos primeras capas; aún quedan otras dos. Los calzoncillos largos, al menos los del tipo que yo llevaba, tienen una pequeña abertura cubierta por una especie de solapa. Consigues introducir un par de dedos para ir tanteando mientras miras hacia abajo y tratas de ver algo, lo que por supuesto no consigues, porque tienes las gafas completamente mojadas, la oscuridad es casi total y, de todos modos, no hay mucho que ver; esas cosas se hacen mejor al tacto.

Como es natural, es aquí donde empiezan realmente los problemas. Buscas en el hueco entre esa abertura y la parte superior de los calzoncillos interiores con creciente, aunque vana, desesperación. ¿Puedes localizar el órgano en cuestión? ¡Qué va! Estás siendo zarandeado de un lado a otro como una pelota de *ping-pong*, hace un frío glacial y estás medio muerto de miedo. Una mirada a la bañera confirma tu sospecha de que Mike sigue observándote, de que incluso te mira con más detenimiento.

Pues bien, llegado a este punto debería recordar a mis lectores que el macho de nuestra especie es propenso a una cierta... digamos, reticencia, e incluso encogimiento, en circunstancias de estrés extremo. Un mecanismo involuntario de supervivencia se pone en marcha para proteger lo que más atesoramos hasta que se presente un momento menos inoportuno. Miras alrededor, sobresaltado por un grito procedente de la bañera. Es el pesado de Mike.

—¿Qué te pasa? —grita—. ¿No te encuentras el pito? —Y se desternilla neciamente de su burdo chiste.

Tu desesperación aumenta, si es que eso es posible. Tiene que haber un pene en algún sitio, seguro... estaba ahí la última vez que saliste a cubierta.

Tras varios larguísimos minutos hurgando inútilmente, tu búsqueda puede quedar recompensada, pero incluso en ese caso no resulta fácil persuadir al pobrecito de que se abra paso por el largo y aterrador conducto entre elásticos, lana, botones y cremalleras. Pero por fin lo consigues y te quedas colgado de los obenques dirigiendo el potente y humeante arco hacia la helada inmensidad gris del Atlántico Norte... ¡Ah, bendito alivio! Y ahora, a la cama otra vez.

Durante tres días y tres largas noches permanecemos en algún punto situado entre Islandia y Groenlandia zarandeados por los elementos. Mantuvimos nuestra rutina de una hora de guardia y vuelta de nuevo al camarote, aunque, para ser sinceros, probablemente daba igual que hubiese o no alguien al timón. De hecho, cuando alguno era despertado para hacer la guardia —tal vez por John, cuya barba goteaba agua helada sobre la taza de té que nos ofrecía— siempre transcurrían unos cuantos minutos, mientras forcejeábamos con la farsa de ponernos la ropa a prueba de mal tiempo, durante los cuales el *Hirta* se quedaba solo y sin vigilancia alguna, cabeceando y dando fuertes sacudidas, con sus siete tripulantes, pobres criaturas vulnerables, encerrados abajo.

Aun así nos tomábamos en serio las guardias. Yo iba primero a la parte de delante y, atándome al estay de proa, escudriñaba el trozo de horizonte visible. Nada; en todas las direcciones sólo se divisaba un mar oscuro y proceloso, escasamente poblado por algún desconcertado fulmar. A continuación me aseguraba de que los cabos y estays estuvieran tensos y todo en su sitio. Finalmente regresaba a la bañera, me abrochaba el arnés de seguridad y me entretenía contemplando las olas estrellarse contra la proa e invadir la cubierta hasta la altura de las rodillas, para salir después por los imbornales. Además llovía a cántaros, aunque ni siquiera eso hacía que la situación cambiase mucho, pues ya sufríamos el azote de la espuma saltando por los aires desde la cresta de las olas.

Me calaba la visera de la gorra de lana hasta las gafas y me acurrucaba para protegerme del frío. Uno de los mejores sitios donde colocarse era la parte trasera del barco, encajado en la bañera junto al timón; allí era donde estaba el peso del motor, por lo que se trataba de la zona más estable. Desde aquella plataforma relativamente inmóvil podía observar la proa, cuyo largo bauprés se alzaba hacia el cielo para estrellarse después entre las olas, siempre en medio de una nube de espuma que el viento dispersaba. Resulta difícil imaginar algo más espectacular y hermoso. Me acordé de cuando a mis diez años, durante unas vacaciones en Trebarwith Strand, Cornualles, una tormenta se acercó rugiendo por el oeste y ofreció un espectáculo

absolutamente deslumbrante desde las rocas. Permanecí allí sentado durante lo que me parecieron horas, contemplando las monstruosas olas batir contra las rocas mientras me tomaba un helado de cucurucho, si mal no recuerdo.

Ya casi nos habíamos acostumbrado a la vida a bordo en medio de la tormenta cuando, al promediar la mañana del cuarto día, los grises implacables de nuestro mundo fueron aclarándose. Un remolino de humo nebuloso desapareció por unos instantes para ofrecernos la vista fugaz de un disco palidísimo, y al mirar hacia abajo distinguimos un leve centelleo y un brillo en el triste gris mate de las olas. Al cabo de una hora sólo quedaba un vendaval furioso, aunque al parecer no era más que pura euforia salvaje despidiéndose exultante entre rugidos mientras se alejaba a toda velocidad hacia el este.

Cuatro horas más tarde incluso el mar empezó a calmarse; el viento amainó y roló un poco, por lo que quitamos un rizo y nos pusimos de nuevo en movimiento rumbo al oeste. Se produjo un alivio generalizado por encontrarnos otra vez navegando: todos reíamos con naturalidad, y volvimos a sacar y desempolvar los viejos refranes y chistes. Patrick y Tom se sentaron a resolver sus diferencias respecto al gobierno del barco y llegaron a un acuerdo perfectamente razonable. Mientras tanto, los demás volvimos a los Jumblies:

*Y todos dijeron: «¡Si es que vivimos,
también a la mar nos haremos en un colador
hasta llegar a los montes del Chankly Bor!».*

A medida que la embarcación nos llevaba hacia el noroeste en dirección al extremo meridional de Groenlandia, en el casquete polar, el mayor depósito del planeta de agua dulce congelada, incluso el aire empezó a helarse. Antes ya nos había parecido que hacía frío, pero lo de entonces era distinto, y lo notábamos. Nos habíamos puesto toda nuestra ropa de abrigo, por lo que no teníamos prendas que añadir a las que llevábamos.

Día tras día seguimos surcando el mar hacia el oeste, unas veces avanzando a motor, otras impulsados como hoja que lleva el viento y, en raras ocasiones, deslizándonos por el rutilante mar de fondo con viento de popa. Aquél era un movimiento delicioso que nos daba la sensación de ser levantados y lanzados suavemente en la dirección deseada, y que nos producía una ligera euforia. A veces las nubes levantaban un poco, de manera que el aire y el mar cobraban un brillo intenso y cristalino. El mar se volvía vítreo todo nuestro alrededor, y no había ningún barco a la vista; nadie más estaba lo bastante loco para hacerse a la mar en aquellas latitudes. Todos los marineros sensatos se encontraban navegando por los mares más azules y apacibles que hay en el mundo: el Mediterráneo y el Caribe.

Uno de esos días cristalinos, mientras estaba apoyado en los obenques contemplando ociosamente la vista, percibí a lo lejos un levísimo movimiento en la superficie... y luego nada. Debían de ser imaginaciones mías... Pero no, otra vez estaba ahí, un poco más pronunciado y cercano. Patrick también lo advirtió. Al poco tiempo ya resultaba inconfundible: se trataba de delfines, montones de ellos. Desde el lejano horizonte, se acercaron juguetonamente a toda velocidad, saltando como perritos y bailando y volviendo a sumergirse. Yo nunca había visto delfines y no estaba preparado para una demostración tan deslumbrante de exuberancia física en medio de las feas inmensidades del Atlántico Norte y a una distancia tan grande de tierra firme.

Rodearon el barco y empezaron a hacer cabriolas y a pasar por debajo del casco; se cruzaban alegremente unos con otros mientras nadaban a toda velocidad dejándose llevar por la ola de proa, en un momento bajo el agua y al instante siguiente saltando fuera de ella. Un poco más allá, un delfín emergió por un lado y con unos fuertes coletazos realizó dos o tres saltos por la superficie antes de volver a zambullirse salpicando entre las olas. No se cansaban de sus juegos y seguían brincando sin parar... y también nosotros casi saltábamos de excitación en la cubierta. Hannah chillaba llena de regocijo, y todos compartíamos ese asombro emocionado. Trepé al mástil y me puse a observar desde lo alto las maravillosas payasadas de los cetáceos. El agua estaba clara, y muy por debajo se distinguían sus grandes

formas oscuras y relucientes, subiendo vertiginosamente y dándose la vuelta para mostrar su pálida parte inferior.

No podías evitar pensar como un idiota que aquellos ojillos, hundidos en sus protectores pliegues de grasa, te sonreían y se partían de risa de lo mucho que se estaban divirtiendo. Yo había visto un fenómeno parecido con una bandada de unos cuarenta aviones roqueros, jugueteando a gran velocidad entre el sol y la sombra de las rocas de la costa de Grecia. La única explicación que se me ocurrió para semejante comportamiento era que se trataba de una manifestación de pura alegría animal. En cuanto a mí, de pronto me descubrí gritando de dicha. Todo el frío y el aburrimiento y la tristeza y el miedo del viaje quedaron ampliamente recompensados por aquel espectáculo.

Los demás también se pusieron un poco sentimentales con los delfines porque, pese a que los marinos de larga distancia los ven a menudo, es un espectáculo del que nunca te cansas. Y a partir de entonces, mientras cruzábamos el mar de Groenlandia, casi todo el tiempo tuvimos delfines junto a nosotros, y la presencia de estos seres bondadosos nos producía un gran consuelo. Hasta entonces habíamos tenido fulmares, págalos, cormoranes y alcatraces, animales que nos habían conmovido y fascinado, además de hacernos compañía en momentos y lugares en que nos habíamos sentido solos y temerosos. Por eso yo sentía cierta gratitud y respeto hacia ellos. Pero el delfín... ah, el delfín, después de todo, es un mamífero, «uno de los nuestros».

Habíamos querido recalar en la costa de Groenlandia, pero los informes sobre el hielo no pintaban una imagen muy halagüeña de las rutas marítimas hacia esos puertos: había banquizas y témpanos a la deriva, y los vientos del oeste habían empujado todo el hielo de la parte occidental del mar de Labrador hacia el este, lo que impedía el acceso a la costa. Aquello, por supuesto, era en los años ochenta; hoy en día podrías navegar alrededor de la costa de Groenlandia en un langostero de Cornualles. El hielo marítimo prácticamente ha desaparecido.

—El problema —dijo Tom— es que puedes estar navegando de noche por unas aguas ligeramente cubiertas por delgadas láminas de hielo que sólo rozan los costados del barco y, cuando despiertas por la mañana, éstas se han convertido en bloques de hielo de casi dos metros de espesor. Eso es lo que pasa en estas terribles latitudes. Preferiría a ojos cerrados la Zona Terrible y los montes del Chankly Bor del poema de Edward Lear.

Así pues, no llegamos a Groenlandia —resultaba demasiado peligroso con una embarcación de madera—, aunque aquella tarde pasamos lo bastante cerca de su extremo meridional para distinguir el cabo Farewell, de un palidísimo azul pastel. Lo contemplamos con nostalgia durante un par de horas mientras pasábamos, y nos calentamos la panza con *whisky*.

A la mañana siguiente había bruma y un nuevo tema de conversación: John había visto un témpano.

—Bueno, háblame de ese témpano —pedí cuando salí a cubierta.

—Puedes verlo tú mismo —dijo John—. Ahí está, justo detrás de nosotros.

Miré hacia donde me señalaba. En efecto, ahí estaba, un blanco bloque de hielo bastante anodino meciéndose en la superficie del agua.

—Pues a mí no me parece gran cosa —comenté con cierto desdén.

—Aunque a ti no te lo parezca, Chris —dijo Tom—, si a la velocidad que llevábamos hubiésemos chocado contra él, habría destrozado toda la parte delantera del barco, y ahora no estaríamos aquí, meciéndonos tan a gusto en la superficie del mar, sino de camino a sus más oscuras profundidades. De ahora en adelante, ya que estamos en zona de témpanos (y puede incluso que haya icebergs), habrá un hombre a proa vigilando día y noche. Conque ve a limpiarte las migas del desayuno de la barba y después amárrate al estay de proa; te toca ser el primero.

Montar guardia en el estay de proa era muy diferente a estar en la bañera. Para empezar, no había donde refugiarse: estabas ahí fuera, en la parte delantera del barco, escudriñando la bruma. Tenías que detectar los témpanos e icebergs, pues se trataba, sencillamente, de una cuestión de vida o muerte. Eso hacía que me sintiese muy importante, y sentirme importante me mantuvo bien alerta durante al menos... quince minutos. Porque entonces el gélido frío y el tedio empezaron a surtir efecto. No parecía

haber más témpanos en ese sector. Me volví para dirigir una sonrisa a Patrick, que estaba al timón. Mi compañero me devolvió el saludo con la mano. Luego me puse a saltar durante un rato para que la sangre volviera a circular por mis venas. A continuación apoyé la espalda contra el estay de proa y recité todo el poema de «El Dong de la nariz luminosa», seguido de «Los Jumblies». Y entonces vi el témpano.

Estaba a unos cien metros de distancia de la amura de babor, por lo que no suponía ninguna amenaza para nosotros.

—Témpano por la proa de babor, Pat —informé empleando la jerga marinera, más que nada para dar la impresión de que estaba alerta y cumpliendo con mi trabajo.

Lo contemplamos alejarse meciéndose entre la bruma. Porque eso es lo que hacen los témpanos: moverse con las olas, al contrario que los icebergs, que se quedan en el mismo sitio, sólidos y serenos. Los témpanos son esquirlas de icebergs o pedazos de banco de hielo que se ven empujados hacia el sur por los vientos y las mareas. Su tamaño suele oscilar entre una habitación pequeña y una casa grande, y están desparramados por todos los océanos boreales. Naturalmente, para un gran buque de hierro y acero apenas representan un peligro, pero, para un barquito de madera como el nuestro, una colisión con un témpano supondría el final.

Reanudé la guardia; no se veía nada mientras seguíamos abriéndonos paso entre la bruma. Yo miraba y miraba con la mayor atención, y al poco, en medio de la blancura que nos envolvía, me pareció percibir unas volutas y penachos de nubes arremolinados, y después, justo delante, unas sombras grises que podían ser los costados de enormes icebergs o, más probablemente, sólo el juego de la brisa en la bruma. Bajé la mirada hacia la ola de proa para ajustar la visión. Al mirar de nuevo hacia arriba había un témpano justo delante de nosotros.

—¡¡¡Témpano justo delante, Pat!!! —grité—. ¡Todo a estribor, ahora mismo!

Patrick hizo girar el timón por completo y el témpano pasó casi rozando el costado de babor. Su blancura purísima brillaba con relucientes tonos turquesa, congelando incluso el aire que lo rodeaba. Patrick enderezó el timón y las velas tomaron el viento una vez más.

—¡Jo!, nos hemos librado por poco —dije mientras me limpiaba el vaho de las gafas—. Me parece que ahora te toca a ti ir a la parte de delante, Pat. Yo estoy casi congelado.

—Pues, según mis cálculos, todavía te quedan quince minutos.

Me quejé en voz baja y me aferré con todas mis fuerzas al estay de proa, mientras seguía escudriñando la bruma. Ahí había algo, una cosa enorme.

—¿Qué demonios es eso, Pat?! —chillé.

—¿El qué? ¿Dónde?

—Ese pedazo de cosa inmensa ahí en el agua. ¡Míralo!

—¡Madre del amor hermoso! —exclamó Patrick—. ¡Es una ballena! ¡Una ballena gigantesca! —Se puso de pie y, tras contemplar boquiabierto la aparición, gritó por la escalera de cámara—: ¡Ballena a la vista! —Y, sintiéndose un poco ridículo, añadió más bajo—: Hay una ballena ahí, chicos, venid a echarle un vistazo.

Pues bien, la ballena no era como los delfines; no hacía cabriolas, sino que ofrecía una imagen mucho más sosegada y majestuosa. De repente resopló, soltando por el espiráculo un altísimo chorro de aire condensado, y por todo el mar de Labrador se extendió la fetidez de una flatulencia marina, con matices de krill y plancton y algas y un sinfín de pececillos y animalículos de los océanos boreales.

Para entonces todos estábamos sentados en cubierta guardando un silencio reverencial. Era como si acabáramos de ver a Dios.

—¡Puf! —soltó Hannah al tiempo que se tapaba la nariz, pero luego lo pensó mejor y adoptó la actitud general de respeto.

El gran animal agitó perezosamente las aletas y se deslizó por la superficie manteniendo sin dificultad la misma velocidad que nosotros. Medía incluso más que el barco, probablemente veinte metros o más. Era una ballena de aleta, uno de los animales más enormes del planeta. Ahí estábamos, yendo a la deriva en perfecto silencio junto a uno de los pocos supervivientes de las grandes ballenas, pues el hombre ha perseguido y cazado estos pacíficos mamíferos casi hasta su extinción. Yo había visto imágenes de las cosas terribles que les hacemos, de la matanza de la ballena piloto en las islas Feroe, donde acorralan centenares de estos pequeños cetáceos en una bahía de aguas poco profundas con la ayuda de barcos de

motor y redes, y, una vez que los pobres animales se encuentran desorientados, en unas aguas que resultan demasiado poco profundas para maniobrar, se les echan encima un montón de hombres blandiendo ganchos y hachas para masacrarlos, con lo que el mar queda literalmente teñido con su sangre. Y esto no se hace por una cuestión de supervivencia o necesidad, sino como ritual destinado a que los hombres demuestren su virilidad.

Doscientos años de caza de ballenas no parecen haber convencido a estos animales de las malvadas intenciones de los humanos, y han conservado su tranquilidad y curiosidad. Durante un buen rato nuestra ballena se mantuvo a la altura del *Hirna*, como si estuviese interesada en nosotros, hasta que finalmente resopló de nuevo y se sumergió, alejándose con un imponente coletazo que dejó momentáneamente al descubierto sus brillantes y colosales aletas colmadas de percebes y chorreantes de agua.

A medida que nos acercábamos velozmente a la costa de Terranova fue cayendo una noche más profunda y oscura de lo acostumbrado, pues el verano avanzaba y ya nos encontrábamos bastante más al sur. De nuevo las luces roja y verde de babor y estribor brillaban contra la vela mayor. El viento soplaba por fin de popa y avanzábamos a grandes saltos por un lento e interminable mar de fondo. A bordo reinaba un ambiente de gran expectación debido a que, después de diecinueve días de navegación, por fin parecía que íbamos a avistar tierra.

Tom estaba en cubierta, con la mirada fija en la oscuridad creciente que se extendía ante nosotros; yo me encontraba al timón y Patrick estaba asomado a la proa. El peligro de topar con algún que otro témpano aún no había pasado, y hacía poco habíamos captado una señal en nuestro aparato de búsqueda por radio-dirección, una serie de cuatro pitidos seguidos de un silencio, como los destellos y oclusiones de un faro. La secuencia nos indicaba que el faro estaba en la costa norte de Terranova. Desgraciadamente, dado que no captábamos ninguna otra señal, no había modo de establecer a qué distancia exacta nos hallábamos de tierra firme. Sabíamos cuál era la línea por la que navegábamos para llegar a la costa, pero no teníamos la menor idea de a qué altura de ella nos encontrábamos.

Llevábamos varios días sin poder medir de manera fiable la altura del sol, porque habíamos navegado entre la bruma, causada probablemente por la colisión de corrientes de aire caliente con otras de aire frío o algo por el estilo.

En cualquier caso, a Tom no le gustaba nada el cariz que estaba tomando la situación.

—Nos acercamos a gran velocidad a una costa de sotavento con un buen ventarrón empujándonos por el culo —explicó—, con la noche echándonos rápidamente encima y sin forma de saber a qué distancia estamos. De seguir así el desastre está asegurado. Esto no le va a gustar a nadie, pero me temo que tendremos que virar e ir en la dirección contraria.

Dirigimos una triste mirada hacia la creciente oscuridad. Tan cerca pero a la vez tan lejos. Todos deseábamos llegar a tierra. En tierra había mujeres, había cerveza y bares, y flores y árboles, y las cosas tenían cierta solidez innegable que en el mar brillaba por su ausencia. Todos queríamos llegar... y queríamos hacerlo esa misma noche.

—Pat —prosiguió Tom, volviéndose hacia la imprecisa figura suspendida del estay de proa—, me parece que habrá que ceñir y poner de nuevo proa a alta mar. ¿Qué opinas?

—Pues te lo voy a decir, capitán: creo que tendrías que estar loco para seguir acercándote a esta costa a oscuras y a toda velocidad. Tal vez sean alucinaciones mías, pero desde donde estoy me parece oír ruido de olas rompiendo contra las rocas. Podríamos estar a ochenta kilómetros... pero también a no más de ochocientos metros.

—Bueno, Chris —ordenó Tom—, da la vuelta. Pat, tú ven otra vez para acá y caza las escotas del foque.

Hice girar el timón y el barco describió una amplia curva para alejarse de la ansiada tierra. Tom cazó los interminables metros de escota de la mayor y reanudamos el avance en fuerte ceñida en dirección contraria al oleaje, una forma de movernos más habitual para nosotros.

Y así, durante toda aquella noche larga y oscura fuimos alejándonos de tierra, porque más aterradoras aún que las profundidades insondables del océano —que, reconozcámoslo, ya de por sí resultan bastante aterradoras— son las hambrientas rocas de la costa. Si no pasa una semana sin que un

gran buque se pierda en el mar —pues éstas son las cifras exactas—, la cantidad de barcos que naufragan en las rocas debe de ser muy superior.

Sin embargo, al amanecer dimos la vuelta de nuevo y nos dirigimos rápidamente hacia el sur. Yo estaba dormido cuando el vigía divisó tierra, primero una línea de palidísimo azul en el horizonte hacia el sur, aunque para cuando llegué a cubierta ya se distinguía con nitidez una línea de bajas colinas verdes. Aún se encontraba a una distancia considerable, pero podíamos olerla. Siempre había pensado que la creencia de que los marineros pueden oler la tierra antes de verla era completamente descabellada pero, créame el lector, así es como en realidad ocurre. Todos estábamos en cubierta a primera hora de la mañana, abrigándonos del frío y olisqueando el aire como si fuésemos una jauría. Para mí olía a flores —que es lo que se supone que puedes oler—, y también a pan y mujeres, y a bizcochos y heno. Parecía algo asombroso, y permanecí un rato pensando en la causa de este fenómeno, hasta que llegué a la conclusión de que estábamos enfrentándonos con todo un continente, y que desde Halifax hasta Vancouver había innumerables panaderos cociendo pan y bizcochos, y millones de mujeres perfumadas y empolvadas, e incontables prados de heno recién segado secándose al sol de agosto. Todos esos olores se elevaban prendidos en el colchón de aire caliente que flotaba sobre la tierra y luego volvían a caer, esta vez en el mar, más fresco, donde hacían enloquecer de añoranza de los encantos de la tierra a los marineros.

El Nuevo Mundo

Lo importante cuando se avista tierra es que tu barco tenga buen aspecto. El viento y las corrientes estaban de nuestra parte, lo que nos permitió aproximarnos a la bahía de Quirpon viento en popa y a toda vela, es decir, con todas las velas izadas y una apariencia de lo más imponente, en atención a las gentes con inquietudes marineras que pudiesen estar mirándonos. En el último momento nos posicionamos, soltamos las defensas y, con el capitán erguido majestuosamente junto al timón, nos acercamos al largo embarcadero de madera. Cuando el espacio se hizo más estrecho, Mike saltó con el cabo de proa, yo hice lo propio con el de popa y nos dirigimos rápidamente a un par de norays.

A continuación volvimos a saltar a bordo del *Hirta* y nos unimos a los preparativos generales de desembarque, que consistían en plegar apretada y cuidadosamente las velas y estibarlas, adujar todos los cabos y drizas y ordenar la embarcación en general. Después nos lavamos y nos afeitamos en cubierta utilizando unos cubos de agua salada, y por último nos pusimos elegantes con ropa limpia y seca para el gran momento en que desfilaríamos por el muelle saludando a los nativos. Para Mike y para mí resultaba bastante emocionante, pues ninguno de los dos habíamos pisado nunca el Nuevo Mundo y no sabíamos bien con qué íbamos a encontrarnos.

En el muelle había unos cuantos hombres vestidos más o menos de la misma guisa, con mono, gruesa camisa de cuadros y gorra de béisbol. Permanecían absortos en su tarea, que seguramente consistía en reparar redes, pues en esas regiones la pesca es lo que mueve las cosas. Ninguno de ellos levantó siquiera la cabeza a nuestra llegada; para nuestra gran sorpresa e incluso desilusión, no nos hicieron el menor caso. Resultaba difícil de creer: uno hubiera pensado que la llegada de un barco procedente del

noreste que parecía sacado de una obra histórica romántica, con todas sus velas desplegadas y sus banderas ondeando al viento, suscitaría cierto interés. Pero no: aquellos hombres eran de lo más flemáticos.

—Bueno —dijo Tom—, supongo que será mejor que vayamos a presentarnos a estas buenas gentes.

Saltamos el barandal y pusimos pie en el muelle. Dimos un par de pasos con aire fanfarrón y de inmediato nos derrumbamos... todos juntos, en un montón caótico y poco decoroso. Ante esto, un par de pescadores levantaron la cabeza casi imperceptiblemente y murmuraron algo con la más leve de las sonrisas. Nos levantamos y, con cautela e intensa concentración, seguimos caminando a trompicones. Uno se acostumbra a la vida de a bordo, pero cuando se lleva una infinidad de días en el mar se pierde la costumbre de caminar sobre un suelo estable, por lo que nuestra ansiada primera experiencia de tierra firme nos estaba defraudando; parecía como si el suelo no parara de balancearse y dar bandazos.

Tom se acercó tambaleándose a uno de los pescadores.

—Buenos días. Acabamos de llegar de Islandia... —explicó, e hizo una pausa para que el hombre pudiera asimilar la enormidad de sus palabras.

El pescador lo miró con gran parsimonia bajo la visera de su gorra, mientras los demás avanzábamos con paso vacilante por el muelle en pos de nuestro capitán. Por fin, transcurrido un minuto o así, habló:

—Islandia, ¿eh? Eso está muy lejos.

Evidentemente, habíamos llegado a una tierra donde se concedía a las palabras y las ideas toda la dignidad que se merecían; las chanzas ingeniosas no iban con esas gentes.

—Así es —convino Tom—. Diecinueve días con el viento constantemente de proa.

Detrás de él, todos sonreímos con afectada modestia, pero sus palabras no consiguieron provocar ninguna reacción especial. Entonces, el hombre se puso de pie y nos tendió la mano.

—Bienvenidos a Quirpon —dijo.

Todavía tambaleándonos, aunque sin borrar de nuestros rostros una jovial sonrisa de camaradería, nos empujamos los unos a los otros para ser

los primeros en estrecharle la mano al pescador. Aquél era un gran momento para nosotros.

—Supongo —prosiguió Tom— que deberíamos informar de nuestra llegada a la oficina de control de aduanas e inmigración.

El hombre meditó unos momentos sobre eso mientras nos entreteníamos mirando lo que se veía de Quirpon. No parecía la clase de lugar que dispusiera de una oficina de control de aduanas e inmigración: había un embarcadero y varios cobertizos modestos, aparte de alguna que otra casucha de tablas. Y, para confirmar nuestra sospecha, el pescador dijo:

—En Quirpon no hay oficina de aduanas e inmigración. —Y a modo de explicación, añadió—: Es demasiado pequeño.

—Entonces, ¿qué cree usted que deberíamos hacer? —preguntó Tom.

—Bueno, en Griguet vive Wally Stocks; es aduanero. Tal vez deberían ir a verlo.

—¿Y cómo podemos ir a Griguet?

—Pues puedo llevarlos en mi camioneta.

Fue así como nos encontramos avanzando a toda velocidad por la carretera de grava que conducía a Griguet; Tom, Ros y Hannah en la cabina con nuestro nuevo amigo, que se llamaba Eli Bridger, y los demás alegremente apiñados en la parte trasera descubierta.

Más tarde, ese mismo día, merendamos con los Bridger. Eli y su familia vivían en una casita de madera construida sobre las rocas a orillas de la bahía de Griguet. Desde la cocina donde estábamos sentados, bien calentitos gracias al hornillo de leña, veíamos la preciosa bahía, de un azul brillante y superficie lisa, resguardada por unos promontorios de poca altura que casi se tocaban a su entrada.

La mujer de Eli se llamaba Lee-Anne y era tan parlanchina como taciturno su marido. Su especialidad era la repostería, y nos pusimos a dar buena cuenta de un plato enorme de magdalenas que había preparado esa misma tarde. Ros y Hannah, más exigentes en ciertas cuestiones que el resto de la tripulación, fueron a darse una larga ducha caliente. Después de las impenetrables inmensidades del Atlántico Norte, aquella cocina, que olía a té y bizcochos con un toque de humo de leña, nos resultaba la cosa más agradable y acogedora del mundo.

Más tarde, saciado de magdalenas y de té bien cargado, me volví para admirar la belleza de la bahía. Para mi horror, ésta había desaparecido por completo: donde antes había una espléndida lámina de agua tranquila, ahora sólo se veía lo que parecía un desguace lleno de camionetas, motores oxidados y montones de cachivaches de todo tipo en estado de descomposición. Era un espectáculo horroroso. ¿Qué diablos había pasado mientras había estado bebiendo el té?

Resultó que había bajado la marea, revelándose con ello el método que utilizaban los lugareños para amarrar sus barcos. Según su costumbre, cuando una camioneta se estropeaba, la llevaban hasta el interior de la bahía mientras la marea estaba baja y allí, pasándole una gruesa cadena por las ventanillas, servía de amarradero para el barco. Resultaba difícil no admirar la sensatez de este sistema.

No ocurrían muchas cosas en Griguet, por lo que, en contraste con la primera impresión que nos llevamos, nuestra llegada causó cierto revuelo. Fuimos adoptados por los Bridger, que se comportaron como las personas más generosas y amables del mundo, e imagino que obtuvieron su cuota de prestigio por el hecho de que los visitásemos continuamente. Nos llevaron a Lanso Meadows (o L'Anse aux Méduses), donde los vikingos, cuyo trayecto habíamos seguido, habían establecido su primer asentamiento. Había un museo y algunas casas largas con tejado de hierba reconstruidas. Era un lugar inhóspito azotado por el viento y abierto al océano por el norte, pero supongo que a los vikingos, tras pasar muchas semanas en el mar zarandeados por los temporales en un barco descubierto, hasta un asentamiento tan incómodo como L'Anse aux Méduses debió de parecerles tan acogedor como la cocina de Lee Anne Bridger.

Resultaba extraño pensar que aquél había sido el primer asentamiento europeo en el Nuevo Mundo, quinientos años antes de que Caboto y Colón dejaran su huella, más duradera. Todos buscamos observaciones elocuentes que hacer sobre esta extraña verdad, complicada por el hecho de que, cuando Juan Caboto llegó en 1497 y reclamó el Nuevo Mundo para la Corona británica, ya hubiera allí no menos de un millar de pescadores vascos secando el bacalao que capturaban en los Grandes Bancos. Aquello debió de dejarle la moral bastante por los suelos.

Mientras caminábamos por el muelle, un poco distraídos por las puntiagudas aristas de camioneta que asomaban del agua, Eli y su hijo Jeb nos hablaron de la pesca del bacalao. Hubo un tiempo en que se decía que un hombre podía atravesar los Grandes Bancos caminando sobre los lomos de los bacalaos; durante centenares de años ésa fue la mayor pesquería del mundo, pero el volumen de las capturas y el tamaño de los peces fueron reduciéndose hasta quedar prácticamente en nada, al igual que ocurrió con las pesquerías más pequeñas del interior, como aquella. Ya no era posible vivir de la pesca, sobre todo porque allí el mar permanecía enteramente helado durante los meses de invierno.

—Pues sí —dijo Jeb—. Todo el puñetero mar se queda completamente congelado hasta donde alcanza la vista. Puedes hacer un agujero y coger un par de pescados para la familia, pero de ahí a ganar dinero...

—Entonces, ¿de qué vivís? —pregunté. Era un asunto que me intrigaba desde hacía tiempo.

—Bueno, por aquí sólo hay una manera. Cogemos unas cuantas focas. Es lo único que hay en invierno.

—¿Focas?

Se hizo el silencio.

—Ajá, focas —repitió Jeb, con un poco menos de convicción.

—¿Qué quieres decir? —preguntó John.

—Las matamos de forma selectiva. Sólo cogemos las crías. Los peleteros pagan bien por sus pieles.

—¿Quieres decir que sois... apaleadores de focas?

—Bueno, ésa es, desde luego, la manera como las matamos: de un garrotazo en la cabeza. Mueren al instante.

Aquéllos eran nuestros nuevos amigos, el no va más de la bondad y la generosidad, y nos costó un poco asimilar aquella revelación. Volvió a hacerse el silencio, y Jeb procedió a explicarnos su trabajo.

—Lo que tenéis que recordar —comenzó— es que hay millones y millones de focas. En la costa de Labrador, justo al otro lado del mar, existe una colonia de unos cuatro millones de focas. Y no es sólo el hombre el que

agota las reservas de bacalao; son también esas dichosas focas. Si salimos una mañana y vemos tan sólo una foca, damos la vuelta y regresamos a casa. Nunca se puede coger un solo pez cuando hay focas. Por eso hay que hacer una caza selectiva.

—Pero ¿matarlas a garrotazos? —insistí.

—Sería mucho más fácil matarlas con un rifle, pero así no mueren tan rápido, y por eso no nos permiten utilizar rifles. El garrote las mata al instante. No es agradable tener que hacerlo, pero tampoco lo es matar peces... ni vacas, ni cerdos ni corderos.

Mientras Jeb trataba de aclararnos las cosas, lo escuchamos en silencio mirándonos las puntas de los zapatos o dirigiendo la vista hacia el lejano horizonte.

—Y los controles son muy estrictos —prosiguió—. Has de tener un permiso, y durante todo el tiempo están presentes los agentes de inspección pesquera. Si cometes alguna irregularidad te quitan la licencia, y aquí nadie puede permitirse que le ocurra eso.

Un par de días más tarde contemplé el *Hirta* izar las velas y virar para salir del puerto y comenzar su viaje a lo largo del litoral oriental. Los Bridger de Griguet se habían despedido cariñosamente y lo habían cargado hasta los topes de magdalenas y pescado seco. Permanecí largo rato en el muelle diciendo adiós con la mano a mis compañeros. Era un espectáculo tan bonito que no pude marcharme hasta que el barco se perdió de vista tras los montes del este. Luego recogí la mochila y la guitarra y me marché para ver el Nuevo Mundo... o por lo menos Terranova y Nueva Escocia. Quería pasar un tiempo en tierra y disfrutar de un poco de independencia, por lo que había fraguado un plan según el cual atravesaría Terranova en autoestop hasta llegar a Nueva Escocia, donde, al cabo de una semana, me uniría de nuevo a la tripulación en la localidad de Lunenburg.

Eché a andar por la pista de ceniza que salía de Quirpon en dirección sur. En el norte de Terranova puedes recorrer un largo trecho entre los arándanos y las moras de los pantanos antes de conseguir que algún coche te recoja. Así pues, pasé siete maravillosos días a solas en la sólida e

inmóvil carretera, bajando tranquilamente y sin prisas desde el norte. Caminé hora tras hora, soñando a ratos con mi hogar y suspirando por un poco de amor. A veces la gente me alojaba en su casa, otras noches dormía en graneros o en hoteles baratos de pueblo. Y comí langosta por primera vez en mi vida cuando me llevó en su camión un pescador de estos crustáceos.

—¡No me digas que nunca has comido langosta! —exclamó asombrado—. ¡Vaya, pues ahora mismo nos tomamos una! Tengo el camión lleno a rebosar. —Y allí, una cálida tarde de verano junto a las claras aguas de los lagos de Bras d’Or, consiguió que una langosta se metiera a regañadientes en la olla. La descuartizamos con nuestras navajas de bolsillo y devoramos su rosada y deliciosa carne.

Llegué a Lunenburg antes que el *Hirta* y me registré en un hotel blanco de madera que había justo a espaldas del muelle. Yo era el único cliente del establecimiento, por lo demás no demasiado grande, de modo que fui objeto de toda la atención de la bella Martha, que regentaba el hotel e irradiaba un aura tan grata de cálida feminidad y un aroma tan sutil que me ofuscó el cerebro por completo. Fue entonces cuando una añoranza terrible se apoderó de mí, teñida de dulces recuerdos de Ana. No sabía cuánto tiempo pasaría esperando el barco, por lo que decidí canalizar las emociones que bullían en mi interior hacia el arte. Compré un bloc de dibujo y me dediqué a immortalizar en aguatinta el precioso pueblecito.

Por las mañanas me encaminaba hacia las rocas de la punta y escudriñaba ansiosamente el mar en busca de una vela roja. Más tarde deambulaba por los montes de los alrededores del pueblo, y después me sentaba en la calle a dibujar o tocar la guitarra hasta la hora de la cena. Ah, la cena... Me sentaba solo en el comedor a una mesa con una vela, flores recién cortadas y una botella de vino, y juro que nunca he comido tan bien. Eran más que nada las verduras, el sabor fuerte y penetrante que tenían y su textura húmeda y reluciente, pero cuando llegaba el postre, unas creaciones hechas a base de succulentos frutos del bosque maravillosamente complementados por los productos de la vaca lechera y la humilde gallina, entonces sí que era casi como estar en el cielo.

Tal vez el *Hirta* no llegara nunca y yo tuviera que pasar el resto de mi vida sentado frente al mar, esperando a que apareciese una vela, mientras comía verduras exquisitas. Transcurridos tres o cuatro días empecé a inquietarme, y en cuanto amanecía me iba a escudriñar el horizonte o a pintar como un loco pequeños bosquejos épicos del barco.

Pero un día, a la caída de la tarde, apareció por fin surcando la bahía con todas las velas hinchadas y teñidas de brillante carmesí por los rayos del sol poniente. Contemplé embelesado cómo viraba por avante describiendo unas graciosas y amplias bordadas en dirección al puerto. Mis compañeros sabían que yo estaría mirando desde algún lugar y se estaban luciendo, y ciertamente el espectáculo no me decepcionó. Me sentía tan emocionado por verlos de nuevo que empecé a dar saltos, y a silbar y gritar desde los acantilados, pero me encontraba demasiado lejos y eché a correr hacia el muelle, adonde llegué justo a tiempo de coger las amarras.

Qué aspecto tan extraño presentaban mis compañeros de tripulación... Nos habíamos acostumbrado a vernos los unos a los otros enormes y amorfos, envueltos en capas y capas de prendas de lana cubiertas por relucientes impermeables; pero habíamos ido atravesando líneas de latitud en dirección al calor de final del verano, y poco a poco nos habíamos deshecho de la ropa de abrigo para revelarnos como seres menos sólidos. También estábamos tan demacrados y pálidos como si fuésemos plantas que crecen debajo de las piedras, privadas de la luz y el calor del sol. Las zonas de piel que no quedaban ocultas por la ropa estaban cubiertas de motas blanquecinas y rosadas, y aquí y allá se veían los forúnculos que producía la exposición continua al agua salada. Inexplicablemente, Hannah, que retozaba de un lado a otro vestida con unos pantalones cortos de algodón, soltó una risita tonta cuando subí por la plancha vestido con unas prendas muy parecidas a las suyas.

—Háblanos sobre los Lagos y la Zona Terrible —pidió Tom—, y los montes del Chankly Bor.

Me alegré de estar otra vez en el *Hirta*. Es así como te afecta. Había viajado a pie y en coches y camiones, e incluso una vez en autobús, pero ninguno de esos medios de transporte aprovecha de una manera tan prodigiosa el viento, ese recurso maravilloso que circunda el planeta y te

lleva a donde quieras, si es que dispones del tiempo y los conocimientos necesarios. Y además, yo aún no estaba preparado para dejar a mis camaradas de a bordo.

Notaba, por la calidez de su bienvenida, que todos sentían lo mismo. Necesitábamos unos días más a bordo para despedirnos adecuadamente los unos de los otros y, sobre todo, del *Hirta*. Así pues, izamos las velas y las tesamos, y una vez más sentí que me embargaba la emoción cuando el viejo barco, al recibir el viento, dio una sacudida y hundió la proa en el mar para comenzar el que iba a ser mi último viaje en él. Podríamos haber ido a cualquier parte, pero nos dirigimos a Newport, en el estado de Rhode Island. Se estaba celebrando allí la Copa América, y aunque el espectáculo del pavoneo de los millonarios más acaudalados del mundo ofrecía poco atractivo para mí, Tom se ganaba la vida haciendo periodismo de vela y calculaba que allí había sustancia suficiente para escribir algún que otro artículo.

Después, anunció Tom, continuaríamos hasta Mystic Seaport, «un auténtico puerto para el marinero, con museos de vela y famosos barcos antiguos». Parecía un lugar ideal para despedirme del *Hirta*, de su tripulación y del mar. Telefoneé a Ana para darle la noticia de que ya iba de regreso a casa.

Epílogo

Fowey es un lugar de lo más bonito, la perfecta localidad portuaria de Cornualles, con sus abruptos montes tapizados de bosques que parecen desplomarse sobre las tranquilas aguas de su estuario. En otoño, a mi vuelta del continente americano, Ana y yo fuimos en coche hasta allí desde Sussex para pasar un fin de semana con Patrick y su familia. Teníamos muchas ganas de mudarnos a esa zona y volver a empezar cuidando ovejas, aunque, para ser completamente sincero, me estaba costando sacarme de la cabeza el recuerdo del mar. Al parecer, el agua salada me había trastornado tanto que tenía el cerebro lleno a rebosar de barcos y alusiones náuticas.

Mientras coronábamos la cresta que se alza sobre la población, le expuse a Ana mi teoría favorita, a saber, que, como somos una estirpe isleña, el mar ha quedado totalmente impreso en las mismísimas raíces de nuestro idioma.

—Ahí tienes la expresión *to the bitter end*, por ejemplo —le dije—. Uno pensaría que significa la conclusión de algo bastante negativo e interminable, pero nada de eso. La bita es un poste que tienen los barcos y que sirve para amarrar los cabos, por lo que llegar al *bitter end* significa que la cuerda se ha acabado. Parece increíble, ¿verdad?

Silencio sepulcral. Ana simuló no haberme oído. De hecho, siguió callada hasta que le presenté a Rosemary, la mujer de Patrick, en quien de inmediato reconoció a otra víctima del lobo de mar que retorna, del pelmazo transoceánico.

Ana solía ser tolerante con mis manías —después de vivir unos cuantos años con una persona como yo, aprendes a ser indulgente con ella—, pero me temo que aquella vez mi nueva obsesión se pasaba un poco de la raya. Tal vez yo fuera realmente insufrible. Al parecer caminaba balanceándome,

con lo que yo tomaba por unos andares marineros, salpicaba mis frases de metáforas náuticas y suspiraba con sólo pensar en el mar.

Mientras desayunábamos unos huevos con judías, a Patrick se le ocurrió que tal vez nos apeteciera dar un paseo en su bote de vela.

—Es pequeño, pero hará que le cojas un poco el truco al viento y el agua —le dijo a Ana.

Estaba sentada frente a mí. La miré e intenté convencerla:

—¡Vamos! Así podrás comprobar de qué te hablaba. Será un paseo mañanero muy agradable.

—Quizá tú lo encuentres agradable —repuso ella—, pero a mí me parece que ahí fuera hace un tiempo muy poco apetecible. Además, no hace mucho calor que digamos, ¿no?

—Estarás en buenas manos —le aseguró Patrick—. Tu hombre es un experto en la materia. Sabe qué hacer cuando te encuentras en un aprieto.

Viniendo de Patrick, aquello representaba un auténtico elogio. Sintíendome un poco ufano y lleno de satisfacción, le pasé varonilmente un brazo por los hombros a mi novia.

—Si sólo nos hiciéramos a la mar cuando luce el sol, ¿dónde diablos estaríamos ahora? ¿Qué habría sido de nuestra estirpe isleña? —insistí, lo cual dará una idea al lector de lo mal que se habían puesto las cosas.

Con una paciencia impropia de ella, Ana se privó de darme la contestación obvia.

—Bueno, vale, qué remedio —dijo—. Vamos a ver qué has aprendido navegando por esos mares.

Patrick nos llevó al muelle, donde guardaba su compacto botecito de fibra de vidrio, y me ayudó a prepararlo para hacernos a la mar. La tarea sólo nos llevó unos minutos, un juego de niños después de nuestro viaje por el Atlántico.

Ana adoptó entonces una expresión de desaprobación típicamente femenina, la que una mujer adopta cuando se le ocurren mil buenas razones para no hacer algo pero sabe que tú vas a hacerlo de todos modos. Sin embargo, la sensación de euforia que la invadió cuando empezamos a avanzar dando saltos por encima de las olitas del resguardado puerto le borró esa expresión del rostro, y al cabo de un rato también ella era toda

sonrisas. Orgullosos y satisfechos, aproé (que significa poner proa al viento), cacé la escota y ceñí más hacia el viento.

Salimos como una exhalación a mar abierto en dirección al club náutico, donde, a pesar de que era una mañana fresca, había un pequeño grupo de personajes con pinta de capitanes de yate reunidos en la terraza. Ni que decir tiene que iban perfectamente vestidos para la ocasión, con gorra y chaqueta marinera y pantalones de lona blancos, y estaban bebiéndose sus *gin-tonics* mientras escudriñaban el mar protegiéndose los ojos del sol con la mano. Aproé un poco más y entonces, para mi consternación, me di cuenta de que avanzábamos directa y rápidamente hacia las rocas de debajo de la terraza.

—¿Listos para virar?! —chillé.

—¿Qué demonios quieres decir? —preguntó Ana, mirándome estupefacta como si yo hubiera proferido a gritos una frase de mal gusto.

—Es lo que se dice cuando quieres cambiar de dirección —le expliqué apresuradamente sin perder de vista las rocas, que se aproximaban a toda velocidad—. Hay que decir «¿Listos para virar?» y después «¡Ahora!», y...

—¿Y por qué no puedes decir sencillamente «Ahora vamos a doblar», como decías cuando estábamos en Grecia?

—Porque es menos conciso y se presta a confusión, y además no es lo que se supone que tienes que decir... ¿comprendes? Y ahora mejor que nos demos prisa; de un momento a otro aquí va a armarse la de Dios. ¿Listos para virar?

—De acuerdo —refunfuñó Ana (aunque «¿Listos para virar?» es en realidad una pregunta retórica y, como tal, no necesita respuesta).

—¡Ahora! —chillé, empujando con un movimiento brusco la caña del timón.

—¿Qué demonios...?! —gritó Ana cuando la botavara pasó violentamente al lado opuesto dándole un fuerte golpe en la oreja.

El bote volcó en un abrir y cerrar de ojos, dejándonos a Ana y a mí debatiéndonos con medio cuerpo en el agua. Debido a la confusión, perdí el control del timón y la pequeña embarcación siguió girando.

—¡Largar las escotas! —grité.

—¿Largar las qué? —preguntó Ana, también a voz en cuello.

Entonces el viento llenó de repente la vela por el otro lado y, dado que nuestro peso estaba en el costado inapropiado, caímos al agua con el bote encima.

—¡Mierda! —barboté mientras el agua helada me cubría la cabeza. Salí como pude de debajo de la vela y miré alrededor en busca de mi novia.

Ana no tardó en salir a la superficie y nos agarramos al casco vuelto del revés. La miré un poco avergonzado. Tras sacudirse el agua del pelo y escupir un chorro de agua, dijo:

—Ya sabía yo que iba a pasar esto. —Se señaló la muñeca y añadió—: Mira, incluso me he dejado el reloj en tierra.

Acto seguido me dirigió una amplia y acuosa sonrisa por encima del casco volcado y soltó una carcajada. Para mí fue toda una revelación. «Es una mujer absolutamente excepcional —me dije—. Ahí está, en las últimas, cabeceando en el agua como si fuera un barco a punto de irse a pique, y se echa a reír». Cuanto más pensaba yo en aquello, más convencido estaba de que, con ella a mi lado, las cosas irían siempre viento en popa.

Los Jumblies

I

*A la mar se hicieron en un colador, sí señor,
en un colador a la mar se hicieron,
pese a lo que opinaran sus amigos,
una tormentosa mañana de invierno,
¡a la mar se hicieron en un colador!
Y cuando el colador daba vueltas y vueltas
y todos gritaban: «¡Os vais a ahogar!»,
ellos dijeron a voces: «Aun grande no siendo nuestro colador,
¡nos importa un comino!, ¡nos importa un pimiento!,
¡a la mar nos haremos en un colador!».
Pocas son, pocas son, y lejanas,
las tierras donde viven los Jumblies;
verdes sus cabezas y azules sus manos son,
y a la mar se hicieron en un colador.*

II

*Navegaron en un colador, sí señor,
en un colador navegaron veloces,
con sólo un hermoso velo verde limón
atado con un lazo, a modo de vela,*

*a un mástil de pipa de fumador;
y todos los que les vieron partir dijeron:
«¡Ay, seguro que pronto volcarán!
porque negro está el cielo y largo es el viaje
y, pase lo que pase, ¡es un profundo error
navegar tan aprisa en un colador!».*
*Pocas son, pocas son, y lejanas,
las tierras donde viven los Jumblies;
verdes sus cabezas y azules sus manos son,
y a la mar se hicieron en un colador.*

III

*El agua pronto entró, sí señor,
el agua pronto entró;
y para mantenerlos secos se envolvieron los pies
en un papel rosa bien doblado,
que con un alfiler se sujetaron.*
*Y pasaron la noche en un tarro de loza,
y todos dijeron: «¡Qué listos somos!,
pues aunque negro esté el cielo y largo sea el viaje,
¡nunca nos creeremos locos ni imprudentes,
mientras demos vueltas en nuestro colador!».*
*Pocas son, pocas son, y lejanas,
las tierras donde viven los Jumblies;
verdes sus cabezas y azules sus manos son,
y a la mar se hicieron en un colador.*

IV

*Navegaron toda la noche,
y cuando se puso el sol,*

*silbaron y gorjearon una canción de luna
al son retumbante de un gong de cobre,
a la sombra de las montañas de color marrón.
«¡Oh, Timballo, qué felices somos
de vivir en un tarro de loza y un colador,
navegando toda la noche a la pálida luz de la luna,
con una vela verde limón,
a la sombra de las montañas de color marrón!».
Pocas son, pocas son, y lejanas,
las tierras donde viven los Jumblies;
verdes sus cabezas y azules sus manos son,
y a la mar se hicieron en un colador.*

V

*Navegaron hacia el Mar del Oeste, sí señor,
hasta una tierra de bosques tapizada,
y un búho compraron, y un valioso carro,
y una libra de arroz, y una tarta de arándano,
y una colmena de abejas plateadas.
Y compraron un cerdo y unas cuantas grajetas,
y un gracioso mono con patas de piruleta,
y cuarenta botellas de Ring-Bo-Ree,
y un sinfín de quesos Stilton también.
Pocas son, pocas son, y lejanas,
las tierras donde viven los Jumblies;
verdes sus cabezas y azules sus manos son,
y a la mar se hicieron en un colador.*

VI

Y a los veinte años regresaron,

*a los veinte años o más,
y todos dijeron: «¡Cómo han crecido,
pues han estado en los Lagos, y en la Zona Terrible,
y en los montes del Chankly Bor!».*
*Y brindaron por ellos, y un banquete les dieron
con bollos de levadura de riquísimo sabor;
y todos dijeron: «¡Si es que vivimos,
también a la mar nos haremos en un colador
hasta llegar a los montes del Chankly Bor!».*
*Pocas son, pocas son, y lejanas,
las tierras donde viven los Jumblies;
verdes sus cabezas y azules sus manos son,
y a la mar se hicieron en un colador.*

Edward Lear, *Disparatario*

Agradecimientos

Quisiera dar las gracias a Tom Cunliffe —y, por supuesto, a Ros y Hannah— por permitir que los acompañara a ver el mar; a Tim, por mostrarme las montañas de Grecia; a Florika, por su gran generosidad y amistad, así como a Nat y Mark, de Sort Of: sin ellos toda esta disparatada historia habría caído en el olvido.



CHRIS STEWART (Faygate, Horsham Sussex, Reino Unido, 1951). Fue batería del grupo musical inglés *Genesis*. Había sido invitado al puesto de batería por Peter Gabriel que iba a la misma escuela que Stewart en 1967. La banda, al principio, estaba guiada por Jonathan King, que hacía las veces de mentor, manager y productor. Incluso fue el que les puso el nombre definitivo al grupo. La formación que lograría grabar el primer single estuvo compuesta por Peter Gabriel, Tony Banks, Anthony Phillips, Mike Rutherford y el propio Stewart.

Tras el segundo single Chris salió de la banda por petición de King y del resto de los miembros de la misma, que consideraban a Chris un batería deficiente. Peter Gabriel llegó a afirmar que Stewart «no era precisamente una máquina de seguir el ritmo».

Continuó con sus estudios. Su carrera en *Genesis* había sido una diversión y aprovechó la oportunidad.

Los siguientes veinte años los pasó tocando en el circo de *sir* Robert Fosse, esquilando ovejas en Suecia y trabajando en una granja de Sussex. Después viajó hasta China con el propósito de escribir una guía turística de viaje. También hizo un curso de aviación consiguiendo la licencia de piloto en Los Ángeles. Finalmente logró realizar su sueño, mudarse con su esposa Ana a un cortijo llamado «El Valero» en la ladera sur de Sierra Nevada, Granada, en España, donde residen actualmente junto con su hija Chlöe. En este lugar ha escrito su best seller *Entre limones*.

Esta obra fue publicada en el Reino Unido en 1999 con el título *Driving Over Lemons: An Optimist In Andalucía*, y también ha sido impresa en español. Es el relato de las experiencias del autor en España. Es divertido, dulce, extraño pero que deja un gusto indescriptible.

En las elecciones municipales españolas del 27 de mayo de 2007, Stewart se presentó a concejal en la lista de Los Verdes del municipio donde reside, Órgiva (Granada), en las que esta candidatura obtuvo un solo representante (201 votos o aproximadamente el 8% de los sufragios).

Su estilo desenfadado y divertido, acorde con su visión de sí mismo como «un optimista nato», le ha valido el reconocimiento de ser algo más que uno de los cientos de *hippies* de origen anglosajón que pueblan el citado municipio granadino.